Elementos

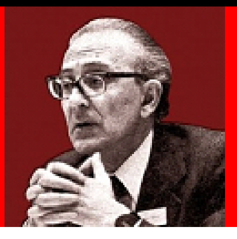
Metapolítica para una Civilización Europea Nº 67



EL MITO DEL FASCISMO

REVISIONES E INTERPRETACIONES

Trilogía Vol. I



Giorgio Locchi
La esencia del fascismo



Julius Evola
El fascismo visto desde la derecha

Elementos

Metapolítica para una Civilización Europea

Director:
Sebastian J. Lorenz

sebastianjlorenz@gmail.com



Elementos Nº 67

EL MITO DEL FASCISMO
REVISIONES E INTERPRETACIONES
Trilogía Vol. I

http://urkultur-imperium-europa.blogspot.com.es/

Sumario

¿Qué es el fascismo?

Stanley G. Payne

El desastre sin precedentes de la primera guerra mundial barrió una gran parte de la base del liberalismo decimonónico e inició una nueva era de revolución y de conflicto político mas intensos, de lo que jamás había habido antes ni ha habido después. Una de las principales fuerzas revolucionarias, el comunismo ruso, procedía directamente de la teoría marxista europea y revolucionaria rusa del siglo XIX. La otra gran fuerza radical nueva desencadenada por la primera guerra mundial, el fascismo, era más nueva y más original, pues fue un producto directo de la propia guerra. Antes de 1919 no existía un partido fascista ni una doctrina fascista como tales. Sin embargo, el comunismo se vio rechazado en general por la izquierda europea, y durante la generación siguiente se limitó, como régimen, a Rusia. El fascismo italiano; fundado en 1919, se vio seguido de imitaciones y paralelismos o por movimientos un tanto análogos en muchos otros países europeos. El fascismo se hizo con una gran parte del poder en Italia a partir de 1922, y un decenio después lo siguió el nazismo alemán. Hubo fuerzas poderosas de carácter aparentemente similar que adquirieron impulso en la Europa centro oriental y en España en el decenio de 1930, de tal modo que muchos historiadores califican a toda la generación anterior a la segunda guerra mundial como la era fascista en Europa. Pero la extensión de este adjetivo a la descripción de todo un período de la historia de Europa ha introducido tanta confusión como claridad o comprensión, pues lo que el concepto ha ganado en amplitud lo ha perdido rápidamente en precisión.

Es probable que el término *fascismo* sea el más vago de los términos políticos contemporáneos. Quizá se deba a que la palabra en sí no contiene ninguna referencia política implícita, por vaga que sea, como las que contienen los términos democracia, liberalismo, socialismo y comunismo. El decir que el *fascio* italiano (Lat. *Fasces*, Fr. *Fascieau,* Esp. *Haz*) significo eso, un "haz" o una "unión", no nos dice mucho. Parece que algunas de las definiciones coloquiales más comunes del término son las de "violento", "brutal", y "dictatorial"; pero si fueron esos los puntos primarios de referencia, probablemente habría que calificar a los regimenes comunistas de los más fascistas. La cuestión de la definición creó problemas a los fundadores del fascismo italiano desde un principio, pues no elaboraron un conjunto codificado oficial de doctrinas sino *ex post facto*, unos años después de la llegada de Mussolini al poder, e incluso entonces sólo en parte. El problema se ve complicado por el hecho de que mientras casi todos los partidos y regímenes comunistas prefieren llamarse comunistas, la mayor parte de los movimientos políticos de la Europa de entreguerras a los que se suele calificar de fascista no utilizaban, de hecho, ese nombre al hablar de sí mismos. Los problemas de definición y clasificación que surgen son tan graves que no es sorprendente que algunos estudiosos prefieran dar a los movimientos fascistas putativos sus nombres individuales específicos, sin aplicarles el adjetivo clasificador. Otros llegan incluso a negar que exista el fenómeno general del fascismo europeo, como cosa distinta del fascismo italiano de Mussolini.

Si se ha de estudiar el fascismo, primero hay que identificarlo, y es dudoso que pueda hacerse en ausencia de algún tipo de definición de trabajo. Esa definición, o mejor dicho, descripción, debe derivarse de un estudio empírico de los movimientos europeos de entreguerras. Naturalmente, debe tratarse hasta cierto punto de una construcción o abstracción teórica, pues no forzoso hallar que un solo movimiento del grupo en observación haya anunciado un programa o se haya definido así mismo en los términos exactos de esta descripción. Y esa definición hipotética tampoco implicaría en absoluto que cada uno de los objetivos y de las características identificadas fueran necesariamente exclusivas de los movimientos fascistas, pues la mayor

parte de esos aspectos podrían encontrarse en una o más especies distintas de movimientos políticos. El argumento sería más bien que, *tomada como un todo*, la definición describiría lo que todos los movimientos fascistas tenían en común, sin tratar de describir las características exclusivas de cada grupo. Por último, y por razones que se comentarán mas adelante, la definición podría referirse sólo a los movimientos fascistas europeos de entreguerras, y no a una categoría supuesta de regímenes o sistemas fascistas.

Toda definición de las características comunes de los movimientos fascistas debe utilizarse con mucha cautela, pues los movimientos fascistas diferían entre sí en tantos aspectos como características nuevas o notables tenían en común. Por eso es útil un inventario general de sus características distintivas, no como definición cabal y completa de esos movimientos en y por sí mismos, sino únicamente como indicación de las principales características que compartían y que los distinguen (en la mayor parte de los aspectos, pero no de forma absoluta) de otros tipos de fuerzas políticas.

Cabe ilustrar los problemas que entraña el llegar a una serie inductiva de características mediante una referencia a la tentativa anterior más tajante de establecer una definición pro criterios del fascismo genérico: el "mínimo fascista" de seis puntos postulados por Ernst Nolte. Consiste en un conjunto de negativas, un aspecto central de organización, una doctrina del caudillaje y un objetivo estructural básico, expresados como sigue:

Antimarxismo

Antiliberalismo

Anticonservadurismo

El principio del caudillaje

Un ejército del partido

El objetivo del totalitarismo

Esta tipología establece correctamente las negaciones fascistas, pero postula tres características primarias derivadas especialmente del nacionalsocialismo alemán que en una formulación tan simple no se pueden correlacionar con otras variedades de una especie política más amplia.

Las características comunes de los movimientos fascistas se referían a un conjunto nuevo de negaciones comunes, a aspectos de un nuevo estilo formal, a formas algo nuevas de organización y, en diversos modos o grados, a una nueva orientación en materia de cultura e ideología políticas, aunque siempre con diferencias muy fundamentales en el carácter específico de esas formas de ideas nuevas. Así, para llegar a una definición por criterios aplicable a todos los movimientos fascistas de entreguerras *strictu sensu*, parece oportuno identificar: a) las negaciones fascistas; b) los puntos comunes en materia de ideología y objetivos; c) las características especiales comunes de estilo y organización.

La tipología descriptiva del cuadro se sugiere únicamente como un mecanismo analítico de alcance limitado para una definición comparada. No aspira a establecer una categoría rígidamente deificada, sino una definición flexible de espectro amplio que sirva para identificar varios movimientos supuestamente fascistas, y al mismo tiempo para separarlos de otros tipos de movimientos revolucionarios o nacionalistas. Así, cabría entender que cada movimiento poseía además otras creencias, características y objetivos que consideraba muy importantes y que no contradecían las características comunes, sino que sencillamente se añadían a éstas o iban más allá que ellas.

Descripcion tipologica del fascismo

A. Las Negaciones Fascistas:

Antiliberalismo

Anticomunismo

Anticonservadurismo (aunque en el entendimiento de que los grupos fascistas estaban dispuestos a concretar alianzas temporales con grupos de cualquier otro sector, por lo general con la derecha).

B. Ideología y Objetivos:

Creación de un nuevo Estado nacionalista autoritario, no basado únicamente en principios ni modelos tradicionales.

Organización de algún tipo nuevo de estructura económica nacional integrada, regulada y pluriclasista, se llamará nacionalcorporativa, nacionalsocialista o nacionalsindicalista.

El objetivo del Imperio o de un cambio radical en la relación de la nación con otras potencias.

Defensa específica de un credo idealista y voluntarista, que normalmente implicaba una tentativa de realizar una nueva forma de cultura secular, moderna y autodeterminada.

C. Estilo y Organización:

Importancia de la estructura estética de los mítines, los símbolos y la coreografía política, con insistencia en los aspectos románticos y místicos.

Tentativa de movilización de las masas, con militarización de las relaciones y el estilo políticos y con el objetivo de una milicia de masas del partido.

Evaluación positiva y uso de la violencia, o disposición al uso de ésta.

Extrema insistencia en el principio masculino y la dominación masculina, al mismo tiempo que se defendía la visión orgánica de la sociedad.

Exaltación de la juventud sobre las otras fases de la vida, con hincapié en el conflicto entre generaciones, por lo menos al efectuar la transformación política inicial.

Tendencia específica a un estilo de mando personal, autoritario y carismático, tanto si al principio el mando es en cierta medida electivo como si no lo es.

El término de fascista no se utiliza sólo porque sea el convencional, sino porque el movimiento italiano fue la primera fuerza considerable que exhibió esas características (o por lo menos casi todas ellas) como un nuevo tipo, y durante mucho tiempo fue el más influyente ideológicamente. Constituyó el tipo cuyas ideas y cuyos objetivos era más fácil generalizar, especialmente en comparación con el nacionalsocialismo.

La naturaleza de las negaciones fascistas parece bastante clara. Como "últimos llegados" (en frase de Linz), los movimientos nacionalistas radicales de la primera postguerra mundial a los que llamamos fascistas tenían que abrirse un espacio político e ideológico nuevo, y fueron excepcionales en su hostilidad a todas las grandes corrientes establecidas, de izquierda, de derecha y de centro. Sin embargo, esta actitud básica se veía complicada por la necesidad de encontrar aliados políticos en la campaña por lograr el poder. Como esos movimientos surgieron sobre todo en países con sistemas parlamentarios establecidos, y a veces se apoyaban desproporcionadamente en las clases medias, no podían tratar en absoluto de llegar al poder mediante una guerra civil revolucionaria, como han hecho los regímenes leninistas puros. Aunque los fascistas de Italia y Rumania establecieron alianzas tácticas efímeras con el centroderecha (y en Portugal con la izquierda anarquista), sus aliados solían encontrarse en la derecha, en especial en la derecha autoritaria radical, y el fascismo italiano como entidad semicoherente se definió en parte por su fusión con uno de los más radicales de todos los movimientos de la derecha autoritaria europea, la Asociación Nacionalista Italiana (ANI). Esas alianzas exigían a veces concesiones tácticas, estructurales y programáticas. Los dos únicos dirigentes fascistas que llegaron efectivamente al poder, Hitler y Mussolini, pese a la creación subsiguiente de un Estado oficialmente unipartidista, jamás escapó del todo a la componenda pluralista con la que había empezado. Además, como las doctrinas de la derecha autoritaria solían ser más precisas, más claras y mejor articuladas- y a menudo más prácticas-que las de los fascistas, su capacidad de influencia ideológica y programática era considerable. Sin embargo, las ideas y los objetivos de los fascistas diferían en varios aspectos fundamentales de los de la nueva derecha autoritaria (como se comentará con más detalle más adelante), y se mantuvo firmemente la intención de trascender el conservadurismo derechista, así como el liberalismo y el marxismo, aunque no siempre se realizara con claridad en la práctica.

Gran parte de la confusión y de la ambigüedad que rodean a la interpretación de

los movimientos fascistas se debe al hecho de que en muy pocos casos lograron pasar a la fase de participación en el gobierno, y Alemania fue el único caso en que un régimen en el poder puso en práctica todo el contenido de una doctrina fascista, en la forma de su variante más radical. Por eso resulta difícil generalizar acerca de los sistemas fascistas o de la doctrina fascista del Estado, pues incluso en la variante italiana hubo importantes componendas. Lo único que cabe establecer con claridad es que las aspiraciones fascistas acerca del Estado eran exclusivamente suyas, porque no se limitaban a la doctrina autoritaria tradicional, como la monarquía o el corporativismo, sino que planteaban un nuevo sistema secular radical, normalmente republicano y autoritario. Pero no parece justificado especificar el objetivo del pleno totalitarismo, como hace Nolte, pues, al revés que el leninismo, los movimientos fascistas nunca proyectaron una teoría del Estado con una centralización y una burocratización suficientes para hacer posible un totalitarismo absoluto.

Ningún aspecto está menos claro en las doctrinas de la mayor parte de los movimientos fascistas que el de la estructura y los objetivos económicos. El convertir al fascismo en sinónimo de corporativismo es evidentemente incorrecto, pues sólo una minoría de los fascistas italianos eran partidarios del corporativismo antes de la transacción de Mussolini con la monarquía y la fusión con los nacionalistas. Lo que es más importante, la forma más radical y desarrollada del fascismo, el nacionalsocialismo alemán, rechazaba explícitamente el corporativismo formal (debido en parte a su pluralismo). A la inversa, la tesis frecuente entre los autores marxistas de que el objetivo de los movimientos fascistas era impedir cambios económicos en las relaciones de clase no se ve corroborada por los propios movimientos; pero como ningún movimiento fascista llegó a terminar por completo la elaboración de un sistema económico fascista, la cuestión resulta teórica. Lo que sí tenían en común los movimientos fascistas era el objetivo de una estructura y una relación funcional nuevas de los sistemas sociales y económicos, en las que se eliminará la autonomía (o, en algunas propuestas, la existencia) del gran capitalismo, se modificara el carácter de la condición social y se creara una nueva relación de producción comunitaria o recíproca. A esto se le daba toda una variedad de nombres, y lo más frecuente era que se dejara sin aclarar su articulación precisa.

Se dice que el fascismo era imperialista por definición, pero esto no queda totalmente claro si se hace una lectura comparada de los programas de los diversos movimientos fascistas. La mayoría eran efectivamente imperialistas, pero parece que todos los tipos de movimientos y sistemas políticos han producido políticas imperialistas, mientras que varios movimientos fascistas estaban poco interesados en nuevas ambiciones imperiales, o incluso las rechazaban. Todo ellos, no obstante, aspiraban a un nuevo orden en las relaciones exteriores, a una nueva relación o conjunto de alianzas con respecto a los estados y las fuerzas contemporáneas, y que a su nación tuviera una posición nueva en Europa y en el mundo.

La ideología y la cultura fascistas merecen más atención de la que reciben normalmente, pues la doctrina fascista, igual que todas las demás, se derivaba de ideas, y las ideas de los fascistas tenían claras bases filosóficas y culturales, pese a frecuentes afirmaciones en contra.

A menudo se dice que las ideas filosóficas fascistas se derivaban de la oposición a la Ilustración o a las "ideas de 1789", cuando de hecho son un producto directo de aspectos de la Ilustración, y se derivaban directamente de los aspectos modernos, seculares y prometeicos del siglo XVIII. Es probable que la divergencia esencial de las ideas fascistas respecto de determinados aspectos de la cultura moderna se halle más exactamente en el antimaterialismo del fascismo, y en la importancia que atribuía al vitalismo y al idealismo filosófico y a la metafísica de la voluntad. La cultura fascista, al revés que la de la derecha, era secular en la mayoría de los casos, pero al contrario de la de la izquierda y hasta cierto punto la de los liberales, se basaba en el idealismo y el vitalismo y en el rechazo

del determinismo económico, tanto el de Manchester como el de Marx. El objetivo del idealismo y el vitalismo metafísicos era la creación de un hombre nuevo, un nuevo estilo de cultura que lograse la excelencia tanto física como artística y que ensalzase el valor, la osadía y la superación de los límites anteriormente establecidos mediante el desarrollo de una cultura nueva y superior que comprometiese al hombre entero. Los fascistas esperaban recuperar el verdadero sentido de lo natural y de la naturaleza humana – idea básicamente dieciochesca- en un plano más elevado y más firme de lo que había logrado hasta entonces la cultura reduccionista del materialismo moderno y del egotismo prudencial. El hombre libre natural, cuya voluntad y determinación estuvieran desarrolladas, podría reevaluarse e ir más allá de sí mismo, y no titubearía en sacrificarse en aras de esos ideales. Esas formulaciones modernas rechazaban el materialismo del siglo XIX, pero no representaban nada que pudiera calificarse de vuelta a los valores morales y espirituales tradicionales del mundo occidental antes del siglo XVIII. Representaban una tentativa específica de alcanzar una forma moderna, normalmente atea, de trascendencia, y no, como dice Nolte, una "resistencia a la trascendencia".

Muchos observadores se sintieron impresionados por el ambiente novedoso de los mítines fascistas en los decenios de 1920 y 1930. Todos los movimientos de masas emplean símbolos y diversos efectos emotivos, y quizá fuera difícil establecer que la estructura simbólica de los mítines fascistas era completamente diferente de la de otros grupos revolucionarios. Pero lo que sí parecía claramente distinto era el gran hincapié que se hacía en mítines, marchas, símbolos visuales y rituales ceremoniales o litúrgicos, a los que en la actividad fascista se les daba un papel central y una función que iba las allá de lo que ocurría en los movimientos revolucionarios de izquierda. Con ello se trataba de envolver al participante en una mística y en una comunidad de ritual que apelaba al factor religioso, además de al meramente político.

En su mayor parte, los movimientos fascistas no lograron movilizar verdaderamente a las masas, pero sin embargo resulta característico que fuera ese su objetivo, pues siempre trataron de trascender el carácter de camarilla parlamentaria elitista de los grupos liberales poco movilizados, o el mero exclusivismo sectario y el recurso a la manipulación elitista que se solía encontrar en la derecha autoritaria. Junto a la campaña de movilización de las masas se daba uno de los rasgos más característicos del fascismo; su tentativa de militarizar la política en una medida sin precedentes.

Para ello se hacía que los grupos de milicias fueran algo central en la organización del movimiento y se utilizaban insignias y terminología militares a fin de reforzar el sentimiento de nacionalismo y de combate constante. Las milicias de partido no las inventaron los fascistas, sino la extrema izquierda y la derecha radical (por ejemplo, la *Action Francaise*), y en un país como España, los "movimientos de camisas" predominantes que practicaban la violencia callejera eran los de la izquierda revolucionaria. Sin embargo, la oleada inicial del fascismo centroeuropeo se basó desproporcionadamente en excombatientes de la primera guerra mundial y en su *ethos* militar. En general, la milicia del partido desempeñó un papel mayor, y se desarrolló en mayor grado entre los fascistas que entre los grupos de izquierdas.

Esto guardaba relación con la evaluación positiva de la violencia y la lucha que se hacía en la doctrina fascista. Todos los movimientos revolucionarios de masas han iniciado y practicado la violencia en mayor o menor medida, y probablemente sea imposible llevar la violencia a mayores extremos de lo que han hecho algunos regímenes leninistas, que han practicado, como decía uno de los viejos bolcheviques, la "compulsión infinita". El único rasgo excepcional de la relación fascista con la violencia era la evaluación teórica que hacían algunos movimientos fascistas: la violencia poseía un cierto valor positivo y terapéutico en y por sí misma, y una cierta cantidad de combate violento constante, en el sentido del darwinismo social de fines del siglo

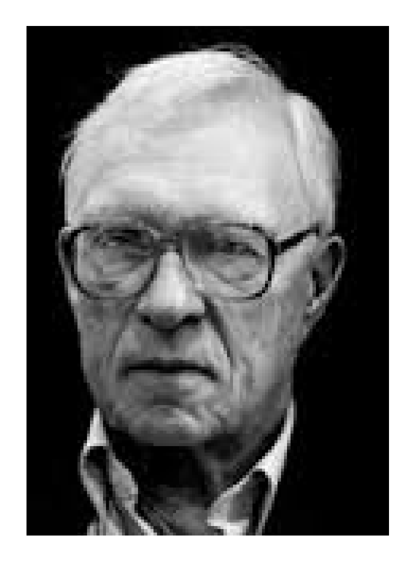
XIX, era necesaria para la buena salud de la sociedad nacional.

Esto a su vez, guardaba relación con otra característica fundamental: la insistencia en lo que se califica actualmente de "chauvinismo masculino" y la tendencia a exagerar el principio masculino en todos los aspectos de su actividad. En la era del fascismo todas las fuerzas políticas europeas estaban abrumadoramente dirigidas e integradas por hombres, y quienes hablaban de la igualdad de la mujer de labios para afuera, de hecho sentían muy poco interés por ella. Pero los fascistas fueron los únicos que transformaron en fetiche perpetuo la "virilidad" de su movimiento y su programa y estilo, lo cual sin duda se debía en gran medida al concepto fascista de la militarización de la política y a la necesidad de un combate constante. Al igual que los grupos derechistas y algunos de la izquierda, el concepto fascista de la sociedad era orgánico; pero en esa relación debían predominarlos derechos del varón. Ningún otro tipo de movimiento manifestaba un horror tan completo a la más leve sugerencia de androginia.

Casi todos los movimientos revolucionarios hacen un llamamiento especial a los jóvenes y recurren desproporcionadamente a los activistas jóvenes. Para el decenio de 1920 incluso los partidos parlamentarios moderados habían empezado a formar sus propias secciones juveniles. Pero la exaltación fascista de la juventud era excepcional, porque no sólo le hacía un llamamiento especial, sino que además exaltaba a la juventud por encima de las demás generaciones sin excepción, y en mayor medida que en ninguna otra fuerza se basaba en el conflicto entre generaciones. Sin duda, ello se debía en parte a lo reciente que era el fascismo y a la identificación de las fuerzas establecidas, comprendida gran parte de la izquierda, con dirigentes y miembros de la generación mayor, procedente de la preguerra. También se debía en parte al concepto orgánico de la nación y de la juventud como su nueva fuerza vital, y al predominio de la juventud en la lucha y la militarización. El culto fascista de la osadía, la acción y la voluntad de un nuevo ideal, sintonizaba inherentemente con la juventud, que podía responder de una forma que resultaba imposible a públicos más viejos, más débiles y mas experimentados y prudentes, o más materialistas.

Por último, podemos convenir con Pareto y Michels en que casi todos los partidos y movimientos dependen de élites y de líderes para su funcionamiento; pero algunos lo reconocen de forma más explícita y llevan la idea a mayores extremos. Es evidente que la jefatura fuerte y autoritaria, y el cuto a la personalidad del jefe, no se limitan a los movimientos fascistas, y ni si quiera es cierto que todos los movimientos fascistas consagraran, como sugiere Nolte, el *Führerprinzip* de un solo jefe todopoderoso. La mayor parte de los movimientos fascistas empezaron basándose en una jefatura elegida – elegida la menos por la élite del partido-, y así ocurrió incluso con los nacionalsocialistas.

La versión española del Fühererprinzip, la teoría y la práctica del *caudillaje*, la introdujo la derecha nacionalista en la persona de Franco y se les impuso a los fascistas. Pero existía una tendencia general a exaltar la función de la jefatura, la jerarquía y la subordinación, a mostrar deferencia ante la función creadora de la jefatura, más que ante la ideología precedente o una línea burocratizada del partido.



Stanley G. Payne

El Fascismo

Alain de Benoist

Se han propuesto innumerables definiciones del fascismo. La más simple es todavía la mejor: el fascismo es una forma política revolucionaria, caracterizada por la fusión de tres elementos principales: un nacionalismo de tipo jacobino, un socialismo no democrático y el llamado autoritario a la movilización de las masas.

En tanto que ideología, el fascismo nace de una reorientación del socialismo en un sentido hostil al materialismo y al internacionalismo. Dirigiéndose a un electorado mayoritariamente de derecha, él ha tenido a menudo por promotores a hombres de la izquierda. Ni el racismo ni el antisemitismo le son consustanciales (Zeev Sternhell). En sus encarnaciones concretas, ha sido modelado por los acontecimientos históricos de comienzos del siglo XX (Primera Guerra mundial, revolución soviética), por el cuadro general de la época (modernización de la sociedad global) y por la naturaleza de su electorado (esencialmente las clases medias, a veces con un componente proletario).

La experiencia de las trincheras junto al desencanto por la técnica, ha escrito muy bien Jünger, ha marcado un corte fundamental. Durante la Primera Guerra mundial la sociedad pareció escindirse en dos grupos: los combatientes y los otros. Regresados del frente, los primeros han tenido el sentimiento de haber conquistado derechos sobre aquellos otros que no habían luchado. Los combatientes han creído en una sociedad donde las virtudes de la guerra (coraje, espíritu de camaradería, disponibilidad permanente) reinarían también en tiempos de paz. La retórica patriótica, cuando ella se desarrollaba sobre el fondo de la lucha de clases, no podría ser sino una ilusión tramposa.

Después de la Gran Guerra se vio, por primera vez, coincidir la exaltación nacionalista y la desaparición (relativa) de las diferencias sociales. En fin, es también con la Primera Guerra mundial que el espíritu antidemocrático "cesa de buscar sus principales apoyos en el pasado" (Georges Valois). Mezcla explosiva. La revolución bolchevique, en el mismo tiempo, muestra que un movimiento revolucionario puede llegar al poder movilizando a las masas. Ella introduce la idea del hombre nuevo e impone un modelo de compromiso político de tipo sacerdotal. Un apostolado político. Las formas tomadas por el fascismo para conjurar la amenaza del comunismo serán a menudo formas miméticas: ellas imitaron tanto más a las del adversario de lo que pudieron eficazmente combatirlo (Ernst Nolte).

Detrás de un discurso a veces tradicionalista, entendido como arcaizante, el fascismo ha sido fundamentalmente modernista: él ha alentado y sostenido todos los desarrollos de la ciencia y de la industria, ha favorecido la tecnocracia naciente, ha contribuido a la racionalización de la economía y a la institucionalización del Estado-Providencia. En la medida en que él vislumbraba la abolición de las clases sociales del siglo XIX, y que, por otra parte, él había portado una voluntad de poder que no podía desdeñar ninguno de los útiles puestos a su disposición por la tecnociencia, él no podría actuar de otra manera. Como Adorno y Horkheimer lo habían ya observado en las vísperas de la Segunda Guerra mundial, el fascismo, el comunismo y el *New Deal* han representado diferentes versiones de un proyecto de reconstrucción social donde el Estado estaba llamado a jugar una función principal en la racionalización de la economía y en la reconfiguración de las relaciones sociales. El fascismo se apoya en el fondo sobre la trilogía moderna: Estado-Pueblo-Nación. Todo su esfuerzo está dirigido a hacer sinónimos estos tres términos, que se separan hoy en día.

Nacido sobre el signo del Fascio, el fascismo antes que nada se le ha querido parecer. Así ha querido reunir las clases sociales y las familias políticas en otra época opuestas para consolidar la unidad de la nación. Esta fue a la vez su fuerza y su

debilidad. Obsesionado por la unidad, ha sido centralizador. Pretendiendo conjugar el espectro de la guerra civil, él ha engendrado odios absolutos, dejando como herencia fracturas inarreglables. Su jacobinismo, su nacionalismo subjetivo, es fuente de todos sus fracasos: quien tiende a la unidad excluye necesariamente a aquel que no se deja conducir a la unidad. Es espíritu de comunidad, que ha marcado profundamente al fascismo, no le permite caracterizarlo como propio. El no ha dado sino una versión particular. En el fascismo, la idea de comunidad está viciada por la convicción de que aquella deber ser animada y dirigida a partir de lo alto, en una perspectiva estatista, mientras que un verdadero espíritu comunitario es incompatible con el estatismo.

El siglo XX ha sido sin duda el siglo de los fascismos y de los comunismos. El fascismo nació de la guerra y murió en la guerra. El comunismo nació de una explosión política y social y murió de una implosión política y social. No pudo haber fascismo sino en un estadio dado del proceso de modernización y de industrialización, estadio que pertenece hoy al pasado, al menos en los países de Europa occidental. El tiempo del fascismo y del comunismo está acabado. En Europa del Oeste todo “fascismo” no puede ser hoy sino una parodia. Y lo mismo ocurre con el “antifascismo” residual, que responde a este fantasma con palabras aún más anacrónicas. Es porque el tiempo de los fascismos ha pasado que hoy es posible hablar de él sin indignación moral ni complacencia nostálgica, como una de las páginas centrales de la historia del siglo que acaba de terminar.



Alain de Benoist

La esencia del Fascismo

Giorgio Locchi

Introducción, de Carlos Caballero

Pocos textos tan cortos alcanzaron a tener una trascendencia tan grande como este de Locchi que hoy sometemos el lector español. Esto nos impone la tarea de presentar a su autor y de dar alguna explicación sobre su obra.

Natural de Roma y doctor en Derecho, la vida, sin embargo, le ha apartado de su ciudad natal, pues reside habitualmente en París, y de su profesión, pues Locchi no pasará a la posteridad por sus aportaciones a la Jurisprudencia, sino por su vigoroso pensamiento filosófico y político.

Su residencia en París le ha permitido una amplia colaboración con la "Nueva Derecha" de la que, sin embargo al final, se ha apartado. Sus colaboraciones en "Nouvelle Ecole" figuran entre lo mejor que ha publicado esta revista.

Además del italiano y el francés, Giorgio Locchi es un profundo conocedor del alemán, lengua en la cual ha leído a sus dos grandes predilectos: Wagner y Nietzsche.

Además del texto que ha continuación podrán estudiar los lectores, Locchi es autor de otro capital libro: "Wagner, Nietzsche e il mito sovrumanista", una profunda reflexión sobre la filosofía de la Historia y sobre como la obra de Wagner y Nietzsche crea, en el siglo pasado, una nueva "tendencia epocal".

Hay en el texto de Locchi ciertas afirmaciones que sin duda sorprenderán al lector; la primera es, sin duda, descalificar a lo más reciente de la producción historiográfica sobre el fascismo. Expliquemos esto. Cree Locchi que hoy se pueden encontrar excelentes estudios sobre todos los aspectos y variantes del fascismo (ya sea sobre el fascismo en Brasil o sobre la política deportiva de Mussolini), pero, que todos estos estudios

de detalle están haciéndonos perder la perspectiva global.

Y no es solo este problema. Hay autores, como De Felice y Mosse, que han pretendido una "desdemonización" del fascismo. En sus libros muestran a los fascistas como hombres de su época, personajes que no vomitan espuma ni se pasan el día exterminando. Esto puede, aparentemente ser bueno. Pero Locchi señala también el peligro de que todo esto comporte una "banalización " del fascismo: hacer del fascismo un simple movimiento político más y no una alternativa total al sistema.

Ejemplo paradigmático de todo esto es el caso de Renzo de Felice, a quien sus obras (en especial su monumental y -por ahora -, inacabada biografía de Mussolini), le han valido la acusación de "filo-fascismo " de querer "rehabilitar el fascismo ". Y sin embargo De Felice es el autor que ha dado un veredicto más demoledor sobre el fascismo, al afirmar que, en definitiva, este movimiento ha desaparecido sin dejar huella histórica y sin posibilidad de reproducirse. Otra muestra de lo peligroso de las tesis de De Felice está, por ejemplo, en su afirmación de que nacionalsocialismo y fascismo son sustancialmente distintos. Nada de esto ocurría con las obras que defiende Locchi visceralmente enemigas de todo lo que sea fascismo, que lo deforman en los detalles, pero que captan lo esencial.

Otra cosa que va a sorprender al lector es el empeño de Locchi por colocar al nacionalsocialismo en el seno de la "Konservative Revolution". Arguye Locchi que el hecho de que el nacionalsocialismo tuviera choques más o menos fuertes con algunos de sus componentes no significa, objetivamente, nada. Sería como decir que Stalin deja de ser marxista-leninista por el hecho de que expulsara y después hiciera asesinar a Trotsky.

"Hitler ha podido triunfar -declaraba Locchi a Marco Tarchi (1)- porque, mejor que nadie, sabía afirmar lo esencial de las tendencias históricas que animaban la "Konservative Revolution". Los demás se perdían en lo particular, en la afirmación de tal o cual especificidad. Hitler tenía claro lo esencial, aquello que políticamente podía plasmarse en aquel momento histórico. Los actuales "neo" (2), escriben a veces que Hitler "traicionó" a la "Konservative Revolution", "robándole" las ideas para deformarlas. Esto se afirma, naturalmente, en referencia a las ideas de un Junger, un Spengler, un Moeller van der Bruck, o gente así. Dejando de lado el hecho de que todos estos ilustres escritores pensaban -y siempre en abstracto - cosas bastante distintas y dispares y -por tanto - no se podía satisfacer a unos sin "traicionar" a otros, lo que aquí encontramos es el eterno contraste entre el intelectual que vive en su torre de marfil, de intransigente pureza, y el hombre de acción, el político, en permanente lucha con la realidad, con una materia bruta que se resiste siempre a las formas que se desea imponerle".

Pero lo más notable, lo más subyugante del texto de Locchi, es hacer partícipe del fascismo de un gran movimiento, que trasciende los límites de lo político y lo coloca a un nivel muy superior. Muchas veces se ha escrito, con razón, que faltaba por hacer una interpretación fascista del fascismo. Y era cierto. La obra de Bardeche ("Qu' est-ce le fascisme") se limita a un análisis politilógico, y la obra de Evola ("Il fascismo visto della Destra") está viciada desde su origen. Pero ya no se podrá decir lo mismo desde la aparición del libro de Locchi. El fascismo pierde, gracias a él, su carácter de anécdota de la historia.

Tarchi le dijo a Locchi: "Vd. hace del fascismo, o más bien del super-humanismo, un hecho de inmensa trascendencia, un evento que parte la historia en dos". A lo que Locchi respondió: "Yo no hago nada. Sólo hablo como historiador que observa el devenir histórico. Observo que a partir de la segunda mitad del siglo XIX se dibuja una "tendencia epocal" (3) que pretende "regenerar la historia" (Wagner) o "dinamitarla" (Nietzsche) y precisamente para dividirla en dos; tendencia que pretende ("Konservative Revolution" y nacionalsocialismo) ser "advenimiento" de un nuevo "origen" de la historia, que proyecta un "Reich" milenario que en todas sus formas políticas pretende crear un hombre nuevo. La

"tendencia epocal" que así se expresa existe innegablemente. Pero que exista no significa que deba triunfar. Tendencias epocales pueden diseñarse y sin embargo desaparecer. Nietzsche y Wagner son, sin duda, la dinamita de la historia; pero esta dinamita puede ser inútil si como ahora ocurre, el mundo entero se consagra a la tarea de apagar su mecha".

Para Locchi nos hallamos en una época de "interregnum ", entre un periodo histórico dominado por el igualitarismo y el futuro, dominado por el superhumanismo, que traerá el hombre nuevo. Dejemos, de nuevo, hablar a Locchi: " El fascismo desea crear el "hombre nuevo" justamente porque este hombre nuevo no existe aún macro-socialmente y solo existe micro-socialmente y como posibilidad, en un minoría realmente superhumanista. El fascismo, que consiguió el poder y que puede volver a él, debería enfrentarse a una realidad social que es la creada por dos mil años de igualitarismo, realidad que sólo podrá ser cambiada en virtud de una acción destructora progresiva y -a la vez - progresivamente reconstructora, de algo nuevo. En el "interregnum" -y estamos aún en él - el proyecto social fascista no puede ser sino provisional, dirigido en primer lugar a crear la materia social misma con la que un día se construirá la verdadera "comunidad", según el genuino proyecto, lo que desembocará algún día en la mutación definitiva, de la "material social", es decir, en el aniquilamiento social-político de las tendencias igualitaristas".

El fascismo, pues, es todo un vasto campo ideológico que algún día acabará transformándose en la alternativa operativa al sistema. No es, por ello, cosa extraña el que en su mismo seno haya tensiones y discrepancias. Las diferencias son generadas, como dice el texto que sigue, por la menor y mayor proximidad a determinados principios. En su entrevista con Tarchi matizó, Locchi, sus ideas: "En los años veinte, treinta y cuarenta, la oposición y a veces hasta la lucha entre las varias corrientes fascistas, no solo en el plano internacional, donde cada país defendía su fascismo "nacional", sino también en el interior de cada país, entre diversos movimientos fascistas, o en el interior de un único partido o movimiento, existió. Todo esto es perfectamente lógico y se da tanto en el campo igualitario como en el superhumanista. Debo hacer observar que el fascismo en un campo político, del mismo modo que lo es el "democratismo", en cuyo seno se articulan y lucha diversas tendencias (liberalismo, socialdemocracia, comunismo, anarquismo). Esta articulación es bien patente en el campo de las tendencias igualitaristas, porque es el resultado de una evolución bimilenaria. En el campo fascista esta articulación (aparte de las "especifidades nacionales"), es menos neta, menos rica, se articula más bien a nivel de "sectas", como es característico de la “fase mítica" en que halla esta tendencia".

Locchi ha acabado por apartarse de la "Nouvelle Droite" francesa precisamente a causa de su interpretación del fascismo. "Hoy -le decía a Tarchi -, según me parece, muchos “fascistas" no osan decir, por causas conocidas, su propio nombre, optando por llamarse antigualitaristas. Y este es un modo como otro de castrarse, puesto que el nombre "hace la cosa". En si mismo "antigualitarismo" es pura negatividad y -como tal - entonces forma parte de la dialéctica misma del igualitarismo". Claro que en la oposición a la "Nouvelle Droite" no hay solo un motivo lingüístico. Desde que Alain de Benoist se enganchó al carro de Giscard nuestro autor, Locchi, no ha querido saber nada más de sus antiguos compañeros; el uso ambiguo de palabras como "antirracismo ", "antitotalitarismo", etc..., que hace la "Nouvelle Droite" es -Para Locchi -, insoportable.

Para acabar, solo resta decir que lo importante, lo definitivo, lo esencial del mensaje de Locchi es situar al fascismo en una dimensión trascendente. Gracias a él, la frase de "No somos los últimos del ayer, sino los primeros del mañana”, deja de ser un eslogan efectista para convertirse en una verdad de profundo contenido.

Notas a la Introducción.

(1) - La edición italiana de "La Esencia del fascismo" iba acompañada de una larga

entrevista con Marco Tarchi, de donde hemos entresacado estas citas.

(2) -Se refiere Locchi, obviamente, a la "Nueva Derecha"

(3) - La filosofía de la historia desarrollada por Locchi habla de la existencia de "tendencias epocales" que se enfrentan entre sí y que cada una de las cuales pasa por varias fases, siendo la primera de ellas, la fase mítica. Posteriormente cada tendencia epocal se va subdividiendo en una serie de sub-tendencias que, a su vez, se enfrentan entre sí.

El reciente reflorecer de los estudios históricos sobre el "fenómeno fascista" (1), no ha comportado hasta ahora ningún progreso digno de mención e incluso está contribuyendo a oscurecer el problema, comprometiendo cuanto de válido -y era muchísimo -, se había logrado a fines de los años cincuenta. La razón no es difícil de encontrar: no se trata de un interés histórico (2) sino de un interés político partidista lo que motiva a la mayor parte de los "estudiosos", intérpretes en Italia de las angustias y preocupaciones de un sistema en crisis. La pasión política y las preocupaciones de orden "moral" han obnubilado -casi siempre- en los estudiosos del sistema fascista el espíritu de observación, paralizando sus facultades de deducción, con lo cual el "objeto" del estudio ha quedado más confuso que aclarado.

Ahora bien, también la Historia, en la medida en que desea ser ciencia, debe procurar proceder sine ira et studio como quería Spinoza, admitir que solo puede ser ciencia si es wertfrei, esto es, exenta de prejuicios de valor. El "fenómeno fascista" forma parte del pasado y, como tal, puede ser objeto de estudios históricos, es decir: desapasionados. Sin duda, el fenómeno fascista se prolonga de alguna manera en el presente -como ocurre con el resto del pasado histórico, por otra parte- y en cuanto tal, solicita una toma de posición "política", pero tal actitud debe tener lugar fuera del estudio, ya que de otra manera se arriesga a basarse en la ignorancia existente, más o menos amplia, sobre el "objeto" real.

La verdad es que hoy, treinta y cinco años después del hundimiento de los regímenes fascistas, por causas externas, el "fenómeno fascista" está presente sobre todo como fantasma de sus adversarios, y esto hasta tal punto que el actual investigador está, más que nunca, expuesto al peligro de dirigir su atención sobre el objeto puramente fantasmagórico.

En el periodo pre-bélico, bélico y en la inmediata postguerra, la presencia del fenómeno fascista, se inscribía plenamente en la realidad objetiva, y los investigadores tenían menos posibilidad de incurrir en falta a la hora de determinar la naturaleza del objeto sometido a estudio. Aún cuando suele deformarse en sus conclusiones, casi siempre se tenía la impresión de que, en realidad, habían reconocido más o menos la "verdad", incluso si a la vez se habían esforzado por distorsionarla o hasta por ocultarla, en el temor ("político") de que la verdad pudiera fascinar más que provocar rechazo.

En los últimos tres decenios, en cambio, ha sucedido que a la falsificación del discurso sobre la naturaleza del "fenómeno fascista" han concurrido fuertemente incluso aquellos que, por tradición o por instinto, hubieran estado o aún están dispuestos a reconocerse como "fascistas". Esto es perfectamente comprensible, por otra parte, ya que a partir de 1945 si el "fascismo" intenta desarrollar una acción política se ve constreñido a realizarla bajo una falsa bandera y debe, públicamente al menos, renegar de aspectos fundamentales del "discurso" fascista. cuando menos verbalmente, sacrificándolos ante los "principios" de la ideología" democrática, de idéntica manera a como, bajo el Imperio de Roma, los cristianos debían ofrecer sacrificios al César en cuanto que divinidad. Inevitablemente, esta actitud "obligada" del fascista-político ha tenido su reflejo sobre la actitud del fascista-estudioso que analiza su historia, siempre a causa de la deplorable incapacidad para reparar entre estudio histórico y actividad política. Además, la catástrofe de la "guerra perdida" ha exasperado la polémica entre las distintas expresiones nacionales del fascismo y - en el interior de los distintos fascismos nacionales- entre las varias corrientes fascistas, cada una

de las cuales se reclama como manifestación de un fascismo "bueno", prudentemente rebautizado con otro nombre y, a la vez, echa sobre otros la responsabilidad de un "mal", generalmente identificado con "formas" del fenómeno fascista que habían detentado el poder y atraído sobre sí la condena universal...

La actual proliferación de obras que tan solo aumentan la confusión y multiplican la ignorancia a propósito del fenómeno fascista hace más que nunca necesario volver a remitirse a aquellos estudios que fueron realmente serios, ya que supieron ver y discernir su objeto, incluso si quizás lo hicieron desde la perspectiva que hoy consideramos "inactual". Por cuanto concierne a obras válidas debidas a estudiosos que políticamente se sitúan en el campo adversario, es preciso señalar que son debidas generalmente a autores israelitas, muy interesados en "comprender" verdaderamente el fascismo, para mejor combatirlo. Citaremos como ejemplos típicos el ensayo "Dai Romantici ad Hitler" de Paul Viereck; el estudio fundamental de Georgy Lukacs, "La Destruzione della Ragione" (3), del que existe un compendio titulado "Von Nietzsche zu Hitler"; y también -sobre todo porque acumula una rica documentación "paralela"- el "Hitler und Nietzsche" de E. Sandvoss. Lukacs y Viereck han tenido el gran mérito de resaltar el origen primario, la "matriz" del fenómeno fascista, reencontrada en todo un importante filón de la cultura alemana y europea, si bien, después, obedeciendo a evidentes fines propagandísticos, han introducido en su discurso el leitmotiv de una especie de ruptura cualitativa entre los orígenes cultural-filosóficos (de los cuales era difícil no reconocer la importancia y nobleza) y las manifestaciones políticas heredadas en el siglo XX, caracterizadas según ellos por la incultura, la barbarie intelectual y -en último análisis - por una vulgarización del pensamiento de los "Maestros", Friedrich Nietzsche y Richard Wagner en particular.

En la postguerra está casi totalmente ausente una "reflexión histórica" válida sobre el fenómeno fascista por la fuerza de las cosas, es decir, por la simple razón que ha sido citada ya: quedó condenada a la ilegalidad o cuando menos a la intolerancia radical toda manifestación de carácter genuinamente fascista. Pero ya que la definición "legal" del fascismo solo abarca -y mal - las formas particulares y coyunturales en que se encarnó entre 1922 y 1945 en los "regímenes" donde tuvo el poder, e ignora todas las otras manifestaciones (que existieron en el mismo marco cronológico pero que quedaron comprometidas por el ejercicio del poder) así como -necesariamente - ignora todo el vasto campo cultural, filosófico, artístico que es la matriz del fascismo, se ha creado un cierto margen de libertad para aquellos autores que, aunque solo sea por exigencias "tácticas" se reclaman seguidores de las formas no incriminadas (por desconocidas) del fascismo. Largamente determinadas por estas constricciones externas, la obra de estos autores, aún para lectores que se suponen a priori como cómplices, resulta difícilmente descifrable. Aún más, al restringir la definición del "fascismo" falsifican su objeto arbitrariamente, reduciéndolo a una sola parte de él -incapaz de existir por si sola - contribuyendo a la confusión general. Es este el caso, en parte, de los trabajos "históricos" de J. Evola, cuando se los toma como tales, ya que en realidad los citados trabajos son en realidad fundamentalmente "filosóficos" o "políticos", expresión del punto- de vista de una corriente singular, ampliamente representada también entre los “volkische" de la Alemania austro-bávara, con una marcada tendencia al esoterismo y con tendencia a reducir a sí misma la definición del fascismo "válido".

Entre los estudiosos que se han reconocido fascistas o se pretendieron "neutrales" citaremos aquí, por la rara validez de sus teorías, sobre todo a Adriano Romualdi, cuya obra es, sin embargo, fragmentaria e incompleta -entre otras cosas por su muerte, aún en plena juventud - pero que tiene el mérito de ser casi la única en Italia en haber sabido abrazar la totalidad del objeto, habiendo reconocido perfectamente la "matriz" del fenómeno fascista en el "discurso" de Nietzsche y -en fin - de haber puesto de relieve la lógica "conclusión

indoeuropea" de lo que -como veremos - es la típica "Vuelta-a-los-orígenes-proyecto-de-futuro" de todos los movimientos fascistas y haber comprendido así que para el "fascista" la "nación" acaba siendo reencontrada más que en presente, en un lejano y "mítico" pasado y perseguida después en el futuro, Land der Kinder (Nietzsche), tierra de los hijos más que tierra de los padres (Patria, Vaterland).

Fundamental es también, pero desde un punto de vista totalmente distinto, la obra de Armin Möhler, "Die Konservative Revolution in Deutschland, 1918-1933". Möhler centra su atención sobre todas las formas no directamente comprometidas del fascismo alemán y pone rigurosamente entre paréntesis al nacionalsocialismo, limitándose a decir lacónicamente que la Revolución Conservadora es al nacionalsocialismo lo que el trotskismo al leninismo. De hecho no hace sino poner de manifiesto la Weltbild común a todos los movimientos fascistas (en la acepción genérica del término) que prosperaron en Alemania, precisando admirablemente como en su seno se estructuraban toda una serie de Leitbilder que, al ser acentuados de una manera u otra, daban como consecuencia las distintas formas o corrientes del fascismo alemán, es decir, de la Konservative Revolution, nacionalsocialismo incluido (aunque este se halle explícitamente ausente en el discurso de Möhler). Weltbild y Leitbilder se traducen literalmente corno "imagen del mundo" e "imagen guía" o "imagen conductora"; pero en realidad conviene hablar, para una mejor comprensión, de "mito" y de "mitema".

Curiosamente la obra de Möhler ha encontrado un indispensable complemento en la de un marxista francés que aplica los métodos de la lingüística estructural a la parisienne, Jean Pierre Faye, cuyo documentadísimo libro dedicado a Les Langages Totalitaires (4), (lo que para él equivale a fascista), colma las lagunas del libro de Möhler, insertando al nacionalsocialismo alemán y al fascismo italiano en una bien dibujada "topografía" de la Revolución Conservadora y colocando al primero en el "centro sintético" del campo conservador-revolucionario alemán. Faye, sin embargo, considera tan solo el "discurso político" inmediato de los movimientos fascistas de entonces, con sus referencias a problemas contingentes olvidando la "visión del mundo" y por lo tanto los "puntos de referencia" intelectuales.

Solamente profundizando todos los estudios que hemos citado (junto a otros del mismo tipo) se puede llegar a alcanzar una real "comprensión" del “fenómeno" fascista. No se comprende nada del "fascismo" si no se cae en la cuenta, o no se quiere admitir, que el llamado "fenómeno fascista" no es otra cosa que la primera manifestación política de un vasto fenómeno espiritual y cultural al que llamaremos "superhumanismo", cuyas raíces están en la segunda mitad del siglo XIX. Este vasto fenómeno se configura como una suerte de campo magnético en expansión, cuyos polos son Richard Wagner y Friedrich Nietzsche. La obra artística de Wagner y la obra poética-filosófica de Nietzsche han ejercido una enorme y profunda influencia sobre el ambiente cultural europeo del fin de siecle y en la primera mitad del siglo XX, tanto en sentido negativo (provocando rechazos) como en sentido positivo: inspirando a seguidores (filosóficos y artísticos) y desencadenando acciones (espirituales, religiosas y también políticas...). La obra de estos autores es, de hecho, eminentemente "agitadora"; su importancia está muchísimo más en el "principio" nuevo que introducen en el ámbito europeo que en su expresión misma y en las primeras "aplicaciones" que de estos principios se han realizado.

Por "principio" entiendo aquí el sentimiento del sí mismo y del hombre, que en cuanto se dice a si mismo, se auto-afirma, es un "Verbo" (Logos); en cuanto que persigue un fin es "voluntad" (personal y comunitaria) y es también, inmediatamente después que sentimiento, un sistema de valores.

Lo que a través de la obra de Wagner y Nietzsche entra en circulación y se difunde, con mayor o menos fuerza, es -sobre todo - el "principio", aunque éste sea imperfectamente "captado" o reciba, a causa de su novedad, interpretaciones y "aplicaciones" inapropiadas.

Por las vías más extrañas a veces subterráneas, este principio ha sido transmitido y recibido. Y es solo medio siglo después de su nacimiento cuando empieza a obtener una cierta difusión social, cuando empieza a ser aceptado y hecho propio por grupos sociales enteros de hombres, que se reconocen en él, a veces sin saber incluso quien ha puesto en circulación el nuevo "principio"; así se han creado los primeros movimientos “fascistas".

Entre superhumanismo y fascismo, más que la relación eminentemente intelectual que para los marxistas existe entre teoría y praxis, lo que existe en una relación genética espiritual, una adhesión a veces inconsciente del segundo al "principio superhumanista", con las acciones políticas que de él dimanan. Quizás por esto se ha podido decir, aunque la expresión no es muy afortunada, que "el fascismo es acción, a la que es inmanente un pensamiento", y se ha hablado también de la "mística fascista" y del carácter cuasi " religioso" del fascismo.

El principio "superhumanista", respecto del mundo que lo circunda, deviene el enemigo absoluto de un opuesto "principio igualitarista" que es el que conforma este mundo. Si los movimientos fascistas individualizaron al "enemigo" -espiritual antes que político - en las ideologías democráticas - liberalismo, parlamentarismo, socialismo, comunismo y anarquismo - es justamente porque, en la perspectiva histórica instituida por el principio superhumanista estas ideologías se configuran como otras tantas manifestaciones, aparecidas sucesivamente pero aún presentes todas, del opuesto principio igualitarista; todas tienden a un mismo fin con un grado diverso de conciencia y todas ellas causan la decadencia espiritual y material de Europa, el "envilecimiento progresivo" del hombre europeo, la disgregación de las sociedades occidentales.

Por otra parte, si se puede afirmar que todos los movimientos fascistas tienen un determinante instinto superhumanista está también claro que han tenido un "nivel de conciencia" de ello, variable; y es precisamente este distinto "grado de conciencia" lo que se refleja en la graduada variedad de los movimientos fascistas y en sus respectivas actitudes políticas. No es de extrañar, pues, que si todos combaten las formas "políticas" del igualitarismo, a veces no se definan contra sus formas "culturales" o si se definen, lo hacen en menor grado. Y, además, como ocurre siempre, entre el campo fascista y el igualitarista se crea un campo intermedio, "oscilante", con "formas" espúreas.

Esencial, por lo que respecta a la toma de posición "mítica" de un movimiento fascista, es el análisis que haga sobre cual es la causa primera y el origen del "proceso de decadencia" y "disgregación" de las naciones europeas. Nietzsche señala que es el cristianismo, como agente transmisor del "principio judaico" que para él se identifica con el igualitarismo. Wagner, el otro polo del campo superhumanista, en cambio, solo señaló el "principio judaico". Según él, el cristianismo no sería más que una metamorfosis de las ancestrales religiones paganas, aunque después se contaminara de judaísmo, al recurrir la Iglesia y sus teólogos, para "establecer dogmas" a la tradición judía. Entre estos dos "polos" (y los respectivos análisis) se inscriben todas las oscilaciones del campo fascista, cuyas tendencias asumen, por causa de esto, actitudes diversas frente al cristianismo y la Iglesia. La acción política, además, condicionaba a respetar los sentimientos de amplios estratos de las capas populares, que no podían ser fácilmente extirpados. Por añadidura los fascistas están convencidos del interés social de un sentimiento como el religioso, que es vínculo comunitario en las masas, y no desean destruir lo que existe, sino ir progresivamente modificándolo, reinterpretándolo, hasta conseguir que un día se haya transformado en una cosa muy distinta y en una religión con un contenido muy diferente. Mussolini, que era ateo, debió entrar en tratos con la "Italia Católica" y, una vez en el poder, un modus vivendi fue establecido a fin de romanizar al cristianismo: "Roma, donde Cristo es romano", este es el punto de vista al que la Iglesia no se pliega, replicando, de forma concluyente: "Nosotros, cristianos, somos todos semitas". El III Reich, por su parte, toleró la Iglesia y a la vez intentó "desjudaizar"

el protestantismo, dando vida a la escisión de la Reichskirche favoreciendo a los deutsche Christen y -aún más intensamente - la llamada Gottesglaubigkeit, es decir, la creencia en la divinidad, pero en una divinidad que ya no es la de la Biblia. Pero, en privado, Hitler afirmaba que el cristianismo debía ser, poco a poco, extirpado. La posición extrema (que dentro de una topografía fascista ocupa, sin embargo, el lugar central, por ser éste el más lejano de las extremidades del campo igualitario) es propiamente la sostenida por los nietzscheanos puros: sostiene que "todo está podrido", rechaza en bloque dos mil años de "occidente cristiano" (no reteniendo de él más que las manifestaciones de supervivencia y resurgimiento del paganismo greco-romano-germánico), predica un "nihilismo positivo" y quiere reconstruir -sobre las ruinas de Europa- un "nuevo orden", dando vida al "tercer hombre". Todo esto referido no solo a las formas políticas, sino también a las "culturales", ya que la cultura ha estado dominada por el principio igualitarista: "Cuando oigo hablar de Cultura -dice Goebbels, un intelectual -, cargo mi pistola". En resumen, en relación al mundo que le circunda, los fascismos son "revolucionarios" en el sentido más radical de la palabra. La reflexión más coherente de sus adversarios ha acabado por reconocerlo. Horkheimer, con un origen marxista y que acabó siendo un apóstol de un abstracto neo-judaísmo, reconocía al final de su vida que "la revolución solamente puede ser fascista", ya que solo el fascismo quiere invertir el "sistema de valores" existente, cambiar el mundo"; es decir, solo el fascismo considera al mundo actual del mismo modo a como los primeros cristianos consideraron al mundo grecorromano y el Imperium de Roma.

Precisamente a causa de que, en sus expresiones más coherentes, se opone drásticamente a la cultura dominante, manifestada en todas las formas sociales y políticas, el "superhumanismo" y sus expresiones políticas tienen un "discurso" que no puede por menos que parecer irracional a quienes están animados por el opuesto principio igualitario. Esta "irracionalidad", que ha servido a Lukacs de principal argumento "filosófico" contra el discurso fascista, designa, de hecho, dos medio-verdades, confusas y superpuestas. Es verdad que el discurso fascista es un "discurso mítico" o bien se basa -al menos - en un "mito". Muchos autores fascistas han propuesto, explícitamente, un mito. Pero, ¿qué es un mito en la visión superhumanista de las cosas?. El mito es un discurso de una naturaleza particular, que se concibe a si mismo como novedad originaria o que, diciéndose, crea su propio lenguaje parasitándose en otro. Existe mito cuando un "principio" históricamente nuevo surge en el seno de un ambiente social y cultural todo el informado y conformado -y en primer lugar su lenguaje- por un "principio opuesto". El principio nuevo, para decirse a sí mismo, debe necesariamente -ya que no tiene aún su lenguaje - tomar en préstamo, por decirlo así, el lenguaje preexistente; pero este es un lenguaje dominado por otro principio, por otro Logos o Verbo y, por tanto, mientras hace uso de él, debe, sin embargo, negarle la "razón" o más exactamente la "dialéctica" conceptual que es -precisamente - la del Logos adverso. Así el "discurso" de un principio históricamente nuevo, es siempre "discurso mítico que niega la "razón" del lenguaje usado, y el principio mismo -en su novedad histórica - se da como mito: un principio nuevo es siempre, en cuanto nuevo, un mito.

Negar la dialéctica del lenguaje usado (parasitado) quiere decir que los "contrarios", los opuestos instituidos como tales por esta dialéctica, ya no son sentidos así, sino más bien como una parcial unidad e identidad y -por otra parte - pueden expresar una simple diferencia, no por oposición. Esto resulta evidente en Wagner y aún más en Nietzsche; por ejemplo en el rechazo de la dialéctica cristiano-igualitarista "del bien y del mal", netamente expresado por este autor. No es menos evidente este fenómeno, aunque aquí en un plano estrictamente político, en el hábito de los movimientos de la Revolución Conservadora alemana de designarse a sí mismos fundiendo términos conceptuales de la "jerga" igualitarista de Weimar consideraba antitéticos: nacional-bolchevismo, nacional-comunismo, nacional-socialismo,

conservador-revolucionario y otras cosas parecidas.

El "discurso mítico" es, en su materialidad lingüística, un discurso del que está ausente el Logos (Verbo) que se identifica con el mito mismo en cuanto que principio. Dicho de otra manera: la materialidad del lenguaje permanece conformada por otro principio, por otro Logos. Y en esto reside la ambigüedad específica del mito, señalada por historiadores y estudiosos desde hace tiempo (sin individualizar las causas, por otra parte). Pero si el "discurso" aparece necesariamente ambiguo e irracional, el "mito" no lo es en modo alguno en relación con sí mismo: su verdadero Logos está en realidad bien presente, pero fuera de la materialidad del discurso, en quien lo dice y en quien sabe entenderlo. Un mito siempre presupone la existencia de hombres que, más allá del lenguaje empleado en el discurso lo saben entender. Alfred Rosenberg, prologaba su libro "El Mito del siglo XX" con esta sentencia del Maestro Eckhart: "Este discurso se pronuncia solo para quienes ya lo dicen, como suyo, a través de su propia vida o, al menos, ya lo poseen como atormentadora aspiración de su corazón".

Pero si el mito, para quienes lo portan y lo proclaman, es sentido como un punto de origen, una novedad, para quienes están "fuera" de él se les aparece necesariamente como una imposible vuelta a lo “primitivo", a la "barbarie". De hecho esta acusación de primitivismo y barbarie se ha lanzado no contra las acciones de los fascistas, sino contra su concepción del mundo, contra su "mentalidad". Esto es tanto más comprensible en cuanto que la concepción de la historia que se desprende del principio igualitarista es una concepción lineal, que representa el devenir histórico como un segmento comprendido entre un Alfa (el inicio de la historia: expulsión del Edén o evolución desde la primera horda comunista paleolítica a la primera sociedad con propiedad privada) y un Omega (Apocalipsis o fin de la historia, concebida como lucha de clases, para pasar a la eternidad y a un perenne "reino de la libertad"). Por contraposición, en la visión superhumanista, la historia no es lineal (ni tampoco cíclica, como han afirmado alguno, por no haber sabido descifrar el "discurso mítico). Möhler ya ha indicado que Ia imagen más conveniente" para representar la idea de la historia en la visión superhumanista es "la de la Esfera", presente ya en el Also Sprach Zarathustra de Nietzsche. Möhler, sin embargo, no ha sabido poner de manifiesto las implicaciones de esta imagen (Leitbild). Si, en un tiempo lineal, el "momento" presente es puntual, dividiendo la línea del devenir en pasado y futuro y, por otra parte, no se vive sino en el momento presente, en el tiempo esférico de la visión superhumanista el presente es otra cosa bien distinta, es la esfera que tiene por dimensiones el pasado, la actualidad y el futuro; y el hombre es hombre y no animal justamente porque, en virtud de su conciencia, vive inmerso en este presente tridimensional que es a la vez pasado-actualidad-futuro y por lo tanto es también totalidad del devenir histórico, pero captado siempre según la siempre distinta perspectiva "personal" de cada conciencia.

Si la esfera del devenir histórico es proyectada, con fines de representación (como impone nuestra sensibilidad biológica) sobre lo unidimensional, se dibuja esa línea que, si se asume la visión igualitarista representa a la historia misma y que, en cambio, para el superhumanista es solo la línea de la evolución biológica de la especie humana sobre la cual la historia va precisamente a proyectarse para representarse a sí misma (y, puesto que la esfera del devenir es un "presente" distinto para cada conciencia, las representaciones de la historia han de ser forzosamente distintas).

En el lector puede espontáneamente surgir la interrogación sobre la "validez", sobre la "verdad" de estas dos visiones opuestas de la historia, la igualitarista y la superhumanista. El "historiador" puede tan solo constatar que uno y otra son reales, en el sentido de que existen históricamente, de que ha habido hombres que las han sentido y que las sienten, que las han pensado y que las piensan. Una "filosofía" conformada por el principio igualitarista considera "falsa" la visión superhumanista de la historia y falsa la concepción esférica en que

se basa. Una "filosofía" superhumanista coherente considera en cambio la visión igualitarista de la historia como propia de la conciencia del "segundo hombre" y, como tal, “superada" por la autoconciencia del "tercer hombre".

Los "fascismos" tuvieron todos una visión superhumanista del tiempo de la historia, lo que no significa automáticamente que los fascistas hayan sido plenamente conscientes de ello ni -consecuentemente - hayan sabido "representarlo". Es sin embargo evidente que el juicio "fascista" sobre lo que es histórico en el hombre ha diferido siempre, y difiere, del igualitarista. Por ejemplo, para el fascista la "esfera económica" de lo humano pertenece fundamentalmente a la "esfera biológica" y no a la histórica. Por otra parte conceptos como "regreso", "conservación", "progreso", pierden su significado en el uso que de ellos hace el discurso fascista y a veces se confunden el uno con el otro. Es por que en lo unidimensional, la proyección de la esfera histórica configura un ciclo, el Eterno Retorno, sobre el cual todo "progreso" también es "regreso". Aquí está, por otra parte, la solución del enigma propuesto por Nietzsche con la "imagen conductora" (mitema) del Eterno Retorno y con la del Gran Mediodía y la del Zeittumbruch (la fractura del tiempo de la historia); lo "idéntico" que retorna eternamente es de orden biológico y no es idéntico sino desde un punto de vista material, no desde el histórico. Lo histórico es la diversidad, lo que construye la historia es la aparición de formas nuevas, originales y originarias, lo que puede llegar al límite de regenerar la historia misma provocando el Zeitumbruch. El término genérico con el cual se han autodesignado en su conjunto todas las varias tendencias del "Fascismo", es decir, el de Konservative Revolución dice, por sí mismo, cual era su visión de la historia y que papel esperaban jugar en ella, es decir, provocar la Zeltumbruch.

Sobre la base de su específica visión de la historia los "proyectos históricos" de los movimientos fascistas se configuraban siempre como una "vuelta", como un "repliegue", sobre un "origen" o un "pasado" más o menos lejano, que al mismo tiempo es proyectado en el futuro como un fin a alcanzar: la "romanidad", en el fascismo italiano (con varias formulaciones: romanidad “imperial", "republicana" o "de los orígenes"), germanismo pre-cristiano en el nacionalsocialismo hitleriano, monarquía tradicional en el maurrasianismo....

Lo que casi nunca se ha sabido captar es que el "pasado" del cual se reclaman seguidores y del cual a veces se afirma (con fines demagógicos de propaganda) que sigue vivo y presente (en el " pueblo" y en la "raza" como instintividad) es considerado realmente por los fascistas un bien perdido, algo que "ha salido de la historia" y que por tanto hay que reinventar y crear ex-novo. Así, por ejemplo, Hitler le decía a Rauschning (ver Gesprache mit Hitler) (5), que "no existe la raza pura", que "hay que recrear la raza"; y de hecho la política racial del III Reich fue una Aufnordung una "acción modificadora". El origen, el pasado perdido, en el fondo no están presentes en el "fascista" más que como nostalgia y como proyecto, no pudiendo estar encarnadas en la realidad social, cultural y política, radicalmente adversa.

La "topografía" del campo fascista en la primera mitad de siglo se dibuja en relación con problemas que enlazan, directa o indirectamente, con el análisis de la "cantidad de decadencia" que existe en Europa y –por reflejo - la "cantidad de nihilismo positivo" con que considerar necesario responder. Respecto del espectro político democrático, el "fascismo" no está ni a la derecha ni a la izquierda, ni en el centro, ya que este espectro político está determinado por criterios igualitaristas que no rigen para el fascismo. Existen, es cierto, interferencias (a veces de derecha, a veces de izquierda, a veces de centro...), pero son solo secundarias, inevitables a causa de la continuidad, del hecho de que el "fascismo" debía actuar sobre la realidad conformada por masas empapadas de igualitarismo, que formulaban exigencias igualitaristas. El fascismo debía "pescar" allá donde estas exigencias tuvieran menos profundidad, donde fueran débiles; en suma: donde la “conciencia igualitarista" se hallara en

crisis y donde por tanto era más fácil crear una confusión con los ideales propios y las exigencias propias.

Así por ejemplo, ocurre que la topografía de la Konservative Revolution se encuentra también determinada por la pregunta respecto a las fuerzas -o las clases sociales - sobre las cuales basarse. Es un hecho muy revelador que aquellas tendencias que más hincapié ponen en hablar del trabajador de la clase obrera (como por ejemplo, los nacional-comunistas y los nacional-revolucionarios) son en cambio, los que más rechazaron la "acción de masas", en nombre de un prejuicio "aristocrático" y -pese a las experiencias históricas - soñaban aún con el putsch o la conjura de palacio. Spengler, Junger, los "social-aristocráticos", se oponían a Hitler, entre otras cosas por que éste se había convencido a sí mismo de que no había contradicción, ni riesgo de "contaminación", en recurrir al partido y a la acción de masas.

En el cuadro de las distintas opciones del superhumanismo, el "discurso" de un movimiento determinado acentúa de una manera específica las distintas imágenes conductoras del mito, los mitemas. Un movimiento fascista puede poner en primer plano mitemas que otro coloca en segundo plano o incluso olvida. La diversidad en esta acentuación es también reflejo de una diversidad en la "interpretación". Basta pensar en el mitema de, la raza, asumido por unos corno mitemas fundamentales, mientras que para otros es secundario y, en todo caso, es siempre "entendido" de maneras distintas (incluso dentro del movimiento nacionalsocialista, pues no es cierta la afirmación de Evola, de que se diese de él una interpretación exclusivamente biológica; Evola por otra parte, es reflejo de una de estas tendencias, analizando el mitema de la raza de acuerdo con las pautas de la corriente volkisch-espiritualista).

Evidentemente los "regímenes" fascistas debieron afrontar aquellos problemas materiales que se le presentan a cualquier régimen, en cualquier país, con estructuras análogas. La famosa crisis del capitalismo de los años veinte y treinta fue en realidad una crisis de mutación industrial, y por tanto es así que también la padeció Rusia. Todos debieron afrontarla con medidas análogas: de ahí el New Deal de Roosevelt, la NEP rusa, el Vierjhrsplan de Goering, la reestructuración industrial y bancaria realizada por el fascismo italiano. El aspecto "técnico" de estas medidas es, a veces, hasta tal punto similar que varios historiadores, muy impresionados por ello, han confundido todo en una única "revolución de los técnicos" (managerial revolution). Pero el hecho de que un liberal, un comunista, o un fascista, lanzado al agua, se ponga a nadar para no ahogarse no dice nada sobre su filosofía política.

En los "estudios" sobre el fenómeno fascista se ha buscado llegar a una "definición del objeto" -sobre todo por parte de los autores marxistas - basándose en el hecho de que los regímenes fascistas conservaron la estructura "capitalista" de la producción. Por parte de los autores liberales se ha insistido, en cambio, en la similitud de la estructura política "totalitaria" impuesta por regímenes fascistas y comunistas. Todo esto era, y es, extremadamente cómodo para dar vida a la nunca desaparecida polémica entre corrientes distintas del espectro político del igualitarismo. Pero a la vez refleja el tremendo error y el absurdo de aplicar estas "definiciones" al fascismo.

Que ciertas fuerzas económicas, aquí y allá, hayan decidido sostener económicamente al fascismo, en una cantidad mucho menor de lo que se ha dicho y en base a un cálculo que habría de revelarse como erróneo, es un hecho sin significación alguna; todos podemos comprobar hoy en día como organizaciones patronales y grandes industriales financian regularmente a partidos de izquierda, incluido el comunista... Para el observador objetivo debería estar muy claro que la elección de un sistema económico era "diferente en sí misma" para el fascismo, únicamente dictada -más allá de intereses de clase, que no reconocía y de ideologías que no eran las suyas - por lo que, desde su punto de vista, consideraba que era el interés nacional o el interés común (Gemeinnutz) y, en función de esto, por consideraciones de eficacia. Lo que, en

definitiva, preocupaba al "fascista", era sustraer a las fuerzas económicas, movidas solo por intereses económicos, la posibilidad de dictar al país su política; y, después, plegar a todas estas fuerzas económicas al respeto de los intereses nacionales formulados en función de los fines a alcanzar por la "comunidad popular" (Volksgemeinschaft), a fines -dicho entre paréntesis- cuya naturaleza era "metapolítica". Que, en este intento, los regímenes fascistas hayan actuado con mayor o menor sabiduría, con mayor o menor éxito, es un problema cuyo debate podría llevarnos a conclusiones negativas posiblemente. Es también evidente, por otra parte, que los regímenes fascistas tuvieron una vida efímera y que muy pronto la guerra les impidió proceder a la maduración de la revolución política y social que se proponían.

El problema del "totalitarismo" nos lleva a un problema fundamental de la "filosofía de la política". Toda sociedad (o más exactamente, comunidad) es, cuando quiere estar "sana", totalitaria, en el sentido de que admite un solo "discurso", el inspirado por el principio que informa y conforma a la comunidad y, a la vez, constituya el "vínculo comunitario". Así la ecumene católica no admite más que el "discurso cristiano" en el catolicismo y hoy los sistemas democráticos, tras el periodo de crisis y de confusión de ideas de la primera postguerra, no admiten -como es lógico, por otra parte - más que el "discurso democrático" y prohiben terminantemente el "discurso fascista" (que está inspirado en un "principio" opuesto).

En los sistemas democráticos "liberales", por otra parte, el "discurso" social se traduce en un "debate", contraposición de discursos "opuestos" aunque inspirados en un mismo principio. De hecho, como ya se ha dicho, un "principio" entra en la historia como mito, y en su fase mítica no manifiesta, ni en su discurso ni en sus acciones, los "contrarios" de su propia dialéctica, captados aún como "unidad" y armonía. El principio igualitarista tuvo su fase mítica con la "ecumene católica", que fue objetivamente tal, incluso en el campo político, mientras los poderes soberanos tuvieron fuerza suficiente -sobre todo espiritual - para asegurar la "unidad de los contrarios", para impedir que una "dialéctica" del Logos cristiano-igualitarista se manifestase y concretase en formas religiosas, políticas y sociales opuestas. Pero cuando el "mito" en cuanto tal perdió su fuerza y decayó, se inauguró una "dialéctica" que, muy pronto, se manifestó en los planos eclesiásticos, políticos y sociales. Se empezaron a sentir, a advertir "contradicciones". Por ejemplo, en el plano religioso se formuló la contradicción entre el mitema del dios omni-previsor y omni-predeterminante y otro mitema, el de la gracia y el arbitrio libre, con la consiguiente fractura del ecumene y la contraposición de las Iglesias; los teólogos de la Reforma y Contrarreforma no se basaron ya en el mito e hicieron formulaciones cada vez más "ideológicas". Desde el punto de vista superhumanista de la historia, lo que estaba ocurriendo es que el "principio igualitarista" estaba pasando de su fase mítica a la fase "ideológica", en la que se separan y contraponen los "contrarios" dialécticos que, progresivamente, van a concretarse en "realidades" objetivas políticas y sociales, entre las cuales están los distintos "partidos".

En esta segunda fase la "conciencia igualitarista" deviene más profunda: quiere traducir la "igualdad de las almas ante Dios" en "igualdad del hombre en cuanto que ser político,(ciudadano) ante las instituciones humanas". Esto conduce a la "evolución democrática" (cuyas manifestaciones a veces son violentas, hablándose entonces de "revolución") y, rápidamente, -en el paso hacia la democracia ideológica - en la aspiración y la voluntad de una "igualdad de los hombres ante la naturaleza" entendida esta en todos sus aspectos. En esta última fase, que evidentemente es la que se halla en curso - siempre desde el punto de vista del superhumanismo la "dialéctica" objetiva de los contrarios es cada vez más señalada como un obstáculo a la unidad y a la armonía efectiva de la "ecumene humana": de ahí el auge del "internacionalismo", el "cosmopolitismo", y - paralelamente - el esfuerzo "científico" volcado a afirmar en el "discurso" y en la realidad objetiva una última síntesis que no vuelva a provocar a su vez una nueva

oposición de los contrarios. El genio de Hegel, y después de Marx, ha consistido en haber interpretado perfectamente, cada uno a su modo (el segundo con una visión filosófica menos profunda y más incierta, pero con una gran visión política formulada además con gran capacidad "de agitación") esta voluntad de síntesis del hombre y de la sociedad conformadas por el principio igualitarista.

Evidentemente el historiador constata que Marx, si bien ha sabido hacer tomar conciencia a los igualitaristas de su voluntad de alcanzar una última síntesis (y anotemos al paso como las Iglesias cristianas, o incluso - más genéricamente - las monoteístas, se encuentran también ellas empeñadas en un esfuerzo de “abstracción y síntesis ecuménica") no ha sabido sin embargo indicar el método para conseguirlo. Los regímenes marxistas del este europeo, regiones fundamentalmente extrañas a la antigua ecumene católica y después a la "dialéctica ideológica" del occidente europeo, han sostenido que esta última síntesis podía alcanzarse mediante un "proceso" forzoso, imponiendo mediante una violencia continua la unidad definitiva de los contrarios; de ahí su "totalitarismo dogmático". Todo el trabajo actual de los "demócratas" occidentales, marxistas incluidos, no es otra cosa que este esfuerzo por encontrar el camino hacia esta última síntesis que sea verdaderamente, una espontánea síntesis y unidad de los contrarios.

¿Es posible esta última síntesis habida cuenta de que ella comportaría el fin mismo de la historia, del devenir "histórico" del hombre?. Formular la pregunta y pretender dar respuesta a una "cuestión última" es encontrarse ante la clásica "antinomia de la razón". Si la historia humana tiene una predeterminación que trasciende al hombre, para dar una respuesta sería necesario conocer la naturaleza de esta predeterminación, por lo que la definición es "racionalmente" imposible (por que la predeterminación trasciende al hombre). Si, en cambio, es el hombre quien crea libremente -su propia historia, hay que admitir que esta última síntesis sería posible si la humanidad entera, con plena conciencia, la desease y tuviera "capacidad" de alcanzarla. Pero precisamente esta última circunstancia obliga al campo igualitarista a realizar, una represión absoluta del "fascista". Por que el "fascista" no quiere este “fin de la historia" propuesto por el igualitarismo y lucha, por hacerlo imposible, además de creer que esto es "materialmente imposible".

De cuanto se ha dicho sobre el “igualitarismo" debía inferirse claramente, para el lector, cual habría sido la "auto-comprensión" del llamado totalitarismo fascista, que quizás convendría llamar "dictadura", "magisterio", y que morfológicamente se asemeja al tipo de "administración del poder" de la ecumene católica y de todas las "formas comunitarias" en fase mítica. Por otra parte la dictadura fascista reflejaba objetivamente la naturaleza mítica de su discurso y con esto satisfacía también dos exigencias fundamentales. La primera de estas se desprendía de la situación de "crisis" total en la cual el propio fascismo, al alcanzar el poder, precipitaba a todas las “instituciones" políticas y sociales preexistentes (conformadas por el principio igualitarista) y a los mismos "componentes humanos" de la sociedad, es decir, de una comunidad que había cesado, desde su punto de vista "fascista" de ser una "comunidad orgánica". La segunda exigencia, que se solapa con la primera, no es menos esencia e inmediata: la necesidad de informar y conformar el "material tosco" (las "ruinas" de que hablaba Nietzsche) de acuerdo con el "principio" superhumanista, afirmar en todas partes, en el cuadro de un "orden nuevo", la unidad y la armonía de todos los contrarios.

Desde este punto de vista "fascista", por citar un ejemplo, el corporativismo del régimen italiano aparece como un "compromiso" impuesto quizás por la situación objetiva, ya que permitía al menos formalmente la expresión de un cierto "clasismo" al contraponer las organizaciones de empresarios y de trabajadores; mientras que el más coherente nacionalsocialismo alemán, organizó a todas las fuerzas productivas en un Frente del Trabajo Alemán, D.A.F., que quería ser "orgánico" para reflejar la organicidad de la comunidad del pueblo, la Volksgemeinschaft.

En otras palabras, puesto que el "fascismo" oponía comunidad a sociedad y pretendía refundir la sociedad "encontrada" por él, en una comunidad orgánica, los regímenes fascistas intentaron reprimir, mediante el aparato totalitario, las tendencias igualitaristas esparcidas por todas partes y, a la vez, emprender mediante el apartado "dictatorial" fundado en la institución del Jefe (Duce, Führer)- la "educación" de un nuevo "tipo" humano, esforzándose en consolidar y suscitar progresivamente en todos el "principio" superhumanista fascista, creando y reforzando así el nuevo "vínculo comunitario": de ahí el uso intenso de las técnicas de la psicología de las masas, de ahí la "mística", el "ritual", los "símbolos" emotivos, la creación de organizaciones (sobre todo en el III Reich, pero también en Italia) con un carácter de "Orden" destinadas a satisfacer, con sus distintas "misiones", los distintos "temperamentos" humanos y en particular los varios "temperamentos" fascistas.

El historiador debe aquí preguntarse si, aceptando a título de hipótesis el análisis nietzscheano de la sociedad y la cultura europea, los "movimientos" y los "regímenes" fascistas de la primera mitad de siglo no han aparecido demasiado pronto, prematuramente, o dicho más exactamente, si no debían su emergencia, su afirmación, a circunstancias fortuitas -en la apariencia y tan solo en ellas - que anticipaban el futuro previsto por Nietzsche. El preveía que su movimiento (este es el término que usa realmente: Bewegung) podía afirmarse solo sobre las ruinas del sistema social y cultural existente. Ahora bien, en la primera postguerra mundial, los sistemas políticos y la cultura igualitarista aún no estaban en ruinas, tan solo atravesaban una crisis espiritual (con la aparición masiva y "subversiva" del comunismo) a la que se unió otra, económica esta. En Alemania, país vencido, "castigado" y casi totalmente privado de la solidaridad del "sistema" internacional, la crisis fue sentida como verdaderamente apocalíptica. También en Italia las cosas ocurrieron así, pero limitándose solo a ciertos estratos en los cuales estaba muy viva la frustración por la "victoria perdida". Hoy sabemos que el sistema igualitarista estaba en realidad aún bastante fuerte, o dicho desde un punto de vista nietzscheano, no había agotado aún sus resortes espirituales y materiales.

El historiador debe también reconocer que la aparición del fenómeno fascista ha constreñido, aunque sea negativamente, a reconocer al campo igualitarista cual es su verdadera naturaleza, a tomar una mayor conciencia del "parentesco" de sus diversas formas espirituales y políticas y admitir (al menos en los hechos) que obedecían todas a un mismo principio inspirador, el igualitarista o judeocristiano, llámesele como se quiera. Para cristianos, liberales, demócratas, socialistas, comunistas, el "fascismo" era el adversario absoluto, frente al cual todos sienten una absoluta obligación de "solidaridad": es el "antifascismo". Las manifestaciones del "antifascismo" pueden incluso aparecer como grotescas, a causa del evidente oportunismo político de las distintas facciones, pero responden en definitiva a una estricta exigencia "moral" para cualquier que pertenezca al campo igualitarista.

Con la victoria sobre los regímenes fascistas, el "antifascismo" se ha traducido lógicamente en una "represión" absoluta del fascismo y de sus manifestaciones políticas. Pero esta lógica represión tiene consecuencias paradójicas, cuando menos a los ojos del historiador, y en la medida en que es posible considerar historia a los últimos treinta y cinco años es decir, una situación que se prolonga en la actualidad. Ocurre que cuanto más se afirma el "principio igualitarista" en cada detalle cotidiano de la vida cultural y política europea, tanto más se afirma el antifascismo. Así, que el "fascismo" adquiere una "existencia negativa" tanto más fuerte cuanto más claro es el triunfo del adversario. Ahora bien, esta existencia negativa es también una realidad (un poco como es realidad la "antimateria" de los microfísicos) y deviene objetivamente como un vacío sociopolítico que quiere ser colmado en alguna manera. El "fascismo" renace así constantemente, como potencialidad, aunque sea inmediatamente reprimida, y continuamente son -por decirlo así - regenerados los “fascistas", forzados entonces a la vida de las catacumbas. Pero este vacío

que supone la existencia negativa del fascismo en la Europa actual reclama también una "acción fascista" que, prohibida a los “fascistas" acaba por ser inconscientemente asumida por los sectores marginales del campo igualitarista, los que más sufren la lentitud del "progreso", la discrepancia entre los ideales proclamados y las realidades vividas: el occidente grupos terroristas de extrema izquierda, en oriente el ala derecha de la organización del Estado, con recurso a la disidencia tras vanos intentos de recurso a la "reforma" interna del partido y del sistema.

Ciertamente en los países de Europa occidental existen partidos o grupos políticos sobre los cuales pesa la acusación de “fascismo" y que como tales quedan marginalizados respecto del espectro "democrático antifascista". Pero como ocurre -en muchos casos - que gran parte de los miembros de estos partidos o grupos no son en realidad fascistas, hay que concluir que estos no son, objetivamente, "fascistas", ya que, forzados por la situación, se ven obligados a moverse en una legislación que prohibe el "discurso" y la "acción" fascistas. Desde el punto de vista "fascista", estos partidos tienen una utilidad, al constituir un peligro, por que estos partidos, como queda dicho, falsifican necesariamente el "discurso" y la acción fascistas.

Además la contingencia histórica, esto es, el hecho de vivir en una sociedad liberal, ha inducido casi siempre a estos partidos a plantarse en posiciones liberales y exclusivamente "anticomunistas", recurriendo cada vez más a un "discurso liberal". Ha ocurrido y continuará ocurriendo fatalmente, que -por otra parte - los fascistas "refugiados" en estos partidos no cesan de provocar tensiones y escisiones; por otra parte estos partidos pasan a ser "recuperados" a partir de determinado momento por el sistema (aunque éste continúa rechazándolos formalmente por tener necesidad de seguir azuzando contra el "fantasma" del fascismo a las masas), contribuyendo a preservarlo.

La existencia del fascismo es hoy, casi exclusivamente, una existencia negativa; ésto es lo que los movimientos y regímenes fascistas de la primera mitad del siglo han dejado como herencia a los hombres que se adhieren al "principio superhumanista". Es una herencia que los condena a las catacumbas; y es una herencia -el historiador debe admitirlo, con referencia a la experiencia de lejanos pasados - cuyo valor no es nada desdeñable.

Notas:

(1) - Todos los entrecomillados aparecen así en el original.

(2) - Todas las negritas aparecen así en el original.

(3) -Existe versión española de este libro: "El Asalto a la Razón" Ed. Grijalbo. Barcelona, 1975.

(4) - Existe versión española de este libro: "Los lenguajes totalitarios", Ed. Taurus. Madrid, 1974.

(5) - Existe versión española de este libro: "Hitler me dijo". Ed. Hachette. Buenos Aires, 1940.

El cantor del nuevo mito. Giorgio Locchi revisitado

Adriano Scianca

“…sonaba, tan antiguo, y sin embargo era tan nuevo…”

(Richard Wagner)

Y por último llegó la “globalización”. En dos mil años de pensamiento único igualitario nos hemos tragado: la “inevitable” venida de los tiempos mesiánicos, el “inevitable” avance del progreso técnico, económico y moral, el “inevitable” advenimiento de la sociedad sin clases, el “inevitable” triunfo del dominio americano, la “inevitable” instauración de la sociedad multirracial. Y ahora, precisamente, es la globalización la que se impone como “inevitable”. El camino ya está trazado, nada podemos contra el Sentido de la Historia. Es cierto que la entrada triunfal en el Edén final es postergada de manera continua porque siempre surgen pueblos impertinentes que no aprecian los hegelianismos en salsa yanqui como los anteriormente citados. Pero, tarde o

temprano- nos lo dice Bush, nos lo dicen los pacifistas, nos lo dicen los científicos, los filósofos y los curas- la historia llegará a su fin. Seguro. ¿Seguro?

¿El fin de la historia?

Es verdad: la historia, efectivamente, puede llegar a su fin. Es del todo plausible que en el futuro que nos espera se pueda asistir al triste espectáculo del "último hombre" que da saltitos invicto y triunfante. Pero este es sólo uno de los posibles resultados del devenir histórico. El otro, también este siempre posible, va en la dirección opuesta, hacia una regeneración de la historia a través de un nuevo mito. Palabra de Giorgio Locchi. Romano, licenciado en Derecho, corresponsal en París de "Il Tempo" durante más de treinta años, animador de la primera y más genial Nouvelle Droite, fino conocedor de la filosofía alemana, de música clásica, de la nueva física, Locchi ha representado una de las mentes más brillantes y originales del pensamiento anti-igualitario posterior a la derrota militar europea del 45.

Muchas jóvenes promesas del pensamiento anticonformista de los años 70 conservan todavía hoy el nítido recuerdo de las visitas que hicieron a "Meister Locchi" en su casa de Saint-Cloud, en París, "casa a la que muchos jóvenes franceses, italianos y alemanes se dirigían más en peregrinaje que de visita; pero simulando indiferencia, con la esperanza de que Locchi (…) estuviese como Zarathustra con el humor adecuado para vaticinar y no, como desgraciadamente sucedía más a menudo, para que les hablase del tiempo o de su perro o de actualidades irrelevantes" (1). Las razones de tal veneración no pasan tampoco inadvertidas para quienes sólo hayan conocido al autor romano a través de sus textos. Leer a Locchi, de hecho, es una "experiencia de verdad": tomemos su Wagner, Nietzsche e il mito sovrumanista – un "gran libro", "unos de los textos clásicos de la hermenéutica wagneriana", como lo define Paolo Isotta en el… ¡Corriere della Sera! (2)- uno se encuentra ante el desvelamiento (a-letheia) de un saber original y originario. Desvelamiento que no puede ser nunca total.

Giorgio Locchi, La Esencia del Fascismo

La aristocrática prosa de Locchi es, de hecho, hermética y alusiva. El lector es conquistado por ella, tratando de atisbar entre las líneas y de captar un saber ulterior que, estamos seguros de ello, el autor ya posee pero dispensa con parsimonia (3). A aumentar la fascinación de la obra de Locchi, además, contribuye también la vastedad de referencias y la diversidad de los ámbitos que toca: de las profundas disertaciones filosóficas a los amplios paréntesis musicológicos, pasando por las referencias a la historia de las religiones y por las audaces digresiones sobre la física y la biología contemporánea. Quien está acostumbrado a la atmósfera asfixiante de cierto neofascismo onanista o a los tics de los evolamaniacos de estricta observancia es raptado inmediatamente por todo ello.

La libertad histórica

El punto de partida del pensamiento locchiano es el rechazo de todo determinismo histórico, es decir, la idea de que "la historia- el devenir histórico del hombre- surge de la historicidad misma del hombre, es decir, de la libertad histórica del hombre y del ejercicio siempre renovado que de esta libertad histórica, de generación en generación, hacen personalidades humanas diferentes" (4). Es el rechazo de la "lógica de lo inevitable". La historia está siempre abierta y es determinable por la voluntad humana. Dos son, a nivel macrohistórico, los resultados posibles, los polos opuestos hacia los que dirigir el porvenir: la tendencia igualitarista y la tendencia sobrehumanista, ejemplificadas por Nietzsche con los dos mitemas del triunfo del último hombre y del advenimiento del superhombre (o, si se prefiere, del "ultrahombre", como ha sido rebautizado por Vattimo en el intento de despotenciar su carga revolucionaria). El filósofo de la voluntad de poder afirma la libertad histórica del hombre mediante el anuncio de la muerte de Dios: quien ha adquirido la conciencia de que "Dios ha muerto" "no cree ya que esté gobernado por una ley histórica que lo trasciende y lo conduce, con toda la humanidad, hacia una finalidad- y un fin- de la historia predeterminada ab aeterno o a principio; sino que sabe ya que es el hombre mismo, en todo

"presente" de la historia, el que establece conflictivamente la ley con la que determinar el porvenir de la humanidad" (5).

Todo esto lleva a Locchi a identificar una auténtica "teoría abierta de la historia". El futuro, desde esta perspectiva, no está nunca establecido de una vez por todas, ha de ser decidido constantemente. No sólo eso: tampoco el pasado está cerrado. El pasado, de hecho, no es lo que ha acaecido de una vez por todas, un mero dato inerte que el hombre puede estudiar como si fuese un puro objeto. Al contrario, es interpretación eternamente cambiante. El tiempo histórico, lo vamos viendo poco a poco, asume un carácter tridimensional, esférico, estando caracterizado por interpretaciones del pasado, compromisos en la actualidad y proyectos para el porvenir eternamente en movimiento. El origen mítico acaba proyectándose en el futuro, en función eversiva con respecto a la actualidad. Las distintas perspectivas que brotan de ello acaban chocando dando vida al conflicto epocal.

El conflicto epocal

El "conflicto epocal" se da por el choque de dos tendencias antagónicas. Ya se ha dicho cuales son las tendencias de nuestra época: igualitarismo y sobrehumanismo. Toda tendencia atraviesa tres fases: la mítica (en la que surge una nueva visión del mundo de manera todavía instintiva, como sentimiento del mundo no racionalizado y, por tanto, como unidad de los contrarios), la ideológica (en la que la tendencia, habiéndose afirmado históricamente, comienza a reflexionar sobre sí misma y, entonces, se divide en diferentes ideologías contrapuestas entre sí) y la autocrítica o sintética (en la que la tendencia toma nota de su división ideológica y trata de recrear artificialmente la propia unidad originaria). Y si el igualitarismo (hoy en fase "sintética") es la tendencia histórica dominante desde hace dos mil años, la primera expresión "mítica" del sobrehumanismo ha de buscarse en los movimientos fascistas europeos.

El fascismo, para Locchi, no puede ser comprendido más que a la luz de la "predicación sobrehumanista" de Nietzsche y Wagner (6) y de la "vulgarización" que de tales tesis llevaron a cabo los intelectuales de la Revolución Conservadora (que, por tanto, deja de ser una entidad "inocente", abstractamente separada de sus realizaciones prácticas, tal y como quisiera cierto neoderechismo débil). Por tanto, el fascismo como expresión política del Nuevo Mito que apareció en el siglo XIX en algún lugar entre Bayreuth y Sils Maria. Entonces, algo nuevo. Pero, wagnerianamente, algo antiguo también.

El fascismo, de hecho, representa también la plena asunción del "residuo" pagano que el cristianismo no logró borrar y que ha sobrevivido en el inconsciente colectivo europeo. Un fenómeno revolucionario, en definitiva, que se reconoce en un pasado lo más ancestral y arcaico posible, proyectándolo en el futuro para subvertir el presente. El objetivo, de larga duración, es hacer que la Weltanschauung cristiana "retroceda más allá del umbral de la memoria", derramando significados nuevos en los significantes viejos de matriz bíblica, tal y como originariamente el cristianismo "falsificó" los términos paganos para canalizar la propia visión del mundo en un lenguaje que no resultase incomprensible a las gentes europeas. Es el proyecto que el Parsifal wagneriano expresa con la fórmula "redimir al redentor" (7).

El mal americano

Pero la primera tentativa de actuar concretamente en la historia por parte de la tendencia sobrehumanista, como sabemos, desembocó en la derrota militar europea de 1945. Una derrota que puso al viejo continente entre las fauces de la tenaza construida en Yalta. En aquel periodo, está bien recordarlo, demasiados herederos del mundo que salió derrotado de la segunda guerra mundial pensaron en renovar su militancia sosteniendo uno de los dos brazos de la tenaza a expensas del otro, anhelando un Occidente "blanco" que no podía ser otra cosa que la "tierra del anochecer" (Abend-land) en la que ver el crepúsculo de toda esperanza de renacimiento europeo. Eligieron, aquellos "fascistas" viejos o nuevos, la táctica del "mal menor", que, como se sabe, no es otra que la táctica del "tonto útil" vista… por el tonto útil.

En este contexto, será precisamente Locchi (no sólo, ni el primero: sólo hay que pensar en Jean Thiriart) quien denuncie las insidias del "mal americano". Y El mal americano (Il male americano) es también el título de un libro que salió de un artículo aparecido en Nouvelle Ecole en 1975 con la firma de Robert de Herte y Hans-Jürgen Negra, pseudónimos respectivamente de Alain de Benoist y del mismo Locchi. Tal texto contribuirá de manera decisiva a depurar el corpus doctrinal de la Nueva Derecha de toda sugestión occidentalista. Por lo demás, los dos autores provocarán un cortocircuito en la lógica de los bloques citando una frase de Jean Cau: "En el orden de los colonialismos, es ante todo no siendo americanos hoy, como no seremos rusos mañana". Hay una gran sabiduría en todo esto. En Il male americano América es descrita más en su ideología implícita, en su way of life, que en su praxis criminal. Una ideología hecha de moralismo puritano, de desprecio por toda idea de política, tradición o autoridad, de mentalidad utilitarista, de conformismo y ausencia de estilo, de odio freudiano contra Europa. Lo que especialmente interesa a los autores es la influencia de la Biblia en la mentalidad colectiva estadounidense, sin la cual serían inconcebibles los delirios neocon de la actual administración. Y además – el recuerdo del 68 estaba todavía caliente- no falta el repetido énfasis de la sustancial convergencia entre la contestación izquierdista y los mitos del otro lado del Atlántico. Nueva York como capital del neo-marxismo: basta con esto para distinguir el texto del Locchi/ de Benoist de las denuncias "progresistas" de los varios Noam Chomsky (aunque, por supuesto, también estos tienen su función).

La tierra de los hijos

Pero "el mal americano" es sobre todo un mal de Europa. Hoy que la guerra fría ha terminado ya y al orden de Yalta le ha sucedido el feroz solipsismo armado de un pseudoimperio fanático y usurero, nos damos cuenta de ello más que nunca. Europa: el gran enfermo de la historia contemporánea. Pero también una idea-fuerza, un mito, un retorno a los orígenes que es proyecto de porvenir, como proclama la lógica del tiempo esférico.

En este sentido, las referencias a la aventura indoeuropea o al Imperium romano, a las polis griegas más que al medievo gibelino sirven como materia prima a partir de la cual forjar algo nuevo, algo que no se ha visto nunca. "Si se quiere hablar de Europa, proyectar una Europa, es preciso pensar en Europa como en algo que nunca ha sido, algo cuyo sentido y cuya identidad han de ser inventados. Europa no ha sido y no puede ser una 'patria', una 'tierra de los padres`, ésta solamente puede ser proyectada, para decirlo como Nietzsche, como 'tierra de los hijos' (8). Si tiene que haber nostalgia, entonces que sea "nostalgia del porvenir", como en el (extrañamente feliz) eslogan del MSI de hace ya años. Este mundo que cree en el fin de la historia quizás está asistiendo simplemente al fin de su propia historia. Después de todo, nada está escrito. ¿Nos hundiremos también nosotros en las pútridas ruinas de esta decadencia iluminada con luces de neón? ¿O tendremos la fuerza para forjar nuestro destino a través de la institución de un "nuevo inicio"? Lo decidirá tan sólo la solidez de nuestra fidelidad, la profundidad de nuestra acción, la tenacidad de nuestra voluntad.

Notas:

(1) Stefano Vaj, Introduzione a Girogio Locchi, Espressione e repressione del principio sovrumanista (La esencia del fascismo).Entre los intelectuales influenciados por Locchi recordamos, además del propio Vaj, todo el núcleo fundador de la Nouvelle Droite de los años 70/80, desde De Benoist a Faye, pasando por Steuckers, Vial, Krebs, pero también Gennaro Malgieri y Annalisa Terranova, hoy en AN. Ideas locchianas aparecen también en tiempos recientes en Giovanni Damiano y Francesco Boco. No podemos dejar de citar, además, a Paolo Isotta, crítico musical del Corriere della Sera (¡!), a quien Maurizio Carbona logró convencer para que redactara un entusiasta ensayo introductorio al libro sobre Nietzsche y Wagner y que últimamente (véase la siguiente nota) ha vuelto a citar a Locchi precisamente en las columnas del mayor diario italiano.

(2) Paolo Isotta, "La Rivoluzione di Wagner", en Il Corriere della Sera del 4/4/05.

(3) Hay que decir, además, que entre los papeles que Locchi dejó, se encuentra diverso material inédito, entre el cual está un ensayo sobre Martin Heidegger probable y desafortunadamente destinado a no ver nunca la luz.

(4) De Wagner, Nietzsche e il mito sovrumanista.

(6) Por otra parte, gran mérito de Locchi es el hecho de haber redescubierto las potencialidades revolucionarias de la obra wagneriana en un ambiente que continuaba pensando en el compositor alemán desde la perspectiva de la doble "excomunión" nietzscheana y evoliana.

(7) Los Indoeuropeos, la filosofía griega, la Konservative Revolution, el fascismo, Europa: el lector atento habrá vislumbrado, detrás de referencias semejantes, la sombra pujante de Adriano Romualdi. Y sin embargo, increíblemente, Locchi desarrolló su pensamiento de manera completamente autónoma de Romualdi. Es más, será sólo gracias a algunos jóvenes italianos que fueron a visitarle a París como el filósofo conocerá la obra del joven pensador que murió prematuramente. Sin dejar de subrayar la objetiva convergencia de perspectivas. Al respecto, véase La esencia del fascismo como fenómeno europeo. Conferencia-Homenaje a Adriano Romualdi, que reproduce un discurso de Locchi pronunciado precisamente en honor del llorado autor de Julius Evola: el hombre y la obra.

(8) De L'Europa: non è eredità ma missione futura.



Giorgio Locchi

El pensamiento mítico del Fascismo

José Luis Monereo Pérez

*E*l caso italiano es en sí un paradigma -de ahí la importancia de las elaboraciones de Heller- porque contiene los rasgos del tipo genérico ("fascismo genérico") e incorpora elementos específicos de "modelo" italiano ("fascismo específico"). Es útil tratar el fascismo como un tipo general o genérico de fenómeno, con fines heurísticos y de análisis, del mismo modo que se tratan así otras categorías de fuerzas políticas. Matícese que el fascismo genérico, como tipo ideal general, es una abstracción que no existió nunca en forma empírica pura, pero sirve de herramienta conceptual para comprender el análisis de fenómenos políticos individuales. El fascismo en sentido técnico y contemporáneo nació en Italia tras la Primera Guerra Mundial. Se manifestó como un movimiento político y social novedoso, nacionalista y modernista, revolucionario y totalitario, místicos y palingenésico, organizado en un nuevo tipo de régimen fundado en el partido único, en un aparato policial represivo, en el culto del líder y su organización, en el control y la movilización permanente de la sociedad en función del Estado. Emilio Gentile destaca las tres principales «novedades características del fascismo italiano en el siglo XX, las cuales lo identifican en su singularidad»:

a) Constituyó el primer movimiento nacionalista revolucionario, organizado en un «partido milicia», que conquistó el monopolio del poder político y destruyó la democracia parlamentaria para construir un Estado nuevo y regenerar la nación;

b) Es el primer partido que «llevó el pensamiento mítico al poder» e institucionalizó la sacralización de la política mediante los dogmas, los mitos, los ritos, los símbolos y los mandamientos de una religión

política exclusiva e integrista, impuesta como fe colectiva. De ahí que se reconociera una gran relevancia a los ritos y a los símbolos para suscitar y conservar el consenso de las masas. El fascismo fue una religión política, con su propio sistema de creencias, de dogmas, que pretendió definir el significado y el fin último de lo existente, instituyendo un nuevo culto político centrado en la sacralización del Estado fascista y el culto al «Duce»;

c) Por último, es el primer régimen político que, atendiendo a lo indicado, ha sido «definido "totalitario"» desde sus inicios, mientras esta definición sólo sucesivamente ha sido extendida, por analogía, también al bolchevismo y al nacionalsocialismo.

En la dimensión cultural el simbolismo político en la sociedad de masas es un factor esencial en la comprensión del fascismo (y también del nacionalsocialismo). La creación del "hombre masa" fue una consecuencia necesaria de la industrialización de Europa y el mundo del mito y del simbolismo en el que se movía esa política de masas proporcionó uno de los más efectivos instrumentos de deshumanización. Todo ello pese al hecho de que los hombres veían en el drama de la política, en sus mitos y símbolos, la realización de sus anhelos en lo tocante a conseguir un mundo saludable y feliz. El populismo reduce todo a fórmulas elementales. Ello le permite ser más comprensible, de este modo utilizando un lenguaje de la gente se muestra capaz de ir más allá de las cuestiones concretas y de hacerse cargo del traslado político de ciertos valores fundamentales postulados, sin quedar reducido a la simple gestión de lo cotidiano y material. En una sociedad como la nuestra, cada vez más compleja, el abandono de la libertad y la responsabilidad nunca ha carecido de atractivos. Una de las innovaciones del fascismo y del nacionalsocialismo (que, no obstante, recogió mucho de la tradición y de los argumentos totalitarios y raciales, que encontraron su culminación en los regímenes fascistas contemporáneos) fue el haber inventado un estilo político nuevo, donde los actos políticos reflejaban la dramatización de los nuevos mitos y cultos, y la mitificación de la voluntad de la masa en acción. Se dio culto al pueblo como unidad sustancial (cuando no orgánica) y a la nación, a la manera de una «religión secularizada», que obedecía a unas circunstancias históricas y como particular modo de reacción a una situación de crisis de identidad. No se puede ignorar el atractivo del fascismo como movimiento de masas y el hecho incontestable de su gran atractivo popular. «El fenómeno totalitario moderno ha permitido conjugar en el fascismo, paradójicamente, un fuerte apoyo popular y una política selectiva de violencia y terror sobra una parte relevante de la población». El fascismo transformó a la multitud en una fuerza política cohesionada, y el nacionalismo, en su utilización de la nueva política, proporcionó un culto y una liturgia que podrían alcanzar ese propósito. En Alemania e Italia «el ascenso del nacionalismo y de la democracia de masas, son los dos factores que estimularon retóricamente el culto al pueblo como religión secular, que proporciona un mecanismo de control social de las masas». Los símbolos, la materialización de los mitos populares, proporcionan al pueblo su identidad. Es lo cierto que el pensamiento político fascista y nacionalsocialista no puede juzgarse en función de la teoría política tradicional. Entre propaganda y aceptación popular está seguramente parte de la realidad política del fascismo. El fascismo constituye una de las manifestaciones más significativas de la dinámica política de la época de masas. El advenimiento de la democracia de masas y la crisis del Estado liberal en los países europeos, marcó el inicio de una verdadera política de masas sostenida. Se quería instaurar un orden moral nuevo e implantar una homogeneización totalitaria y selectiva de la sociedad, excluyendo los factores de diferenciación e individualización. Hay muchos factores inquietantes en el éxito del totalitarismo entre las masas: es la popularidad de los dirigentes y no sólo la represión implacable y selectiva la que puede explicar este preocupante fenómeno de fascinación. Mosse demostró que los trabajadores también se vieron atraídos por la nueva política y liturgia del fascismo; que esa forma de hacer política fue en realidad enormemente

interclasista (aunque no siempre), y que el ideal de unificación nacional se difundió en sentido descendente, siendo las clases bajas atraídas hacia él, por ejemplo, mediante sus organizaciones deportivas y coros masculinos. La atmósfera nacionalista reinante determinó que el factor esencial fue la habilidad de los nacionalsocialistas para forzar incluso a sus enemigos a argumentar desde el interior de un marco que ellos habían creado. Las masas dejaron de ser una multitud caótica. Para ello se apeló a sentimientos y aspiraciones, encarnándolos en el mito y en el símbolo, y su representación en el Estado totalitario, a través de lazos directos entre la población y la elite y partido dirigente; esto es, suprimiendo el sistema de partidos y de asociaciones democráticas.

Un rasgo esencial del fascismo es su talante aparentemente anticapitalista y antiburgués. Critica el materialismo imperante en el capitalismo y buscaban nuevas formas de organización del mismo; esto es un "capitalismo organizado" sin cuestionar sus pilares e instituciones fundamentales. Pero el fascismo en el poder se mostró especialmente radical respecto al socialismo, pretendiendo una redistribución del poder del poder social, político y económico". El fascismo no fue una simple reacción antimoderna, ni menos aún una dictadura modernizante; fue más bien un modo nuevo de responder a los grandes problemas planteados desde la modernidad.

La naturaleza del fascismo es, pues, altamente compleja, pues no obedecía a un sistema elaborado. Se ha dicho expresivamente que "no le proporcionó soportes intelectuales ningún constructor de sistemas, como Marx, ni tampoco una inteligencia crítica importante, como Mill, Burke o Tocqueville". Era una afirmación de la lucha darwiniana. Ascendieron al poder por sus propios impulsos, pero también fueron ayudados. Llegaron al poder con la ayuda de ex liberales asustados y tecnócratas oportunistas y ex conservadores, y con el apoyo de fuerzas económicas. En gran medida pudieron gobernar en una asociación más o menos incómoda con ellos. Pero, además, los excesos duraderos del fascismo sólo fueron posibles contando también con una «amplia complicidad» entre los miembros del orden establecido: magistrados, funcionarios de policía, oficiales del Ejército y hombres de negocios. El fascismo contó con importes apoyos sociales y su relativo éxito en la formación de un movimiento compuesto que incluía elementos de todas las clases. El fascismo es un fenómeno político específico, de masas, totalitario (penetra en todos los ámbitos y sectores de la vida social), organicista en su cosmovisión cultural. En la perspectiva económico-social, es un fenómeno propio del capitalismo (se construye sobre el modelo económico del capitalismo organizado dentro del proceso de modernización, respeta las instituciones económicas inherentes a ese modelo, la libertad económica de la empresa y el régimen salarial.

El fascismo fue la expresión de un movimiento político, cultural y social surgido de la experiencia de la Gran Guerra, en el que confluyeron corrientes antidemocráticas del radicalismo tanto de derechas como de izquierdas, que tenían en común, además del rechazo hacia el marxismo y el liberalismo, la aspiración a dejar atrás las crisis de la modernidad, en su versión racionalista y democrática, a través de la creación de un Estado nuevo y de una nueva civilización, basados en la primacía totalitaria de la política y en la subordinación del individuo a la colectividad nacional. Fue un fenómeno político moderno, nacionalista y revolucionario, antiliberal y antimarxista, organizado como partido-milicia, con una concepción totalitaria de la política y del Estado, con una ideología de bases míticas, «virilistas» y antihedonistas, sacralizada como religión laica que afirmaba la primacía absoluta de la nación, entendida como comunidad orgánica étnicamente homogénea, jerárquicamente organizada en un Estado corporativo, con vocación belicosa a la política de grandeza, potencia y conquista, dirigida a la creación de un nuevo orden y de una nueva civilización originales del fascismo como partido nuevo, organizado militarmente, que aspiraba al monopolio del poder político y

pretendía imponer su propia ideología como religión política.

No obstante, conviene tener en cuenta que la idea totalitaria es muy anterior, y enlaza con la noción de "democracia totalitaria". Se ha señalado que, de modo concurrente, con el "tipo de democracia liberal", emerge en el siglo XVIII y desde premisas análogas, una tendencia hacia lo que se ha propuesto llamar "tipo de democracia totalitaria". Estas dos corrientes han existido una al lado de la otra desde el siglo XVIII. La tensión entre ellas ha constituido un importante capítulo en la historia moderna, llegando a ser una de las cuestiones vitales más importantes de nuestro tiempo. Sería exagerado sugerir que todo el periodo pueda se explicado en los términos de este conflicto. Sin embargo, siempre ha estado presente, aunque generalmente confundido y oscurecido por otras cuestiones. Desde la mitad del siglo XIX, la historia de los últimos doscientos años ofrece el panorama de una permanente colisión entre democracia empírica y liberal y democracia totalitaria mesiánica. La diferencia esencial entre las dos direcciones de pensamiento democrático, tal como se han desarrollado, no está, como a menudo se pretende, en la afirmación del valor de la libertad, por unos, y en su negación por otros. Está en sus diferentes actitudes frente a la política. La concepción liberal acepta que la política sea materia en la que se pueda acertar y errar, y mira los sistemas políticos como tretas pragmáticas debidas al arbitrio y al ingenio humano. También reconoce la existencia de variedad de planos, en los que las actividades colectivas y personales exceden del campo de la política. Por su parte, la dirección totalitaria democrática está basada en la suposición de una verdad política única y exclusiva. Podría ser llamado mesianismo político, en el sentido de que postula esquemas de realidades perfectas, preordenadas y armoniosas, hacia las cuales los hombres son llevados irremisiblemente y a los que están obligados a llegar. Además, reconoce un solo plano de existencia: el político. Extiende el campo de la política hasta abarcar toda la existencia humana. Trata todos los pensamientos y acciones humanos como si tuvieran únicamente sentido social, y es así como los hace caer dentro de la acción política. Sus ideas políticas no son un conjunto de preceptos pragmáticos o un conjunto de proyectos aplicables a una rama especial de la conducta humana. Son parte integrante de una completa y coherente filosofía. La política es definida como el arte de aplicar esta filosofía a la organización de la sociedad, y el objetivo final de la política solamente será conseguido cuando esta filosofía reine de una manera absoluta sobre todos los campos de la vida. Con estas premisas, Talmon ha hecho notar que "la democracia totalitaria moderna es una dictadura que descasa en el entusiasmo popular… En tanto se trata de una dictadura basada en la ideología y en el entusiasmo de las masas, es consecuencia de la síntesis entre la idea del orden natural del siglo XVIII y la idea rousoniana de la realización y autoexpresión del pueblo. Por razón de esta síntesis, el racionalismo se convirtió en una fe apasionada. La ambigua naturaleza de la voluntad general de Rousseau, concebida como algo que, por una parte, es válido a priori, y por otra es inherente con la voluntad del hombre; al par algo exclusivo e implicando unanimidad, llegó a ser la fuerza conductora de la democracia totalitaria y la fuente de todas sus contradicciones y antinomias". En realidad, la democracia totalitaria, constituye una religión laica moderna, obedeciendo a un mesianismo secular y religioso. El mesianismo político moderno ha tenido siempre la intención de producir una revolución total en la sociedad]; y en cierto sentido supone una re-actualización de los planteamientos propios de la llamada "Teología Política".

Es lo cierto que el Estado totalitario fascista (tanto en Italia como en Alemania) combinó los elementos de coerción y de popularidad de masas. La coerción y el terror se ejercieron de modo implacable entre los sectores democráticos de la población y en las minorías étnicas. Sin embargo, el sistema fascista diseñó distintos instrumentos de integración de las masas, a través de la institucionalización de los mitos y símbolos fascistas, y el fomento de estructuras de agregación social para actividades de ocio.

Tampoco se descuidó ciertos aspectos de la protección social pública, como los avances en materia de Seguridad Social. Esto permite comprender mejor el grado de popularidad -y aceptación- del régimen fascista. Aunque en el plano declarativo, y como simple instrumento programático desprovisto de valor normativo y fuerza jurídica inmediata, conviene destacar en esa dirección la aprobación de la emblemática "Carta del Trabajo (1927)", que proclamaba (no los garantizaba directamente) derechos sociales, y promovía un orden de paz y armonía en las relaciones entre el capital y el trabajo como fuerzas productivas. Para ello las organizaciones profesionales de clase deberían ser sustituidas por estructuras corporativas internas y externas a la empresa (proceso de corporativización que nunca llegó a completarse en la experiencia paradigmática de Italia). Las corporaciones se constituirían por cada una de las ramas o sectores de la economía, aglutinarían a trabajadores y empresarios en torno al interés común de la producción. El proceso de corporativización del sistema ("totalitarismo corporativista"), alcanzaría a crear una Cámara de Corporaciones profesionales llamada a sustituir al Parlamento (lo que si se produjo en Italia a partir de 1939). Pieza clave, a la que se ya se hizo referencia, en la política de integración fue el intento de orientar el sistema educativo hacia la fabricación del hombre nuevo.

El Fascismo visto desde la Derecha

Julius Evola

Fascismo y derecha autentica

*E*n las páginas que siguen nos proponemos realizar un estudio del fascismo desde el punto de vista de la Derecha, estudio que se limitará, sin embargo, a los aspectos generales del fascismo y, esencialmente, al plano de los principios. En función de este objetivo, es primeramente necesario precisar lo que entendemos por Derecha, aunque no sea una tarea fácil, ya que sin esto es imposible facilitar al lector medio, puntos de referencia que tengan una relación directa con la realidad actual, y aun menos con la historia italiana más reciente, es decir, con la historia de Italia tras su unificación como nación.

Respecto al primer punto, sería preciso decir que hoy no existe en Italia una Derecha digna de este nombre, una Derecha como fuerza política unitaria organizada y poseedora de una doctrina precisa. Lo que se llama corrientemente Derecha en las luchas políticas actuales se define menos por un contenido positivo que por una oposición general a las formas más avanzadas de la subversión y de la revolución social, formas que gravitan en torno al marxismo y al comunismo. Esta Derecha comprende además tendencias muy diversas e incluso contradictorias. Un índice significativo de la confusión de las ideas y de la pequeñez de los horizontes actuales, lo constituye el hecho de que hoy en Italia los liberales y numerosos representantes de la democracia puedan ser considerados como hombres de derecha: esto habría horrorizado a los representantes de una Derecha auténtica y tradicional, por que en la época de esta Derecha, liberalismo y democracia fueron particular y precisamente considerados como corrientes de la subversión revolucionaria, más o menos como hoy el radicalismo, el marxismo y el comunismo, tal como se presentan a los ojos de lo que se dado en llamar "partidos del orden".

Lo que se llama la derecha en la Italia actual comprende diversas corrientes monárquicas y, sobre todo, tendencias de orientación "nacional" que intentan mantener lazos ideales con el régimen precedente, es decir, con el fascismo. Pero la diferenciación necesaria a fin de que estas tendencias puedan aparecer como representantes de una Derecha auténtica ha faltado hasta ahora. esto además se desprenderá de las consideraciones que desarrollaremos, consideraciones destinadas a establecer una discriminación en los contenidos ideológicos del fascismo; discriminación que, para el movimiento en cuestión habrían debido representar un deber teórico y práctico indispensable, pero que, por el contrario, ha sido olvidado.

¿Es preciso además revelar el absurdo consistente en identificar por todos los medios Derecha política y Derecha económica? La polémica de los marxistas apuesta notoria y fraudulentamente por esta identificación. Para estos últimos, la derecha, la burguesía capitalista, conservadora, "reaccionaria", tiende a defender sus intereses y privilegios, haciendo de todo uno. En nuestros escritos de carácter político, jamás hemos dejado de denunciar esta confusión insidiosa y la irresponsabilidad de los que, favoreciendo de cualquier forma esta forma de ver las cosas, ofrecen armas al adversario. *Entre la verdadera derecha y la derecha economica, no solo no existe identidad alguna, sino que hay incluso una oposicion precisa.* Este es uno de los puntos que serán puestos de relieve en las presentes páginas cuando hagamos alusión a las relaciones entre política y economía, tal como el fascismo intentó definirlas y tal como derivan, además, de toda verdadera doctrina tradicional del Estado.

En cuanto al pasado italiano mismo, hemos dicho que desgraciadamente no hay gran cosa que extraer para la definición del punto de vista de la verdadera Derecha. En efecto, como cada uno sabe, Italia se unificó en tanto que nación principalmente bajo la influencia de las ideologías procedentes de la Revolución del Tercer Estado y de los "inmortales principios" de 1789, ideologías que no han jugado un papel puramente instrumental y provisional en los movimientos del Risorgimento, sino que se han implantado y proseguido en la Italia unificada del siglo XIX y principios del XX. Así, esta Italia ha estado siempre alejada de la estructura política de un nuevo Estado fuerte y bien articulado que habría formado parte, como un recién llegado, del número de grandes monarquías europeas.

En esta pequeña Italia de la democracia parlamentaria y de una monarquía doméstica donde los movimientos subversivos explotadores de los conflictos sociales y las consecuencias de una administración implacable, no dejaron de provocar agitaciones frecuentemente violentas y sangrientas, existen, ciertamente, lo que se llama la "Derecha histórica", que se mantenía difícilmente en pie y adolecía de la falta de valor necesario para remontarse hasta las raíces de los males que habría debido combatir, aun cuando en la época de Di Rudini (1) y Crispi (2), supiera, en ocasiones, dar muestra de cierta resolución. Por otra parte, esta derecha era, en el fondo, una expresión de la burguesía; a diferencia de la Derecha de otras naciones, no representaba a una aristocracia en tanto que clase política portadora de una vieja tradición: la pequeña vena piamontesa, con lo que podía ofrecer en este sentido, se disolvió casi enteramente cuando se pasó del reino del Piamonte a la nación italiana. Aunque no en el terreno interior nacional y en la elaboración de una doctrina general del Estado, la derecha histórica tuvo una acción digna de este nombre en el dominio de la política extranjera, cuya coronación fue el acuerdo de la Triple Alianza (3). Si hubiera sido desarrollado en todos sus postulados lógicos, esta combinación habría podido sustraer a Italia de la órbita de las ideologías de origen francés y revolucionario para orientarla en el sentido de las ideologías que se habían conservado, por el contrario, en amplia medida, en los Estados Tradicionales de la Europa Central. Pero un desarrollo así, al que habría debido seguir una revisión de las ideas políticas fundamentales no estuvo en modo alguno presente; así, la derecha histórica, que se endeudó con el liberalismo moderado, no ha dejado ninguna herencia ideológica precisa. Con el final de la Triple Alianza y la intervención de Italia junto a la Entente, la cual defendía, fuera de sus intereses materiales, la

causa de la democracia (a pesar de la presencia de una Rusia autocrática, que debería luego pagar trágicamente su política culpable), Italia vuelve idealmente a la dirección que había elegido durante el período del Risorgimento, en relación estrecha con las ideologías y los movimientos revolucionarios internacionales de 1848-1849. Además, la coartada nacionalista del intervencionismo debía revelarse ilusoria si se considera solo el clima político-social presentado por la Italia "victoriana", donde las fuerzas antinacionales, en su variedad, pudieron actuar libremente y donde ninguna revolución o renacimiento de lo alto, ninguna constitución de una verdadera Derecha sobre el plano legal tuvo lugar, antes del advenimiento del fascismo. Frente a este clima, ¿qué sentido tenía pues la satisfacción territorial parcial de las reivindicaciones irredentistas? (4).

El hecho de haber mencionado a la Derecha histórica italiana, la cual se ha definido bajo un régimen parlamentario, nos lleva a realizar una precisión. En rigor, en relación a lo que tenemos ante la vista y que constituirá nuestro punto de referencia, el término "derecha" es impropio. Este término, en efecto, supone una dualidad; la Derecha, prácticamente, se define en el marco del régimen demoparlamentario de los partidos, en oposición a una "izquierda", es decir, en un marco diferente del tradicional, de los regímenes precedentes. En tales regímenes pudo existir, como máximo, un sistema sobre el modelo inglés en sus formas originales pre-victorianas, es decir, con un partido que representaba al gobierno (y este era de cierta forma, la Derecha) y una oposición no comprendida como una oposición ideológica o de principio, ni tampoco como una oposición al sistema, sino como una oposición EN el sistema (o la estructura) con funciones de crítica rectificadora, sin que fuera cuestionada, de ninguna manera, la idea, trascendente e intangible, del Estado. Tal oposición "funcional", aunque delimitada en un contexto orgánico y siempre lealista, no tiene nada que ver con la oposición que puede ejercer tal o cual de los múltiples partidos, cada uno por su propia cuenta, volcados a la conquista del poder y del Estado, si no es la institución del anti-Estado como pueda ser el caso, ayer del Partido Republicano y como es hoy el caso del Partido Comunista.

Es preciso, pues, concebir a la Derecha, tomada en su mejor sentido, político y no económico, como algo ligado a una fase ya involutiva, a la fase marcada por el advenimiento del parlamentarismo democrático y con el régimen de numerosos partidos. En esta fase, la derecha se presenta fatalmente como la antítesis de las diferentes izquierdas, prácticamente en competición con ellas sobre el mismo plano. Pero en principio representa, o debería representar, una exigencia más elevada, debería ser depositaria y afirmadora de valores directamente ligados a la idea del Estado verdadero: valores en cierta forma “centrales”, es decir, superiores a toda oposición de partidos, según la superioridad comprendida en el concepto mismo de autoridad o soberanía tomado en su sentido más completo.

Estas aproximaciones llevan a la definición de nuestro punto de referencia, por lo cual será lícito hablar, como regla general, de la gran tradición política europea, no pensando en un régimen particular como modelo, sino más bien, en ciertas formas o ideas fundamentales que, de manera variada pero constante, han estado presentes en la base de diferentes Estados y que, en profundidad, no fueron jamás cuestionadas. A causa de una singular amnesia parece natural, y por tanto no hay necesidad de explicarlo sino (en el mejor de los casos, es decir, abstracción hecha de las falsificaciones y las sugestiones de cierta historiografía) como un efecto patológico de traumatismos profundos, el que nuestros contemporáneos no tengan ninguna idea viviente y adecuada del mundo al cual se aplica habitualmente la etiqueta de "antiguo régimen". A este respecto, es evidente que se tienen a la vista, no principios directores, sino ciertas encarnaciones de estos principios siempre sujetos a usura, desnaturalización o agotamiento, y que admiten en todos los casos condiciones determinadas, más o menos únicas. Pero la contingencia, la longevidad más o menos prolongada de estas formas, que se sitúan naturalmente en un momento dado en el pasado, no tiene y no debe tener incidencia sobre la validez de los principios, tal es la piedra

angular de toda ojeada que quiera recoger lo esencial y no sucumbir al embrutecimiento Historicista.

No debemos pues concluir estas consideraciones preliminares sino diciendo que idealmente el concepto de la verdadera Derecha, de la derecha tal como la entendemos, debe ser definida en función de las fuerzas y de las tradiciones que actuaron de una manera formadora en un grupo nacional y también en ocasiones en las unidades supranacionales, antes de la Revolución Francesa, antes del advenimiento del Tercer Estado y del mundo de las masas, antes de la civilización burguesa e industrial, con todas sus consecuencias y los juegos de acciones y reacciones concordantes que han conducido al marasmo actual y a lo que amenaza con la destrucción definitiva de lo poco que queda aún de la civilización y del prestigio europeo.

Que no se nos pida ser más precisos, puesto que esto volvería a exigir la exposición sistemática de una teoría general del Estado. A este respecto, el lector podrá referirse en parte a nuestro libro *Los hombres y las ruinas*. Pero precisamente, una explicación suplementaria saldrá, de forma suficiente de nuestro estudio en relación con las diferentes cuestiones que trataremos.

Neofascismo, antifascismo: mitologia y denigramiento

Hoy tanto la democracia como el comunismo designan por "neofascismo" a las fuerzas "nacionales" que en Italia se les oponen más firmemente. En la medida en que esta designación fue aceptada sin reservas por las fuerzas en cuestión,se creó una situación compleja llena de equívocos y que se presta peligrosamente al juego de los adversarios. Entre otros, es también la causa de esto que puede definirse en un sentido evidentemente peyorativo como "nostálgicos". El fascismo ha sufrido un proceso que puede calificarse de Mitologización y la actitud adoptada respecto a él por la mayor parte de las gentes reviste un carácter pasional e irracional, antes que crítico e intelectual. Esto vale en primer lugar para los que, precisamente, conservan una fidelidad a la Italia de ayer. En amplia medida estos últimos han hecho de Mussolini precisamente y del fascismo un "mito", y su mirada se ha vuelto hacia una realidad históricamente condicionada y hacia el hombre que ha sido el centro, antes que hacia las ideas políticas consideradas en sí mismas y por sí mismas, independientemente de estas condiciones, a fin de que puedan siempre guardar, eventualmente, su valor normativo en relación a un sistema político bien definido.

En el caso contemplado en el presente, la mitologización ha tenido naturalmente como contrapartida la Idealización, es decir, la valoración solo de aspectos positivos del régimen fascista, mientras que se relegaba en la sombra deliberadamente o inconscientemente a los aspectos negativos. El mismo procedimiento se ha practicado en sentido opuesto por las fuerzas antinacionales en vistas a una mitologización teniendo como contrapartida, esta vez, la denigración sistemática, la construcción de un mito del fascismo en el cual se evidencia, de manera tendenciosa, solo los aspectos más problemáticos del fascismo, a fin de desacreditarlo y hacerlo odioso en su conjunto.

Se sabe que en este segundo caso la mala fe y la pasión partisana están manifestándose en el origen de un procedimiento suplementario y de una argumentación privada de toda legitimidad: se pretende establecer un lazo causal entre lo que concierne exclusivamente a los acontecimientos y las consecuencias de una guerra perdida y el valor intrínseco de la doctrina fascista. Para todo pensamiento riguroso, un lazo de este tipo no puede ser sino arbitrario. Debe afirmarse que el valor eventual del fascismo como doctrina (abstracción hecha de una política internacional dada) está tan poco comprometido con las consecuencias de una guerra perdida como tampoco hubiera podido ser confirmado por una guerra victoriosa. Los dos planos son totalmente distintos aunque disguste a los partidarios del dogma historicista al cual se refieren gustosos hombres sin carácter.

Más allá de todo unilateralismo partidista, quienes a diferencia de los "nostálgicos" de la joven generación, han vivido el fascismo y han

tenido en consecuencia una experiencia directa del sistema y de los hombres, saben que muchas cosas no funcionaban en el fascismo. Tanto como el fascismo existió y pudo ser considerado como un movimiento de reconstrucción en marcha, cuyas posibilidades no estaban todavía agotadas y cristalizadas, era incluso permisible no criticarlo en otros aspectos. Los que, como nosotros, aunque defendiendo ideas que no coincidían más que parcialmente con el fascismo (o con el nacional-socialismo) no condenaron estos movimientos aun teniendo claramente conciencia de sus aspectos problemáticos o desviados, actuaron así porque esperaban precisamente otros eventuales desarrollos -que era preciso favorecer por todos los medios comprometiéndose- desarrollos que habrían rectificado o eliminado los aspectos en cuestión.

Pero siendo ahora el fascismo una realidad histórica pasada, ya no es posible mantener la misma actitud. Antes que la idealización propia del mito, lo que se impone es la separación entre lo positivo y lo negativo, no con una finalidad teórica, sino también con una función práctica en vistas a una posible lucha política. No debería pues aceptarse la etiqueta de "fascista" o "neo-fascista" sin discusión: debería decirse fascista (si hay lugar) en relación con lo que hubo de positivo en el fascismo y no con lo que hubo de negativo.

Superados positivo y negativo, es preciso también recordar que el fascismo por su carácter, ya señalado, de movimiento susceptible de conocer desarrollos comprendía diversas tendencias, cuyo único porvenir -si el desastre militar y el hundimiento interno de la nación no lo hubieran paralizado todo- habría podido decir cuales debían prevalecer. En Italia -pero también en Alemania- la unidad no excluía las tensiones importantes en el interior del sistema. No haremos alusión aquí a simples tendencias ideólogicas representadas por tal o cual individuo, por tal o cual grupo; en amplia medida estas tendencias fueron inoperantes y no pueden ser tenidas en consideración en nuestro estudio. Se trata más bien de elementos concernientes a la estructura del sistema y del régimen fascista, tomados en su realidad concreta en su organización estética y, en general, institucional. Esta es la segunda razón y la más importante, de la necesidad de superar la mitologización y de no recuperar el fascismo de forma ciega. Si se piensa además en los dos fascismos, en el fascismo clásico del Ventennio y en el de la República Social Italiana, ciertamente unidos por una continuidad de fidelidad y de combate, pero fuertemente diferentes sobre el plano de la doctrina política -en parte bajo el efecto de la influencia fatal de las circunstancias- el problema de la discriminación parecerá aun más evidente; y se verá como el mito lleva a peligrosas confusiones que perjudican la formación de un frente duro y compacto.

En relación con esto es preciso poner de relieve la necesidad de agrandar los horizontes y de mantener el sentido de las distancias. Hoy, en realidad, mientras que unos consideran al fascismo como un simple paréntesis y una aberración de nuestra historia más reciente, los otros dan la impresión de quien, apenas nacido, cree que nada ha existido fuera de su pasado inmediato. Estas dos actitudes son inadecuadas y sería necesario oponerse con la mayor energía a los que desearían imponer la alternativa fascismo-antifascismo, para agotar toda posibilidad política y cualquier discusión. Una consecuencia de esta alternativa, es, por ejemplo, que puede uno no ser antidemócrata sin ser automáticamente "fascista" o "comunista". Este círculo vicioso es absurdo y para denunciar la perspectiva miope que implica es preciso hacer referencia a nuestras consideraciones preliminares.

Siempre en la investigación de lo positivo, hay efectivamente una diferencia esencial entre aquello cuyo único punto de referencia es el fascismo (y eventualmente los movimientos análogos de otras naciones: el nacional-socialismo alemán, el rexismo belga, la primera Falange Española, el régimen de Salazar, la Guardia de Hierro rumana, se pudo hablar ayer de una "revolución mundial" como movimiento global opuesto a la revolución proletaria) en que hace comenzar y terminar el propio horizonte político, histórico y

doctrinal; y aquel que, por el contrario, considera en estos movimientos lo que se presenta como formas particulares más o menos imperfectas, adaptadas a las circunstancias, formas en las cuales se habían manifestado y habían actuado (ideas y principios a los cuales es preciso reconocer un carácter de "normalidad" y constancia), haciendo así entrar los aspectos originarios "revolucionarios" en sentido estricto, de estos movimientos en el dominio de lo que es secundario y contingente. En pocas palabras, se trata de ligar por todas partes en donde sea posible, el fascismo a la gran tradición política europea y de poner de lado lo que, en él existe a título de compromiso, de posibilidades divergentes o de planteamientos desviados, de fenómenos que se resentían en parte de los males contra los cuales, por reacción se quería luchar.

Ya que hoy no tenemos ante nosotros la realidad concreta del fascismo, su situación histórica específica, todo esto es ciertamente posible y muestra la única vía que se ofrece prácticamente a las "fuerzas nacionales" dado que la nostalgia y la mitologización no sirven para gran cosa y no puede hacerse resucitar a Mussolini o fabricar otro a medida, por no hablar de la situación actual, diferente de la coyuntura que hizo posible el fascismo bajo este aspecto histórico determinado.

En estas condiciones, no es difícil descubrir que significado superior eventual puede adquirir el análisis del fascismo, análisis que, evidentemente, es también una integración. Más allá de toda confusión y de toda debilidad, ofrece en efecto a las vocaciones una piedra angular. Un gran espíritu del siglo pasado, Donoso Cortés, habló de los tiempos que preparaban Europa para las convulsiones revolucionarias y socialistas, como los de las "negaciones absolutas y las afirmaciones soberanas". A pesar del nivel bien bajo de la época actual, algunos pueden hoy aun tener este sentimiento.

En cuanto a la materia del breve estudio que vamos a emprender se limitará a lo que fue la realidad estructural e institucional, régimen y práctica concreta nacidas de lasdiferentes fuerzas que alimentaron el movimiento fascista con una atención particular por los principios que se pudo recoger en todo esto, directa o indirectamente. Habiendo sido Mussolini el centro de coagulación de estas fuerzas, es a la doctrina y a las posiciones de éste a quien nos referimos, tal como se definieron a través de la lógica interna del movimiento del cual fue jefe: pues, como se sabe, a diferencia del comunismo y, en parte, igualmente al nacional- socialismo, el fascismo antes de la acción y la "revolución" no tuvo doctrina exactamente formulada y unívoca (el mismo Mussolini lo afirma: "La acción es en el fascismo lo que ha precedido a la doctrina"). Tal como hemos señalado ignoraremos por el contrario las tendencias ideológicas a menudo discordantes que permanecieron simplemente así y que, tras la conquista del poder, formaron parte de grupos minoritarios particulares, grupos a los que, en su conjunto, se les dió una libertad de expresión bastante amplia, debida probablemente al hecho de que su influencia era prácticamente nula.

Lo que es preciso retener del fascismo

Tras estas consideraciones marginales, podemos concluir aquí nuestro estudio que, incluso siendo sumario, facilita quizás la base necesaria para un juicio crítico sobre las estructuras y el significado del fascismo desde un punto de vista superior al de una exaltación confusa y unilateral, o de un denigramiento sistemático. Lo esencial es hacer intervenir criterios que van más allá del horizontes restringido de estos dos puntos de vista.

En relación con esto, el momento ha llegado de hacer alusión el carácter singular de las "leyes excepcionales" que ha sido promulgadas en Italia contra el fascismo y la apología del fascismo y que están aún en vigor, aunque hayan sido algo revisadas.

Puede admitirse que una democracia se defienda con medidas legislativas, si se entiende por estas una forma política de enjuiciamiento, y no un sistema doctrinal dogmático y unívoco. Pues, en este segundo caso, las definiciones de la "democracia" son múltiples y contradictorias; quien quiera ir más allá se encontrará entonces ante una singular contradicción. Por paradójico

que pueda parecer, la democrática "libertad de opinión" debería comportar el reconocimiento de la legitimidad de profesor e incluso de defender ideas antidemocráticas de signo opuesto (por lo demás, numerosos son los autores que han notado que hay pocos regímenes tan intolerantes y fanáticos como los que predican la "libertad").

Sobre el plano del método, lo que la democracia podría tener derecho a combatir sería solamente a quienes practicasen una conquista del poder por métodos violentos, persiguiendo como un delito, la reconstitución del partido fascista, no tendiera más que a esto, no habría nada que decir (no debe olvidarse que en Italia el fascismo llegó en definitiva al poder porque el soberano confió el gobierno a Mussolini y que en Alemania, el nazismo se abrió camino gracias a una mayoría parlamentaria y plebiscitaria).

Pero cuando la legislación en cuestión se propone, no solo reprimir ciertas manifestaciones exteriores (saludo fascista, camisa negra, himnos fascistas, etc.), sino también castigar como un crimen la "apología del fascismo", se presenta el absurdo jurídico consistente en fijar penas sin definir antes de manera rigurosa los términos del delito; en nuestro caso: sin definir rigurosamente, primeramente lo que debe entenderse por "fascismo". Sin embargo, este absurdo procede también de una imposibilidad práctica. En efecto, parecerá bien claro a los que nos han seguido hasta aquí que si se quiere condenar o golpear en bloque al fascismo se estaría igualmente obligado a condenar las ideas y los principios que no fueron propios del fascismo solamente sino que jugaron también un papel importante en sistemas precedentes. Así, se estaría obligado a decir que la mayor parte de los estados que la historia nos presenta desde tiempos antiguos eran, más o menos, "fascistas", ya que se apoyaban sobre un principio de autoridad y jerarquía y no admitían nada similar a la democracia absoluta, al liberalismo o al socialismo.

Para ser coherente, para no dar muestras de un espíritu falaz manifiesto, una legislación sería de autodefensa de la democracia debería proceder de otra forma: debería partir de la definición de un sistema general constitucionalmente inaceptable, del cual el fascismo (evidentemente, el fascismo bajo ciertos de sus aspectos) no es más que un caso particular. Un sistema que pudiera llamarse, si se quiere, "totalitario" en el sentido inferior que hemos precisado ya. La definición debería tener un carácter rigurosamente estructural y objetivo, sin etiquetas. Pero quien contempla una legislación sería establecida sobre tales bases debería golpear en primer lugar el comunismo y llegar a la disolución inmediata y a la prohibición del partido comunista en un Estado democrático.

El hecho de que en Italia se hayan promulgado leyes contra el fascismo sin una contrapartida precisa y una legislación aún más severa contra el comunismo y su propaganda (mientras que cada uno sabe todo lo que puede ser cargado al partido comunista en materia de organización activista y de entrenamiento de fuerzas de intervención, depósitos de armas, "células", financiación extranjeros, etc. y que exigiría medidas bien diferentes de las tomadas contra la temible "reconstrucción del partido fascista"), esto da muestras de una orientación política determinada y no de un pensamiento jurídico riguroso, pero por el espíritu de partido y que se está en presencia de una democracia víctima, en realidad, de las fuerzas de izquierda y del comunismo.Se sabe que una de estas tácticas consiste en emplear la democracia para enterrar más tarde a la democracia, aprovechando la infatuación de la necedad y la dejadez de los representantes de esta última.

Si este espíritu partidario, esta infatuación y esta idiotez no alcanzaran en la Italia actual el límite de una verdadera irresponsabilidad, sería natural reconocer la importancia de la aparición y organización de un movimiento nacional como antídoto de un mal ahora difuso y albergo en todas las estructuras del país. Dos sociólogos eminentes, Pareto y Mosca, han subrayado justamente que tras el advenimiento de una sociedad de masas, industrializada, con un gran desarrollo de los servicios públicos, el Estado moderno se encuentra peligrosamente paralizado en los medios de que disponía precedentemente para defender su autoridad. En caso de urgencia, a causa de la organización

de las masas laborables, huelgas y sabotajes pueden bloquear, tras una consigna, toda la vida nacional. En caso de este género, la intervención de las fuerzas de policía y del ejército mismo podría no estar a la altura de las tareas necesarias. Dado el grado alcanzado por la gangrena comunista en Italia, es claro que sería preciso un movimiento nacional creado gradualmente en torno a una red capilar destinada a facilitar rápidamente elementos de intervención para afrontar por todas partes en caso de urgencia -en las fábricas, en los servicios públicos, en las oficinas, etc.- al bloque comunista. El objetivo sería ante todo defender al estado y la autoridad del estado (incluso cuando este sea un "Estado vacío"), y no negar lo uno y lo parece escapar a los dirigentes actuales de la Italia democrática -una clase política muy inferior a todas las precedentes- pues esta no conoce más que la psicosis del "fascismos" y no ha sabido fabricar más que "leyes excepcionales" con carácter superficial y unilateral.

Hemos dicho al principio que no se nos podía pedir el exponer en este libro una doctrina política de Derecha completa, este estudio crítico solo nos ha facilitado algunos puntos de referencia. Pensamos que esto se ha verificado en efecto. Pero el resultado será quizás desconcertante para numerosos lectores. Se deberá medir en efecto la distancia que separa una doctrina de derecha intransigente de todo lo que existe hoy sobre el plano de la realidad política y también como de lo que contemplamos a nivel ideológico. Fuera del movimiento nacional al cual hemos hecho alusión antes, que valdría sobre todo como fuerza de intervención para una defensa prácticamente física, había lugar a preguntarse que grupos o qué hombres tendrían hoy el valor de recuperar y defender los contenidos positivos que hemos seleccionado en el fascismo.Tanto los que no están sin relación con una importancia particular conferida a la idea monárquica y aristocrática, como a los que hemos formulado reparando lo negativo e integrado de manera adecuada exigencias aparecidas bajo el fascismo.

Tal como están hoy las cosas es permisible pensar que un estudio crítico como el que hemos desarrollado en las páginas precedentes no tiene más que un valor teórico. Su interés reside en el hecho siguiente: por lo que parece, no solo en Italia, sino también en el resto de Europa, una búsqueda de este género, desvinculada de las pasiones partidistas y de todo lo que significa contingencia, adherido a las ideas a menudo olvidadas de una tradición superior, no ha sido aun emprendido. En lo que concierne no a un simple testimonio, sino más bien a un enfoque político, las cosas no podrían presentarse de otra forma más que en la eventualidad siguiente, por otra parte deseable: a saber, que en lugar de un hundimiento definitivo obtenido por los medios que la legalidad democrática pone a disposición de las fuerzas de la subversión mundial, se llegue a una verdadera crisis. Una crisis frente a la cual, gracias a una reacción del organismo físico individual amenazado en sus últimas fuerzas vitales, la única alternativa nos aparecería estar ya prevista por Donoso Cortés y mencionada por nosotros mismos, entre las "negaciones absolutas y las afirmaciones soberanas". Pero hoy nada permite pronunciarse sobre todo esto y además toda intención práctica particular sale de lo que tienen por objeto de estudio el presente ensayo.

En conclusión del mismo, podemos indicar, para resumir, los rasgos más importantes del tipo de Estado y de Régimen que podría definirse hablando de un movimiento de carácter "fascista": un movimiento que superaría, en una dirección resueltamente orientada hacia la Derecha, las diversas dudas y confusiones precedentes corrientes de reconstrucción. En consecuencia, no bastaría tomar como punto de referencia lo que el fascismo italiano y los movimientos vecinos fueron en su realidad de hecho, en su simple "historicidad" no susceptible de repetirse. Lo que sobrevive del "fascismo", aquello que puede conservar su valor y actualidad, son sus potencialidades -así como un autor ha dicho justamente lo que "podía y debía ser", si algunas condiciones se hubieran realizado.

Una toma de posición precisa contra toda forma de democracia y de socialismo es la primera característica del Estado del que

hablamos. Podrá fin a la infatuación estúpida, a la dejadez y a la hipocresía de todos los que no tienen hoy en la boca más que la palabra "democracia"; que proclaman la democracia, que exaltan la democracia. Esto no es más que un fenómeno regresivo y crepuscular.

El Estado verdadero será, luego, orientado también contra el capitalismo, como en contra del comunismo. En el centro de este Estado, habrá un principio de autoridad y un símbolo trascendente de soberanía. La necesidad de conferir un carisma a esta trascendencia reviste una importancia fundamental.

La monarquía no es incompatible con una "dictadura legal", según la expresión del derecho romano. Se puede aceptar la fórmula del "constitucionalismo autoritario". Implica la superación del fetichismo y de la mitología del "Estado Soberano de Derecho". El derecho no nace de la nada, dispuesto a servir y con caracteres eternamente inmutables y válidos. Hay una relación de fuerzas en el origen de todo derecho. Este poder que está en el origen de todo derecho puede intervenir suspendiendo y modificando las estructuras en vigor, cuando la situación lo exija; atestigua incluso que hay siempre en el organismo político una voluntad y una soberanía, que este organismo no está reducido a algo abstracto, mecánico e inanimado.

El estado es el elemento primario frente a la nación, al pueblo, a la "sociedad. Se define esencialmente -y con él todo lo que es propiamente orden y realidad política- sobre la base de una idea y no sobre factores naturalistas y contractuales. No es el contrato, son las relaciones de fidelidad y de obediencia de libre subordinación y de honor que sirven de fundamento al estado verdadero. Ignora la demagogia y el populismo.

Es orgánico y uno, sin ser sin embargo, totalitario. Las relaciones que acabamos de citar son las premisas necesarias para un buen margen de descentralización. La libertad y las autonomías parciales están en relación, en consecuencia, con la fidelidad y la responsabilidad, según una reciprocidad precisa. Cuando estas relaciones son rotas, el poder reunido en el centro, manifestando su propia naturaleza, intervendrá pues tan severamente y durante cuanto mayor sea la libertad concedida.

El Estado verdadero no conoce el sistema de la democracia parlamentaria y el régimen de los partidos. No puede admitir más que representaciones corporativas diferentes y articuladas en función de una Cámara de Base o Cámara Corporativa. Por encima, como instancia supra-ordenada garante de la preeminencia del principio político y de los fines superiores, ni materiales ni inmediatos, habrá una Cámara Alta.

Se debe pues reaccionar resueltamente contra el aberrante sistema del sufragio universal, ciegamente concedido a todos, comprendidas las mujeres. La fórmula "politizar a las masas" debe ser removida. La mayor parte de una nación sana no debe ocuparse de la política. El trinomio fascista "autoridad, orden, justicia" guarda para el estado verdadero, una validez indiscutible.

El partido político, órgano necesario para un movimiento en un período de transición y de lucha no debe dar nacimiento a un "partido único" cuando el poder ha sido conquistado y la estabilidad realizada. Por el contrario, habrá lugar para constituir algo parecido a una Orden participando de la dignidad y de la autoridad reunidas en el centro. Esta Orden recuperará algunas funciones que la nobleza cuando era una clase política, ocupó en los precedentes regímenes tradicionales, en los puntos- clave del estado: ejército, diplomacia, con una ética más severa y un estilo de vida particulares, a modo de contrapartida. Este núcleo será también el guardián de la idea del estado y prevendrá el aislamiento "cesarista" de aquel que posee la autoridad suprema.

La esfera política, del poder, debe ser, por su naturaleza y función, libre de condicionamientos económicos, independiente de los grupos o intereses económicos. Se podría recordar oportunamente la frase de Sila, quien decía que su ambición no era la de poseer una vajilla de oro, sino tener el poder de disponer de quienes la poseían.

La reforma corporativa debe ir hasta la realidad concreta del mundo del trabajo y de la producción, es decir, en las empresas, para la

reorganización orgánica y para la eliminación radical del clasismo, de la lucha de clases, también de la mentalidad "capitalista" y de la proletaria o marxista. El sindicalismo, principal instrumento de todas las subversiones de nuestro tiempo, no puede ser sino apartado. Al igual que según la concepción fascista, es el Estado quien jugará el papel de árbitro, de elemento moderador y que resolverá en caso de conflictos o enfrentamientos. La objetividad y el rigor de esta instancia superior, que será preciso concretizar en estructuras adecuadas, permitirán también abolir el instrumento de la huelga, cuyos abusos, empleo del chantaje con objetivos políticos, son ahora convertidos en cada vez más evidentes e insolubles.

La defensa del principio de una verdadera justicia comportará la denuncia de lo que hoy es esencialmente agitado bajo el nombre de "justicia social"; una justicia al servicio exclusivo de las capas más bajas de la sociedad, de las "clases trabajadoras" y en detrimento de las otras clases hasta el punto de que da nacimiento a una injusticia efectiva. El Estado verdadero será jerárquico también y sobre todo porque sabrá reconocer y hacer respetar la jerarquía de los valores auténticos, dando primacía a los valores de carácter superior, ni material ni utilitario y admitiendo desigualdades o diferencias legítimas de posición social, de posibilidad, de dignidad.

La condición vital del Estado verdadero es un clima bien determinado. Es el clima engendrado por una tensión tan alta como sea posible y no por una agitación forzada. Se deseará que cada uno en su puesto, encuentre satisfacción en una actividad conforme a su naturaleza profunda y a sus vocaciones; una actividad que será pues libre y deseada por sí misma antes de serlo por fines utilitarios y por el afán insensato de vivir encima de su condición. No se podrá pedir a todo el mundo seguir una "visión ascética y militar de la vida", pero se podrá buscar un clima de intensidad recogida, de vida personal, que hará preferir un margen de libertad mayor a un bienestar y a una *Prosperity* pagadas al precio de la limitación subsiguiente de esta libertad debida a los inevitables condicionamientos económicos y sociales. La autarquía, tal como la hemos descrito en este libro, es una fórmula fascista válida. La elección de una austeridad mesurada y viril lo es también, así como una disciplina interior a la cual se toma gusto y una orientación antiburguesa de la vida. Ninguna ingerencia más o menos pedagógica e impertinente de lo que es público en el dominio de la vida privada. Aquí también es preciso poner de relieve, al nivel de orientación general, los principios de la "gran moral" contra los de la "pequeña moral" conformista.

En sustancia, el clima del estado verdadero debe ser personalizante, animador y libre. Una fuerza interior debe producir una gravitación potencial de los individuos, grupos, unidades parciales y hombres de la Orden en torno al centro. Es una gravitación cuyo carácter "anagógico" e integral debería reconocerse: integralmente por el hecho nada paradójico de que la verdadera personalidad no se realiza más que allí donde actúan referencias a algo que supera a la persona. En definitiva, sobre este plano, "imponderables", casi como predestinaciones, entran en juego en el nacimiento y la vida del estado verdadero. Pues ninguna inicitativa pesada y directa puede crear y mantener el clima del que hemos hablado.

En el marco de tal Estado y bajo el signo de la concepción de la vida que corresponde, un pueblo puede desarrollarse y encontrar calma, fuerza interior y estabilidad: una estabilidad que no quiere decir estancamiento, sino equilibrio de un poder concentrado. Una doctrina del Estado no puede por más que proponer valores para poner a prueba afinidades electivas y vocaciones dominantes o latentes de una nación.

Si un pueblo no sabe o no quiere reconocer los valores que hemos llamado "tradicionales" y que definen una Derecha auténtica, merece ser abandonado a sí mismo. Se puede, como máximo, apelar a ilusiones y sugestiones debidas a una acción a menudo organizada de manera sistemática y a procesos regresivos, de los que ha sido o es víctima. Si incluso esto no da resultado sensible, este pueblo sufrirá el destino que se ha creado haciendo uso de su "libertad".

El tiempo de los sargentos y de los poetas. Gabriele D'Annunzio y los orígenes del fascismo

Adriano Erriguel

Hoy es difícil admitirlo, pero en sus inicios el fascismo italiano no hacía presagiar el rumbo funesto que terminaría tomando para la historia de Europa.

Surgido del caos como una oleada de juventud, el fascismo pertenecía a una época revolucionaria en la que, ante los viejos problemas, se vislumbraban nuevas soluciones. En su momento fundacional el fascismo italiano se presentaba como una *actitud* más que como una ideología, como una *estética* más que como una doctrina, como una *ética* más que como un dogma. Y fue el poeta, soldado y *condottiero* Gabriele D´Annunzio quien esbozó, de la manera más rotunda, ese *fascismo posible* que nunca pudo ser, y que terminó dando paso a un *fascismo real* que malogró sus promesas iniciales para embridarse, de la forma más obtusa, hacia el abismo.

Poeta laureado y héroe de guerra, exhibicionista y demagogo, megalómano e histrión, nacionalista y cosmopolita, místico y amoral, asceta y hedonista, drogadicto y erotómano, revolucionario y reaccionario, talento del eclecticismo, del reciclaje y del pastiche, genio precursor de la puesta en escena y de las relaciones públicas: D´Annunzio fue un postmoderno *avant la lettre* cuyas obsesiones se nos antojan asombrosamente contemporáneas. El incendio que contribuyó a provocar tardaría en extinguirse, pero después nada volvería a ser lo mismo. ¿Por qué rememorar, hoy en día, a este *maldito*?

Tal vez porque en una atmósfera monocorde de corrección política, de transgresiones amaestradas y de pensamiento desnatado figuras como la suya funcionan como contramodelo, y nos recuerdan que, después de todo,*la imaginación, sí, puede llegar al poder*.

Años incendiarios

Hubo una época de vitalidad incontenible que, sobrecargada de tensiones e ideas de alto voltaje, precisó de una guerra mundial para ventilar sus contradicciones. Los pocos años que median entre 1900 y 1914 conocieron un extraordinario incendio en el arte y en la literatura, en el pensamiento y en la ideología, que pronto se propagó a todo el mundo. Uno de los epicentros de ese incendio fue Italia – más en concreto el eje entre Florencia y Milán –, lugar donde prendió "el sueño de un futuro radiante que surgiría tras haber purificado el pasado y el presente por el hierro y por el fuego".(1)

Esta piromanía artístico-literaria se alimentaba, en sus estratos más profundos, de una revolución filosófica y cultural cuidadosamente incubada durante la segunda mitad del siglo XIX: un vendaval ideológico que arremetía contra el positivismo racionalista de la triunfante civilización burguesa. Frente a la tabulación de la existencia por la economía y por la razón este nuevo *vitalismo* reivindicaba el poder de lo irracional, del instinto y del subconsciente, y frente al optimismo liberal en un mundo pacificado por el progreso oponía una concepción trágica y heroica de la existencia. En este clima intelectual surgió una apuesta que, por su radicalidad, bien podría calificarse de *nuevomito*. Un mito destinado a cortar la historia en dos mitades.

El ensayista italiano Giorgio Locchi dio hace tres décadas el nombre de "suprahumanismo" a una corriente de ideas que encontró su formulación más acabada en la obra de Friedrich Nietzsche – en un plano filosófico –, y en la obra de Richard Wagner – en un plano artístico y mitopoético –. En su esencia, según Locchi, el suprahumanismo consistía en "una conciencia históricamente nueva, la conciencia del fatídico advenimiento del nihilismo, esto es – para decirlo con una terminología más moderna –, de la inminencia del *fin de la historia*".(2)

Esencialmente *antiigualitarista*, el suprahumanismo se situaba frente a las corrientes ideológicas que configuraron dos milenios de historia: el "cristianismo *en cuanto proyecto mundano*, la democracia, el liberalismo, el socialismo: corrientes todas que pertenecían al campo igualitarista". La aspiración profunda del suprahumanismo – que para Locchi no era sino la emergencia del *inconsciente precristiano* europeo al ámbito de la consciencia – consistía en proceder a una *refundación de la historia*, a través del advenimiento de un *hombre nuevo*. Con un método de acción: el nihilismo como única vía de salida del nihilismo, un *nihilismo positivo* que bebía la copa hasta las heces y que hacía tabla rasa para construir, sobre las ruinas y con las ruinas, el nuevo mundo.

Más que una corriente organizada el suprahumanismo se configuró como un *clima intelectual europeo* que impregnó, en grados diversos, el pensamiento, la literatura y el arte de comienzos del siglo XX, con Francia como laboratorio ideológico y con Italia como teatro de todos los experimentos. En la ebullición italiana de aquellos años se agitaban sindicalistas revolucionarios, vanguardistas, anarquistas, y nacionalistas, y todos llevaban, en grados diversos, la impronta suprahumanista. Pero el protagonista indiscutible entre todos los aspirantes a incendiarios era el *movimiento futurista*.

El futurismo fue la primera vanguardia auténticamente global, no sólo en el sentido geográfico sino en cuanto vehiculaba una aspiración a la totalidad.(3) Lejos de limitarse a ser una propuesta artística el futurismo se extendía al pensamiento, a la literatura, a la música, al cine, al urbanismo, a la arquitectura, al diseño, a la moda, a la publicidad, a la política. El futurismo portaba "la euforia por el mundo de la técnica, de las máquinas y de la velocidad" y empleaba "un nuevo lenguaje sintético, metálico, sincopado". No desdeñaba "la apología de la violencia y de la guerra, exaltaba la raza entendida como *estirpe* – no como racismo vulgar – y sobre todo como promesa de una suprahumanidad futura"(4). Sus enemigos eran la burguesía, el romanticismo la tradición, el clero, las familias, *todo lo viejo*, en suma. El futurismo era la vanguardia por excelencia, la teorización radical de una voluntad pirómana. Algo que parecía estar, en principio, en las antípodas de D´Annunzio.

En el momento de apogeo de las vanguardias y del estallido de la primera guerra mundial Gabriele D´Annunzio – celebrado en toda Italia como *Il Vate* – era el escritor más famoso de la península, para muchos su principal poeta después de Dante. Pero para los futuristas su estilo – abundante en manierismos modernistas, decadentistas y simbolistas, en florilegios y en retórica ochocentista – podía ser considerado por derecho propio como el lenguaje de ese mausoleo al que ellos querían prender fuego.

Pero entre los futuristas y D´Annunzio se trataba más bien de amor y odio. En la estela de Byron, *Il Vate* pensaba que un poeta podía ser también un héroe. Al estallar la guerra mundial, y haciendo gala de la versatilidad que ya había mostrado en su carrera literaria, se tornó de poeta decadente en poeta combatiente. Y se invistió de una nueva misión, la de ejemplarizar el ideal suprahumanista y su aspiración máxima: la superación del mundo burgués y la llegada de un "hombre nuevo" que encarnase una nueva *ética de la acción*. El estilo es el hombre. Pocas figuras tan dispuestas como la suya para simbolizar los nuevos tiempos.

Florilegios para una masacre

La muerte está aquí…tan hermosa como la vida, embriagadora, llena de promesas, transfiguradora.
Gabriele DÁnnunzio

Hoy es difícil comprender la pulsión suicida de una civilización que, en la cúspide de su poder, organizó su propio holocausto. El estallido de la primera guerra mundial fue celebrado como derroche de vitalidad, como catarsis y como regeneración moral. El entusiasmo belicista no conocía fronteras de ideología o de clase, y los artistas e intelectuales de toda Europa se aprestaron a convertirse en la voz de la nación. Ninguna otra voz cantó a la guerra con tanto arrebato como la de D´Annunzio. Ninguna otra oratoria preparó a tantos compatriotas, por la

gloria y seducción de las palabras, para matar y morir. Ningún otro apóstol de la guerra se mostró tan ávido de asumir, en su propia carne, los efectos de lo que predicaba.

Cuando Italia anunció su entrada en guerra *Il Vate* se encontraba en la cúspide de su gloria. Celebrado en toda Europa, rodeado de lujos y cubierto de mujeres, todo le invitaba a contemplar la guerra desde una cómoda distancia. Pero con 52 años se alistó en los Lanceros de Novara, unidad con la que llegaría a participar en decenas de acciones. El ejército, consciente del potencial propagandístico de su figura, le permitió servir de la manera en la que el impacto público fuera más notable. Y le permitió utilizar la que sería su arma más letal: la palabra.

Durante cuatro años de guerra D´Annunzio habló y habló. Habló en las trincheras y en las retaguardias, en los aeródromos y en las bases navales, en los funerales masivos y en la hora de los ataques. Sus discursos eran sugestivos y magnéticos, destinados a ganar no el intelecto sino las emociones. En ellos las miserias físicas más crudas eran orladas de un nimbo de gloria, los combatientes eran héroes y mártires – tan nobles como los héroes de la antigüedad clásica o las legiones de Roma –, y la guerra era una sinfonía heroica en la que sus palabras repicaban como "oleadas hipnóticas de lenguaje: sangre, muerte, amor, dolor, victoria, martirio, fuego, Italia, sangre, muerte…" Aunque conocía de primera mano el horror de la carnicería continuaba predicando su fe en "las virtudes purificadoras de la guerra y diciendo a las tropas que eran *sobrehumanas*". Hablaba de banderas ondeando sobre el cielo de Italia, de ríos llenos de cadáveres, de la tierra sedienta de sangre. No disimulaba la atrocidad de la guerra – a la que describía como las torturas que Dante nunca imaginó para su Infierno –pero a los soldados les decía que su sacrificio tenía *un sentido*, y les elogiaba de una forma en la que nunca se hubieran reconocido, y les repetía que la sangre de los mártires clamaba por más sangre, y que sólo por la sangre la Gran Italia se vería redimida. (5)<

Una apologética de la matanza que resulta, a cien años vista, difícil de digerir. ¿Se lo creía?

No es ésa la cuestión. Y parece insuficiente conformarse aquí con una lectura "no anacrónica", o limitarse a señalar que "ése era el lenguaje de la época". Tal vez sería más indicado proceder a una inversión de perspectiva. O a una lectura diferente, en clave *suprahumanista*.

La guerra como experiencia interior

La reputación que D´Annunzio adquirió durante la guerra se debe más a sus hechos que a sus palabras. Lejos de ser un "soldado de papel" no desperdició ocasión de poner su vida en peligro, y a lo largo de tres años llegó a combatir por tierra, mar y aire. Con un talento precursor para la publicidad sabía que los pequeños actos de terrorismo tenían más fuerza psicológica que los ataques masivos, y se especializó en acciones suicidas – aéreas y navales según los cánones futuristas – con valor simbólico e impacto mediático. Voló en numerosas ocasiones sobre los Alpes – en una época en la que eso era algo extraordinario – para bombardear al enemigo, ocasionalmente con hojas de propaganda. Y cuando los austríacos pusieron precio a su cabeza lideró una incursión suicida, en una torpedera con un puñado de hombres, contra el puerto enemigo de Buccari.(6) En una de sus misiones aéreas perdió la visión de un ojo y parcialmente la del otro, lo que ocultó durante un mes para seguir volando. Finalmente tuvo que permanecer varios meses inmovilizado para salvar la vista.

Suspendido de espaldas y entre dolores y pesadillas compuso su poema *Notturno*. La perspectiva de la ceguera era para él ocasión de superación, más que de abatimiento. Se confesaba feliz en la grandeza de su pérdida – los ciegos en acción eran considerados como la aristocracia de los heridos –y se recreaba en la agudización de sus sentidos del oído y del olfato. De creerle, esa sensación de felicidad nunca le abandonaría a lo largo de toda la guerra. (7)

El verdadero D´Annunzio se revela, más que en sus trompeterías patrióticas, en su correspondencia y en sus diarios. En ellos trasluce su actitud suprahumanista frente a la

guerra. Si algo llama la atención en sus anotaciones es la "fluctuación constante entre lo espantoso y lo pastoral". Todo se hace para él objeto de celebración, hasta los detalles más nimios: desde las explosiones y los ataques a la bayoneta hasta el brillo de una libélula en el barro o la aparición fugaz de un pájaro carpintero entre los árboles calcinados. De creerle, D´Annunzio fue feliz en medio del hambre, de la sed, del frío extremo, de las heridas y de los bombardeos, porque su entusiasmo omnívoro por la vida podía con todo ello, porque todo ello no era sino uno y lo mismo: la manifestación de esa vida que él consumía con un entusiasmo voluptuoso. ¿Qué era la guerra, sino un agujero en la vida ordinaria a través del cuál se manifestaba*algo más alto*?… "la vida tal y como debe ser, y que pasa ante nosotros, la Vida – en palabras de Ernst Jünger – como esfuerzo supremo, voluntad de combatir y dominar".(8)

El paralelismo entre D´Annunzio y Jünger no es casual, ambos manifiestan una común actitud suprahumanista. La misma avidez de experiencias, el mismo desafío al azar, la misma preocupación estética, la misma ausencia de moralismo. Contrasta en el caso del prusiano – aparte de la objetividad acerada de su estilo – la práctica ausencia de cualquier nota patriótica. Pero cabe también pensar que en D´Annunzio la prosopopeya nacionalista no era el grano, sino la paja. Un arma de guerra como otras muchas. Cabe pensar que lo esencial para él era esa *disciplina del sufrimiento* de la que hablaba Nietzsche, ese *Amor fati* que no es sino un gran *Sí* a la vida en toda su crudeza.

Más que de exaltación belicista se trata de una opción filosófica, muy distinta de la postura moralizante y lastimera de otros escritores. Cuando Wilfred Owen, Heinrich Maria Remarque o Ernest Hemingway denuncian y condenan la guerra indudablemente *tienen razón*, pero no por eso dejan de subrayar una obviedad. Ocurre que ellos viven la guerra desde la sensibilidad horrorizada del hombre moderno. Pero cuando Ernst Jünger escribe: "aquellos que únicamente han sentido y conservado la amargura de su propio sufrimiento, en lugar de reconocer en ella (la guerra) el signo de una alta afirmación, ésos han vivido como esclavos, no tuvieron Vida Interior, sino solamente una existencia pura y tristemente material", lo que hace es expresar esa sensibilidad inmemorial que considera que*el espíritu lo es todo*. "Todo es vanidad en este mundo – continúa Jünger – sólo la emoción es eterna. Sólo a muy pocos hombres les es dado poder hundirse en su sublime inutilidad". *Amor fati*. El lenguaje "moral" no tiene nada que hacer aquí. Si acaso, el lenguaje de *La Iliada*.

Otro elemento interesante es el uso que D´Annunzio hace del tiempo histórico. La dicotomía nuevo/viejo, un tema recurrente en su pensamiento, alcanzaría expresión plena en sus anotaciones bélicas. Siempre a la caza de analogías históricas "cada soldado de infantería le recordaba a algún episodio del glorioso pasado, cada campesino agotado a un intrépido marinero veneciano, a un legionario romano, a un caballero medieval, a algún santo marcial recreado en un cuadro renacentista. Su visión del pasado glorioso de Italia recubría el horrible conflicto de un velo teatral y rodeaba de glamour a los excrementos, a la basura y a los montones de muertos".(9) Para el poeta de Pescara el armamento podía ser moderno, pero los hombres que lo manejaban – los jóvenes reclutas que asemejaba a héroes míticos o arquetipos – pertenecían a una tradición intemporal.

Esta confusión del pasado y del presente ilustra a su manera un elemento que Giorgio Locchi asociaba a la mentalidad suprahumanista: la concepción "no-lineal" del tiempo, la presencia constante del pasado como una dimensión que está *dentro del presente* junto a la dimensión del futuro. Es la idea revolucionaria – frente a las concepciones lineales, ya sean "progresistas" o "cíclicas" – de la *tridimensionalidad* del tiempo histórico: en cada conciencia humana "el pasado no es otra cosa que el proyecto al cual el hombre conforma su acción histórica, proyecto que trata de realizar en función de la imagen que se forma de sí mismo y que se esfuerza por encarnar. El pasado aparece entonces no

como algo muerto, sino como una prefiguración del porvenir".(10)

Locchi asociaba esta "nostalgia del porvenir" a la imagen "esférica" del tiempo esbozada en *Así habló Zaratustra*, así como a uno de los significados canalizados por el mitema nietzschiano del *Eterno Retorno*. Confusión del pasado y del porvenir, nostalgia de los orígenes y utopía del futuro: la concepción suprahumanista del tiempo – *sentida* de forma seguramente inconsciente por D´Annunzio y muchos otros – pone en primer plano la libertad del hombre frente a todo determinismo, porque el pasado al que religarse es siempre *objeto de elección* en el presente, así como objeto de interpretación cambiante. El momento presente "nunca es un punto, sino una encrucijada: cada instante presente actualiza la totalidad del pasado y potencia la totalidad del futuro". (11) De manera que el pasado nunca es un dato inerte, y cuando se manifiesta en el futuro lo hace de forma siempre nueva, siempre desconocida.

Señala Hughes-Hallett que "la guerra trajo a D´Annunzio la paz". Había encontrado una trascendental "tercera dimensión" del ser, más allá de la vida y la muerte. Partir en misión peligrosa era para él alcanzar un éxtasis comparable al de los grandes místicos. La guerra le trajo "aventura, propósito, una cohorte de bravos y jóvenes camaradas a los que amar con un amor más allá del que se dedica a las mujeres, una forma de fama, nueva y viril, y la intoxicación de vivir en peligro mortal constante".(12)

Acabó la guerra reconocido como un héroe y cubierto de condecoraciones. Y entonces él y muchos como él – aquellos reclutas que a los que comparaba con los héroes míticos del pasado – debían volver a sus casas, a sus talleres, a sus matrimonios de conveniencia, a la monotonía de sus aldeas….

Comenzaba a nacer el fascismo.

¿Adiós a las armas?

La revolución victoriosa llegará. Pero no la harán las almas bellas, como la suya, la harán los sargentos y los poetas.
MARGARITA SARFATTI, en el film *El joven Mussolini*. 1993.

Cuando el 23 de marzo de 1919 un batiburrillo de futuristas, de ex *arditi* (tropas de asalto del ejército italiano), de sindicalistas revolucionarios y de antiguos socialistas fundaba en la plaza del Santo Sepulcro en Milán el primer*Fasci di combattimento* nadie sabía en realidad qué iba a resultar de todo aquello. Su cabeza visible era el ex sargento Benito Mussolini, un político maniobrero y posibilista recién expulsado del Partido Socialista italiano. Mussolini afirmaba que los fascistas evitarían el dogmatismo ideológico: "nos permitimos el lujo de ser aristocráticos y democráticos, conservadores y progresistas, reaccionarios y revolucionarios, de aceptar la ley y de ir más allá de ella". Y añadía que "ante todo *somos partidarios de la libertad*. Queremos la libertad para todos, aún para nuestros enemigos".(13) El primer programa fascista, visiblemente escorado hacia la izquierda, recogía la herencia intelectual del sindicalismo revolucionario.

Visto en perspectiva no cabe duda hoy de que el *fascismo histórico* fue un fenómeno ideológico completo. Pero en sus inicios parecía el fruto de una gran improvisación. Mussolini proclamaba entonces: *el fascismo es la acción y nace de una necesidad de acción*. En primer lugar recogía muchas de las aspiraciones urgentes de la "generación perdida" que había hecho la guerra, y que consideraba que el estado de Italia – un país pobre y atrasado, con desigualdades crónicas, sin coberturas sociales, con una victoria "mutilada" por los aliados y en proa a una guerra civil – hacía impensable una vuelta a la era de los partidos burgueses y a sus danzas electorales. Pero en un sentido más profundo – tal y como señala el historiador Zeev Sternhell – antes de convertirse en fuerza política el fascismo fue un fenómeno cultural, una manifestación extrema – aunque no la única posible – de un fenómeno mucho más amplio.(14)

El antecedente intelectual más inmediato del fascismo era la *revisión del marxismo* acometida por el sindicalismo revolucionario, una revisión en un sentido *antimaterialista*. Lo que estos herejes del marxismo recusaban de la doctrina era su pretensión científica, su infravaloración de los

factores psicológicos y nacionales, su visión del socialismo como una mera forma racional de organización económica. Otra de sus motivaciones era el desencanto ante el valor del proletariado como fuerza revolucionaria: los proletarios eran normalmente refractarios a todo lo que no afectase a sus intereses materiales, o sea a su aspiración a convertirse en pequeños burgueses. Algo que los primeros fascistas constataron, así como también constataron que, entre el socialismo y el proletariado, la relación era meramente circunstancial. De lo que se deducía que la revolución no era ya cuestión de una sola clase social… lo que a su vez quebrantaba el dogma de la lucha de clases. La revolución pasaría a ser, pues, una tarea nacional, y el nacionalismo su hilo conductor… (15)

>Pero ¿qué revolución? Una revolución de móviles puramente económicos resultaba insuficiente para la cultura política que se estaba gestando: una cultura política comunitaria, antiindividualista y antiracionalista y que aspiraba a poner remedio a la disgregación social ocasionada por la modernidad. De hecho en economía el fascismo se manifestaba como posibilista y declaraba querer aprovechar lo mejor del capitalismo y del progreso industrial, siendo lo esencial que la esfera económica quedase siempre subordinada a la política. La cuestión subyacente era otra.

Lo esencial – siguiendo a Zeev Sternhell – era "instaurar una *civilización heroica* sobre las ruinas de una civilización rastreramente materialista, moldear un hombre nuevo, activista y dinámico". El fascismo originario exhibía un carácter moderno y su estética futurista aguijoneaba la imaginación de los intelectuales – lo que explica la atracción que ejercía sobre la juventud – así como predicaba que una elite no es una categoría definida por el lugar que ocupa en el proceso de producción, sino la expresión de un estado de ánimo: la aristocracia forjada en las trincheras era una prueba de ello.(16) Y del marxismo tomaba la idea de la violencia como instrumento de cambio. Alguien definió una vez al fascismo como *nuestro mal de siglo*: una expresión que evoca una aspiración hacia la superación del mundo burgués. Más que un corpus doctrinario el fascismo original era una nebulosa, una fuerza rupturista de carácter inédito que aspiraba a la construcción de una "solución de recambio total".

Lo que ocurría – dicho sea en términos Locchianos – es que el principio suprahumanista estaba pasando, de forma acelerada, *de su fase mítica a su fase ideológica y política*.(17) En el plano ideológico la llamada "Revolución conservadora" alemana era una sus manifestaciones. Y en el plano político el fascismo de Mussolini fue el brote que hizo fortuna. Pero no el único.

Y aquí es donde entra D´Annunzio.

La ruta hacia el Rubicón

A comienzos de 1919 Mussolini era solo un líder político en ciernes, mientras que D´Annunzio era el hombre más célebre de Italia. Finalizada la guerra con una "victoria mutilada" – los aliados ignoraron las promesas territoriales hechas a Italia – el país se sumió en una espiral de caos político y social. Y entonces muchos de los que esperaban que un "hombre fuerte" tomara las riendas empezaron a mirar a D´Annunzio. Por su parte el poeta-soldado descubría lo difícil que le resultaba vivir sin la guerra, y al igual que muchos otros italianos rumiaba su amargura por la traición de los aliados.

"Vuestra victoria no será mutilada" – escribió D´Annunzio en octubre 1918. Un eslogan que hizo fortuna (como tantos otros que acuñó) y que era música en los oídos de todos los que esperaban una nueva llamada a las armas. Italia rebosaba de hombres acostumbrados a la violencia y que, en vez de recibir una bienvenida de héroes, eran tratados como huéspedes indeseables cuando no como bestias salvajes, abocados al desempleo y a los insultos de los agitadores de una revolución bolchevique en ciernes. Entre esos hombres destacaban los *arditi*, los soldados de élite, fieramente indisciplinados, acostumbrados a la lucha cuerpo a cuerpo y con dagas y granadas, ataviados con uniformes negros y con matas de pelo a veces tan largas como crines de caballo – los *dandis* de la guerra.(18) Su bandera era negra y su

himno: *Giovinezza* (Juventud). Todos miraban a D´Annunzio como a un símbolo, y algunos de ellos empezaron a llamarse "*dannunzianos*". Un héroe de guerra y un ejército de vuelta a casa: una conjunción fatídica para cualquier gobierno civil. Las autoridades comenzaron a temer a D´Annunzio. El Rubicón nunca había sido verdaderamente olvidado en Italia.

El poeta-soldado comenzó a multiplicar sus apariciones públicas, a escarnecer al gobierno que había aceptado la humillación de Versalles, a incitar a los italianos a rechazar a sus autoridades. En muy poco tiempo se vio en el centro de todas las conspiraciones y todos los grupos de oposición comenzaron a utilizar su nombre. Con los fascistas mantuvo las distancias, D´Annunzio los consideraba como "vulgares imitadores, potencialmente útiles pero lamentablemente brutales y primarios en su forma de pensar".(19) Y entre todos los que volvían su mirada a D´Annunzio destacaban las comunidades italianas en la costa del Adriático que esperaban ser "redimidas" mediante su incorporación a la madre patria. D´Annunzio, por su parte, les prometió que estaría con ellos "hasta el fin".

La ciudad de Fiume, puerto principal del Adriático, contaba con una mayoría de población italiana que en octubre 1918 reclamó su incorporación a Italia.(20) Pero los aliados reunidos en Versalles situaron la ciudad bajo una administración internacional. La ciudad se convirtió entonces en un símbolo para todos los nacionalistas italianos y grupos de ex *arditi*, al grito de "Fiume o muerte", comenzaron a formar la "Legión de Fiume" dispuestos a "liberar" la ciudad. Y en medio de una espiral de violencia los italianos de Fiume ofrecieron a D´Annunzio el liderazgo de la ciudad.

El poeta-soldado había encontrado su Rubicón. Y su nueva encarnación: la de *condottiero*.

Fiume era una fiesta

El contagio de la grandeza es el mayor peligro para cualquiera que viva en Fiume, una locura contagiosa, que ha impregnado a todo el mundo (EL OBISPO DE FIUME, EN UNA ENTREVISTA)

Cuando el 11 de septiembre 1919 D´Annunzio llegó a Fiume en un Fiat 501 seguramente no sabía que daba inicio a uno de los experimentos más extravagantes de la historia política de occidente: el sueño platónico del príncipe-poeta cobraba vida con dos milenios de retraso. Un vendaval de liberación dionisíaca se desencadenó sobre la ciudad adriática, un desmadre nietzschiano en la que se daban la mano la política y el misticismo, la utopía y la violencia, la revolución y *Dadá*. La era de la política-espectáculo había empezado, y D´Annunzio levantaba el telón.

La época de Fiume ha sido descrita como un microcosmos del mundo político moderno: todo se prefiguró allí, todo se experimentó allí, todos somos en gran parte los herederos. Un momento mágico, una bacanal de soñadores, una sinfonía suprahumanista y heroica en la que una sociedad hambrienta de maravillas – galvanizada por la guerra, hastiada de la insipidez de un siglo de positivismo – se encontraba con un líder a su altura y secundaba, a ritmo de desfiles multicolores y multitudes enfervorizadas, sus quimeras de César visionario.

La trayectoria política de la ciudad durante esos dieciséis meses fue, como no podía ser menos, errática. El primer programa – la anexión a Italia – era simple y realista, pero naufragó en un piélago de indecisiones y gazmoñerías diplomáticas. El segundo programa era de carácter subversivo: provocar la chispa que desencadenase una revolución en Italia. Pero había un tercer programa, incontrolable y radical: Fiume como primer paso, no hacia una Gran Italia, sino hacia un nuevo orden mundial.

Un programa que ganaba fuerza a medida que se disipaba – por la presión de los aliados y por la indecisión del gobierno italiano – la perspectiva de la incorporación a Italia. Impulsada por los revolucionarios sindicalistas que rodeaban a D´Annunzio, la "Constitución de Fiume" (la *Carta del Carnaro*) es el aspecto más interesante del legado de Fiume, por cuanto supone de contribución original a la teoría política.(21) La Carta del Carnaro contenía elementos pioneros: la limitación del

(hasta entonces sacrosanto) derecho a la propiedad privada, la completa igualdad de las mujeres, el laicismo en la escuela, la libertad absoluta de cultos, un sistema completo de seguridad social, medidas de democracia directa, un mecanismo de renovación continua del liderazgo y un sistema de*corporaciones* o representación por secciones de la comunidad: una idea que haría fortuna. Según su biógrafo Michael A. Leeden el gobierno de D´Annunzio – compuesto por elementos muy heterogéneos – fue uno de los primeros en practicar una suerte de "política de consenso" según la idea de que los diversos intereses en conflicto podían ser "sublimados" dentro de un *movimiento* de nuevo cuño. Lo esencial era que el nuevo orden estuviera basado en las cualidades personales de heroísmo y de genio, más que en los criterios tradicionales de riqueza, herencia y poder. El objetivo final – básicamente suprahumanista – no era otro sino la aleación de *un nuevo tipo de hombre*.

La Carta del Carnaro contenía toques surrealistas como designar a "la Música" como principio fundamental del Estado. Pero lo más original – lo más específicamente *dannunziano* – era la inclusión de "un elaborado sistema de celebraciones de masas y rituales, designados para garantizar un alto nivel de conciencia política y de entusiasmo entre los ciudadanos".(22) En Fiume D´Annunzio – ahora denominado "el Comandante" – comenzó a experimentar con un nuevo medio, creando "obras de arte en las que los materiales eran columnas de hombres, lluvias de flores, fuegos artificiales, música electrizante – un género que posteriormente sería desarrollado y reelaborado durante dos décadas en Roma, Moscú y Berlín".(23) El comandante inauguró una nueva forma de liderazgo basada en la comunicación directa entre el líder y las masas, una especie de plebiscito cotidiano en el que las multitudes, congregadas ante su balcón, respondían a sus preguntas y secundaban sus invectivas. Todo el ritual del fascismo estaba ya allí: los uniformes, los estandartes, el culto a los mártires, los desfiles de antorchas, las camisas negras, la glorificación de la virilidad y de la juventud, la comunión entre el líder y el pueblo, el saludo brazo en alto, el grito de guerra *¡Eia Eia Alalá!*(24) . Señala Hughes-Hallett que D´Annunzio nunca fue fascista pero que el fascismo fue inequívocamente *dannunziano*. Alguien escribió que, bajo el fascismo, D´Annunzio fue la víctima del mayor plagio de la historia.

Otro elemento pionero fue la creación de una Liga de Naciones antiimperialistas: la "Liga de Fiume", proyecto de alianza de todas las naciones oprimidas que desarrollaba el concepto de revolución mundial y de "nación proletaria" teorizado por Michels, y que aspiraba a reunir desde el *Sinn Fein* irlandés hasta los nacionalistas árabes e indios. Alguien ha querido ver al Comandante como a un profeta del Tercermundismo, si bien sería más correcto ver aquí "la primera aparición de la temática de los *derechos de los pueblos*".(25) Las potencias aliadas comenzaron a alarmarse. La empresa de Fiume perdía su carácter nacionalista y acentuaba su contenido revolucionario…

¡Haced el amor y haced la guerra!

¡Giovinezza, Giovinezza, Primavera di Bellezza…!
Canción de los Arditi

Un Estado regido por un poeta y con la creatividad convertida en obligación cívica: no era extraño que la vida cultural adquiriese un sesgo anticonvencional.(26) La Constitución estaba bajo la advocación de la "Décima Musa", la Musa – según D´Annunzio – "de las comunidades emergentes y de los pueblos en génesis… la Musa de la Energía", que en el nuevo siglo debería conducir a *la imaginación al poder*. Hacer de la vida una obra de arte. En el Fiume de 1919 la vida pública se convirtió en una performance de veinticuatro horas en la que "la política se hacía poesía y la poesía sensualidad, y en la que una reunión política podía terminar en un baile y el baile en una orgía. Ser joven y ser apasionado era una obligación".(27) Entre la población local y los recién llegados se propagó una atmósfera de libertad sexual y de amor libre, inusual para la época. Comenzaba la revolución sexual. Así lo quería el nuevo "Príncipe de Juventud", tuerto y de cincuenta y seis años

No es de extrañar que la ciudad se convirtiera en un polo magnético para toda la cofradía de idealistas, rebeldes y románticos que pululaba por el mundo. Un *País de la Cucaña* en el que se codeaban protofascistas y revolucionarios internacionalistas sin que a nadie se le ocurriera algo tan vulgar como "entrar en diálogo". Un laboratorio contracultural en el que brotaban grupos variopintos como el "Yoga" (inspirado por el hinduismo y por el *Bhagavad-Gita),* los "Lotos Castaños" (proto-*hippies* partidarios de una vuelta a la naturaleza), los "Lotos Rojos" (defensores del sexo dionisíaco), ecologistas, nudistas, dadaístas y otros especímenes de variada índole. El componente psicodélico estaba asegurado por una generosa circulación de droga bajo la tolerante mirada del Comandante, consumidor más o menos ocasional de polvo blanco.(28) Los años 60 comenzaron en Fiume. Pero a diferencia de los *hippies* californianos, los *hippies* del Comandante estaban dispuestos no sólo a hacer el amor, sino también a hacer la guerra.

Mientras tanto Roma miraba a Fiume con una mezcla de consternación y de pavor. En palabras de los socialistas Italianos "Fiume estaba siendo transformada en un burdel, refugio de criminales y prostitutas". Lo cierto es que todo el mundo iba a Fiume: soldados, aventureros, revolucionarios, intelectuales, espías aliados, artistas cosmopolitas, poetas neopaganos, bohemios con la cabeza en las nubes, el futurista Marinetti, el inventor Marconi, el Director de orquesta Toscanini… Proliferaban la elocuencia y el dandismo, la personalidad del Comandante era contagiosa. ¡Condecoraciones, uniformes, títulos, himnos y ceremonias para todos! El estilo ornamental era de rigor. Y a su vez los nuevos visitantes se iban haciendo cada vez más marginales: menores fugados, desertores, criminales y otras gentes con asuntos por aclarar con la justicia…. muchos de estos elementos fueron reclutados para formar la guardia de corps del Comandante: la "Legión *Disperata*", de rutilantes uniformes. D´Annunzio observaba a sus *arditi* comiendo cordero en las playas, en sus fantásticos uniformes resplandecientes a la luz de las llamas, y los comparaba con Aquiles y sus mirmidones de vuelta a su campamento frente a Troya. Es esa mezcla electrizante de arcaísmo y futurismo, tan propia de la sensibilidad suprahumanista. *Sonaba tan antiguo, sin embargo era tan nuevo…*

Presionado por sus compromisos internacionales el gobierno de Roma decretó un bloqueo contra Fiume, y la ciudad encontró un método para asegurar su subsistencia: la piratería. Organizados por un antiguo *as* de la aviación italiana, Guido Keller, los barcos de Fiume pasaron a adueñarse de cualquier buque que transitase entre el estrecho de Messina y Venecia. Y cada captura realizada por los *uscocchi* – así llamados por D´Annunzio en honor a los piratas adriáticos del XVI – era recibida en la ciudad como una fiesta. Las actividades ilícitas se ampliaron al secuestro – un comando de Fiume capturó a un general italiano que pasaba por Trieste – y a las expediciones para requisar provisiones en territorios vecinos. También a las ocupaciones simbólicas de otras ciudades próximas. El Comandante hizo bordar su lema *Ne me frego* (algo así como: "me la pela") en una bandera que colgó sobre su cama.(29) Fiume era un Estado fuera de la ley, lo que hoy llamaríamos un *Estado gamberro.* Señala su biógrafa que D´Annunzio, como un nuevo Peter Pan, había construido una "*Tierra de Nunca Jamás*, un espacio liberado de las relaciones causa-efecto donde los niños perdidos pudieran disfrutar por siempre de sus peligrosas aventuras sin sentirse molestados por el sentido común".(30)

Pero el problema de la niñez es que se acaba, y llega la hora de los adultos. El Tratado de Rapallo, firmado en Noviembre 1920, establecía las fronteras italo-yugoeslavas y llegaba a un compromiso sobre Fiume. D´Annunzio se quedó aislado, y hasta los fascistas de Mussolini le retiraron su apoyo. Tras una intervención de la Marina italiana y la resistencia de un puñado de *arditi* – que se saldó con varias docenas de muertos – D´Annunzio fue obligado a abandonar Fiume a fines de Diciembre 1920. En una ceremonia de despedida su último grito fue: ¡*Viva el amor*!

El poeta había concluido su revolución. Llegaba el turno del ex sargento.

El Fascismo sin D´Annunzio

Pasados los años un Mussolini ya en el poder celebraría a Gabriele D´Annunzio como al "*Juan Bautista del fascismo*". Convertido en una leyenda el poeta pasaría sus dos últimas décadas recluido en su mansión de *El Vittoriale* a orillas del lago de Garda, donde Mussolini acudiría ocasionalmente para retratarse con él.

Hoy se considera a D´Annunzio como a un personaje del Régimen, pero lo cierto es que nunca fue miembro del Partido Fascista y sus relaciones con el Duce fueron mucho más ambivalentes de lo que se piensa. En privado Mussolini se refería a D´Annunzio como a "*una caries, a la que hay que extirpar o cubrir de oro*", y se refería también al "*fiumismo mal entendido*" como a sinónimo de actitud anarquizante y de poco fiar. En realidad ambos personajes se observaban con sospecha: Mussolini consideraba que D´Annunzio era demasiado influyente e impredecible, y éste se abstenía de prestar un apoyo expreso al Duce. En realidad el poeta había recomendado a sus *arditi* mantenerse al margen de cualquier formación política, si bien muchos acabarían en el fascismo y algunos en la extrema izquierda o incluso en España en las Brigadas Internacionales.(31) Las únicas ocasiones en las que D´Annunzio trató de influir políticamente en Mussolini fueron para aconsejarle que se mantuviera bien alejado de Hitler ("*ese payaso feroz*", "*eserostroengominado e innoble*").

El poeta-soldado falleció en 1938 en su mansión del *Vittoriale*, en una atmósfera tan barroca como claustrofóbica, rodeado de espías italianos y alemanes. Con su muerte desapareció toda una época: la de los albores de ese fascismo que no pudo ser. El *fascismo real* recogió la puesta en escena y la liturgia de Fiume, pero las vació de libertad y las transformó en una coreografía burocratizada al servicio de un proyecto que llevó a Italia a la catástrofe. La historia es bien conocida. No obstante suelen pasarse por alto algunas cosas…

Normalmente se pasa por alto que ese primer fascismo formaba parte de un clima cultural vanguardista, sofisticado y plural, muy diferente del provincianismo obtuso que caracterizaba a los nazis y a su cursilería *völkisch*. De hecho, el pluralismo cultural de la Italia fascista – un país donde prácticamente no hubo éxodo intelectual alguno – no tiene parangón con el dirigismo impuesto sobre la cultura en la época nazi. Estudiosos como Renzo de Felice o Julien Freund han contrapuesto el carácter optimista y "mediterráneo" del fascismo – con su tendencia a exaltar la vida dentro de un cierto espíritu de mesura – frente al carácter sombrío, trágico y catastrófico del nazismo, con su inclinación germánica por el *Raggnarokk*. (32) Igualmente podría destacarse el carácter antidogmático – incluso artístico y bohemio – de ese primer fascismo, en contraposición a las ínfulas "científicas" de la dogmática nazi, basada en el racismo biológico y en el darwinismo social.

A lo que hay que añadir que el primer fascismo no tenía ningún atisbo de antisemitismo, sino más bien al contrario: muchos judíos fueron fascistas de primera hora e incluso tuvieron cargos importantes, tales como la publicista Margaritta Sarfati, amante judía del Duce y *prima donna* de la vida cultural del régimen. De hecho la política exterior del régimen mantuvo frecuentes contactos con el movimiento sionista. Y tras la llegada de Hitler al poder eminentes exiliados judíos encontraron acogida en Italia.

Se pasa también por alto que tras la "marcha sobre Roma" en 1922 Mussolini se presentó ante el Parlamento y obtuvo un amplio voto de confianza de la mayoría no-fascista. Se tiende a olvidar que la violencia de las escuadras fascistas, si bien muy cierta, no era exclusiva del fascismo: ése era el lenguaje político en buena parte de Europa. Y en Italia fue el fascismo, mejor organizado, el que finalmente se impuso. Se omite también que el fascismo colaboró con los socialistas y con otras fuerzas de oposición, y que ganó una mayoría de votos en las elecciones de 1924. Sólo entonces, tras el brutal asesinato del diputado socialista Matteoti y la negativa de la oposición a permanecer en el Parlamento, los energúmenos del fascismo ganaron la mano y se institucionalizó la dictadura.

En realidad 1924 marca el comienzo del declive. Los años posteriores son los de las grandes realizaciones del régimen: la edificación de un Estado social, las grandes obras públicas y la modernización del país. Logros que compraron la adhesión de buena parte de la población. Pero el fascismo ya estaba herido de muerte. Al traicionar aquella promesa de 1919 en la Plaza del Santo Sepulcro de Milán ("*Queremos la libertad para todos, aún para nuestros enemigos*") el fascismo se transformó en una burocracia autocomplaciente y satisfecha, y Mussolini se fue apartando de la realidad para encerrarse en una megalomanía que resultó funesta.

Aún así durante algunos años el fascismo impulsó una política favorecedora de la paz y la cooperación internacional, como lo prueban los Acuerdos de Letrán en 1929 y las propuestas de desarme en la Sociedad de Naciones en 1932. En relación a la Alemania nazi hay algo que también suele olvidarse: Mussolini fue el impulsor del llamado "Frente de Stressa", una iniciativa diplomática que en abril 1935, junto a Francia y Gran Bretaña, trataba de garantizar la independencia de Austria y el respeto al Tratado de Versalles, y por consiguiente frenar a Hitler cuando todavía era posible hacerlo. Dos meses después, en Junio de 1935, Gran Bretaña firmaba con la Alemania Nazi un Acuerdo naval que suponía la primera violación de ese Tratado. Mussolini se quedó solo.

El aislamiento se consumó a partir de la invasión de Abisinia y las sanciones que le fueron impuestas a Italia, y que abocaron a Mussolini a una alianza con Hitler. A partir de entonces, prisionero de una mezcla de temor y fascinación por el dictador alemán, el Duce se vio arrastrado hasta el abismo. En 1938 cayó incluso en la abyección de importar la legislación antisemita del Tercer Reich.

¿Hubiera sido posible otro derrotero, menos dictatorial y más "*dannunziano*"? Mussolini, al contrario de Hitler, nunca tuvo un dominio absoluto sobre el Partido, y dentro del fascismo siempre hubo línea contraria a los nazis y favorable a un entendimiento con Francia y Gran Bretaña. Su principal figura era el Ministro de Aviación Italo Balbo, héroe de guerra y escuadrista de primera hora: el auténtico prototipo del "nuevo hombre" exaltado por el fascismo. Pero un celoso Mussolini le nombró Gobernador de Libia para apartarlo de los centros del poder. Allí falleció en 1940, en un accidente de aviación poco claro. Los últimos restos de la oposición fascista fueron liquidados en 1944 en el proceso de Verona, con el ex Ministro de Exteriores Galeazzo Ciano y otros jerarcas ejecutados a instancias de los alemanes.

¿Un fascismo democrático?

A casi cien años de distancia D´Annunzio y su aventura en Fiume plantean todavía interrogantes. Hay uno especialmente provocador: ¿pudo haber sido posible un *fascismo democrático*?

Una pregunta que sólo tiene el valor que queramos darle a la historia-ficción. Porque la historia es la que es, y no se puede cambiar. Hablar de "fascismo democrático" es hoy un oxímoron, y eso parece irrebatible. No obstante demasiadas veces nos refugiamos en posturas intelectualmente confortables y moralmente irreprochables, y eso dificulta la comprensión de ciertos fenómenos. En este caso, el de la naturaleza del fascismo. La interpretación marxista clásica del fascismo como un instrumento defensivo del Capital se condena a no comprender nada, y deja sin explicar la amplia adhesión que obtuvo un sistema que sólo fue extirpado por la guerra, una guerra en la que los marxistas se aliaron con… el capitalismo. Esta interpretación ha sido superada hace ya tiempo, y hoy tiende a admitirse que, como señala Zeev Sternhell, el fascismo era una manifestación extrema de un fenómeno mucho más comprehensivo y amplio – ése que Giorgio Locchi denominaba *suprahumanismo* –, y como tal es parte integral de la historia de la cultura europea.

D´Annunzio no fue un ideólogo sistemático, pero su empeño prometeico y nietzschiano simboliza ese clima cultural suprahumanista del que brotó el fascismo. Fiume fue un momento mágico y necesariamente fugaz, no se puede ser sublime durante veinte años. Pero Fiume nos recuerda que la historia pudo haber sido diferente, y

que tal vez esa rebelión cultural y política – llamémosla "fascismo" – pudo haber sido compatible con un mayor respeto a las libertades, o al menos evolucionar alejada de las aberraciones ya conocidas… Claro que entonces tal vez eso no sería ya fascismo, sería más bien *otra cosa*…

Si no tenemos en cuenta el fenómeno cultural del suprahumanismo no se puede entender el fascismo. Pero éste no fue su único retoño. Históricamente hubo otros dos. El primero fue un brote intelectual de gran altura, y que sigue hablando al hombre de nuestros días: la llamada "*revolución conservadora*" alemana. Y el segundo fue una planta venenosa: el nazismo. La cuestión que hoy podría plantearse es la de saber si ese *humus* cultural suprehumanista está definitivamente agotado, o si aún podría dar lugar a derivaciones inéditas. Al fin y al cabo – y según la concepción "esférica" del tiempo – la historia siempre está abierta, y cuando la historia *se regenera* lo hace de forma siempre nueva, de forma siempre imprevista.

Anarquismo de derecha

Denunciamos la falta de gusto de la representación parlamentaria. Nos recreamos en la belleza, en la elegancia, la cortesía y el estilo…queremos ser dirigidos por hombres milagrosos y fantásticos

Filippo Tommaso Marinetti

El arte de mandar consiste en no mandar
Gabriele D´Annunzio

Pero el interés de revisitar a D´Annunzio va mucho más allá de la pregunta sobre la naturaleza del fascismo. El poeta-soldado prefigura una forma de hacer política vigente hasta la actualidad: la *política espectáculo*, la fusión de elementos sacros y profanos, la intuición de que en último término *todo es política*. La *Carta del Carnaro* es un documento visionario en cuanto recoge preocupaciones, libertades y derechos hasta entonces relegados fuera del ámbito político, y que durante las décadas siguientes pasarían a ser integrados en el constitucionalismo moderno. De alguna forma D´Annunzio parecía poseer la clave de todo lo que iba a venir después. Todos somos en buena parte sus herederos, para bien y para mal.

Por eso sería un error menospreciar a D´Annunzio como a un esteta *dilettante* metido a revolucionario. O *despolitizarlo* y considerar – como parece apuntar su perspicaz biógrafo Michael A. Leeden – que lo importante de Fiume no es el contenido, sino el estilo, y que ninguna posición ideológica concreta se desprende de Fiume. Pensamos que mucho más acertado está Carlos Caballero Jurado cuando señala que: "Fiume no era un pedazo de tierra. *Fiume era un símbolo, un mito*, algo que quizá no pueda entenderse en nuestros días, en una época tan refractaria al mito y a los ritos. La empresa de Fiume tiene más de rebelión cultural que de anexión política".(33)¿Qué mensajes puede extraer el hombre de hoy en día, no sólo de Fiume, sino de toda la trayectoria de D´Annunzio?

En primer lugar la idea de que la única revolución verdadera es la que persigue una transformación integral del hombre. Esto es, la que se plantea ante todo como una *revolución cultural*. Algo que los revolucionarios de mayo 1968 parecieron entender bien. Pero lo que desconocían es que, en realidad, casi todo lo que proponían ya estaba inventado. *La imaginación ya había llegado al poder*, cincuenta años antes, en la costa del Adriático. La gran sorpresa es que el que así lo decidió – y esta es la segunda gran lección de Fiume – no era un utópico progresista, libertario y mundialista, sino un patriota, un elitista practicante de una ética heroica. Fiume es la demostración de que ideas como la liberación sexual, la ecología, la democracia directa, la igualdad entre hombres y mujeres, la libertad de conciencia y el *espíritu de fiesta* pueden plantearse no sólo desde posiciones igualitaristas, pacifistas, hedonistas y feministas, sino también desde valores aristocráticos y diferencialistas, identitarios y heroicos.

El gesto D´Annunzio implica además algo muy actual: fue el primer grito de rebeldía contra un sistema *americanomorfo* que en aquellos años empezaba a extender sus tentáculos, es el grito de defensa de la belleza y del espíritu frente al reino de la vulgaridad y el imperio del dólar.

El gesto de D´Annunzio fue también la reivindicación, surrealista y heroica, de una regeneración política basada en la liberación de la personalidad humana, y un grito de protesta frente al mundo de burócratas anónimos que se venía encima.(34)

Fiume es además la demostración de que sí es posible trascender la división derecha-izquierda, de que la*transversalidad* es posible. Valores de derecha *más* ideas de izquierda. La primera síntesis genuinamente*posmoderna*. Fiume es el único experimento conocido hasta la fecha de lo que podría ser un *anarquismo de derecha*llevado a sus últimas consecuencias.

Hay una última cuestión, y que tiene que ver con la actividad de D´Annunzio como predicador y exaltador de la guerra. Eso es algo que hoy nos parece indefendible – aunque no lo era tanto en aquellos años en los que la guerra todavía podía vivirse como una aventura épica –. Pero hoy sabemos que detrás de aquella retórica inflamada no había ninguna causa real que justificase tanto sacrificio. Y sin embargo…

Sin embargo es posible que aquellos hombres de retórica inflamada, en el fondo, esto también lo supiesen. Es muy posible que D´Annunzio y otros como él, por destilación de un *nihilismo positivo*, supiesen que a fin de cuentas es mucho mejor el patriotismo a la Nada. Hoy tenemos la Nada, y desde luego tenemos menos muertos. Pero cabe plantearse si gracias a eso, en comparación con aquellos hombres, estamos también más vivos.

La era de los años incendiarios quedó sumergida en el tiempo. Pasó la época en la que los sargentos y los poetas hacían revoluciones. Y como suele decirse, a los cuerpos los devoró el tiempo, a los sueños los devoró la historia, y a la historia la engulló el olvido. También dicen que los viejos guerreros nunca mueren, que sólo se desvanecen físicamente. Después de la catástrofe nos queda el recuerdo de la grandeza, y el de los hombres que la soñaron.

*Video musical con la letra del poema de D´Annunzio: "la Canzone del Carnaro" ("*Los treinta de Buccari*")*

1 Marcello Veneziani, *Anni Incendiari*, Valecchi 2009, pag 7.

2 Giorgio Locchi, *Definciones. Los textos que revolucionaron la cultura inconformista europea.*

Ediciones Nueva República 2011, pags 280-281.

3 El futurismo estuvo presente en Rusia (Maiakovski), en Portugal (Pessoa), en Bélgica, en Argentina o en el mundo anglosajón con la fundación del Londres del movimiento *vorticista* por Ezra Pound y Wyndham Lewis.

4 Marcello Veneziani, *Anni Incendiari*, Valecchi 2009, pags 15 y 16.

5 Lucy Hughes-Hallett, *Gabrielle D´Annunzio. Poet, seducer and preacher of war.* Fourth State, edición Kindle, 2013.

6 En el bombardeo incluyó proyectiles huecos de goma que contenían mensajes líricos. Posteriormente celebró este hecho – conocido como *La beffa di Buccari* (La broma de Buccari) – en una famosa balada: *La Canzone del Carnaro*("Los treinta de Buccari"): "*Somos treinta hombres a bordo/treinta y uno con la Muerte…*".

7 Lucy Hughes-Hallett*, Obra citada.*

8 Ernst Jünger: *Tres fragmentos de "La guerra, nuestra madre"*, en Revista de Occidente nº 46, marzo 1985, pag 158.

9 Lucy Hughes-Hallett*, Obra citada.*

10 Giorgio Locchi: *Definiciones*, Ediciones Nueva República 2010. Pag 59.

11 Alain de Benoist: *Lés idées à l´endroit.* Avatar Éditions 2011. pags 54-55.

12 Lucy Hughes-Hallett: *Obra citada.*

13 Álvaro Lozano: *Mussolini y el fascismo italiano.* Marcial Pons Historia 2012, pag. 108.

14 Zeev Sternhell: *El nacimiento de la ideología fascista.* Siglo veintiuno editores 1994, pag 1. Nos ceñimos aquí a un análisis estricto del fascismo italiano, lo que excluye al nazismo. Señala el historiador israelí: "en modo alguno cabe identificar el fascismo con el nazismo (…) ambas ideologías difieren en una cuestión fundamental: el determinismo

biológico, el racismo en su sentido más extremo…la guerra a los judíos (…) El racismo no es una de las condiciones necesarias para la existencia de un fascismo. Una teoría general que quiera englobar fascismo y nazismo chocaría siempre con ese aspecto del problema. De hecho, una teoría así no es posible". (*Obra citada*, pags. 4-5).

15 En este sentido, los análisis teóricos de: Georges Sorel, R. Michels y Eduard Berth (Zeev Sternhell, *Obra citada*, pag. 182).

16 Zeev Sternhel: *Obra citada*, pag. 386.

17 Giorgio Locchi distinguía las fases *mítica*, *ideológica* y *sintética* como fases arquetípicas de las tendencias históricas. Así, en el caso del pensamiento igualitario su fase "mítica" se correspondería con la ecumene cristiana, la fase "ideológica" con la disgregación ocasionada por la reforma protestante y la aparición de diversas filosofías y partidos, y la fase "sintética" a las doctrinas de pretensiones científicas y universales (marxismo, ideología de los "derechos humanos").

18 Lucy Hughes-Hallett, *Obra citada*

19 Lucy Hughes-Hallett, *Obra citada.*

20 Fiume es la actual *Rijeka,* en Croacia.

21 La "Carta del Carnaro" fue adoptada como Constitución de la "Regencia Italiana del Carnaro", nuevo Estado independiente llamado así por el Golfo del Carnaro, lugar donde se encuentra Fiume. Su redactor principal fue el líder sindicalista-revolucionario Alceste de Ambris.

22 Michael A. Ledeen: *D Annunzio, The first Duce.* Transaction Publishers 2009, pags XIV y XV.

23 Lucy Hughes-Hallett, *Obra citada*

24 *¡Eia Eia, Alalá!* era, según la leyenda, el grito con el que Aquiles llamaba a sus caballos. D´Annunzio lo acuñó durante la guerra como sustituto grecorromano al *¡hip hip, hurra!* anglosajón.

25 Carlos Caballero Jurado: *El Comandante y la décima musa. La fascinante historia de D´Annunzio en Fiume.*

26 El Ministerio de Asuntos Exteriores de Fiume estaba dirigido también por dos poetas: León Kochnitzky y Henry Furst.

27 Lucy Hughes-Hallett: *Obra citada*

28 En los años previos a la guerra la cocaína, cuyos auténticos efectos no eran todavía bien conocidos, era considerada como un suplemento para la resistencia y el coraje. Personajes como Shackleton o Scott la llevaron en sus expediciones, y tampoco era infrecuente entre los pilotos de guerra. (Lucy Hughes-Hallett: *Obra citada*).

29 Años después Mussolini adoptó este lema como expresión del "estilo de vida" fascista.

30 Lucy Hughes-Hallett: *Obra citada.*

31 Muy significativamente el líder nacionalsindicalista y principal redactor de la Carta del Carnaro, Alceste de Ambris, pasó a la oposición radical contra el fascismo. Privado de la nacionalidad italiana, murió en el exilio en Francia en 1934.

32 Es curiosa a este respecto la excelente serie de televisión de la RAI "*El joven Mussolini*" (Gian Luigi Calderone, 1993), en la que el futuro Duce (interpretado por Antonio Banderas) aparece retratado, más que como un futuro dictador sanguinario, como un simpático tarambana.

33 Carlos Caballero Jurado: *El Comandante y la décima musa. La fascinante historia de D´Annunzio en Fiume.*

34 Una Historia de Europa: "de D´Annunzio a Van Rompuy"… (a *¿quién?*).



Gabriele D´Annunzio

Una revisión del Fascismo: la corriente Evoliana o Tradicionalista

Ernesto Milá

A mediados de los años 50 un grupo de jóvenes, apenas unas decenas, deciden separarse del Movimiento Social Italiano, achacándole una política de inserción en las estructuras democráticas, abandono de toda línea revolucionaria y ausencia de esquemas estratégicos elaborados a largoplazo. Entre ellos están los que años más tarde constituirán la fracción más radical del neo-fascismo italiano: Clemente Graziani y Pino Rauti, Stefano della Chiae, Serafino di Luia, etc.

Inicialmente el movimiento adoptó el nombre de Centro de Estudios «Ordine Nuovo» editando unarevista del mismo título. Más adelante hablaremos de la historia y vicisitudes de esta organización,de sus relaciones internacionales y de sus acciones más espectaculares, ahora, en este capítulo tienen importancia para nosotros desde el momento en que su escisión no fue únicamente motivada por discrepancias estratégicas y operativas, sino, en buena parte, por diferentes concepciones ideológicas: de una parte el neo-fascismo atenuado y parlamentario del M.S.I. y de otra el neo-fascismo más radical, preconizado por el filósofo Julius Evola, que constituyó el basamento ideológico de «Ordine Nuovo» primero, de «Avanguardia Nazionale» luego, y de los sectores más dinámicos del M.S.I., para extender más tarde su influencia a la mayoría de naciones occidentales que, bien disponen de partidos y ligas inspiradas por Evola o bien gestan el fenómeno bajo la forma de «Centros de Estudios Evolianos».

1. Julius Evola: filósofo de la tradición

¿Quién es Julius Evola? El filósofo de la Tradición Occidental como gustan llamarle sus partidarios, sin duda alguna, y ésta es su sorprendente historia: Nacido en Roma el mismo año que España perdía sus últimas colonias en América, muere el 11 de junio de 1974; un mes después un grupo de jóvenes admiradores, siguiendo sus instrucciones testamentarias, escalan el monte Rosa, situado en el norte de Italia y depositan sus cenizas en un hoyo profundo practicado en un glaciar. Su residencia de Corso Vittorio Emmanueleen Roma se ha convertido en un lugar de peregrinación para los jóvenes neo-fascistas italianos de los que fue su «maestro iniciático».

Evola participó en los movimientos vanguardistas de principios de siglo, no fue ajeno al dadaísmo, se dedicó durante un tiempo al estudio del arte abstracto. Posteriormente abandonó estos arrebatos juveniles interesándose por el estudio de tres filósofos extremadamente populares en el primer cuarto de siglo: Nietzsche, Otto Weininger y Michelstaedter. De esta época, fijada entre 1923-1927, datan sus primeros escritos: «Ensayo sobre el idealismo mágico», «El hombrecomo potencia», «Teoría del individuo absoluto», etc. Participa con el esoterista francés Rene Guenon en la constitución y desarrollo del «Grupo de Ur» cuya revista dirige. En este período ya ha orientado lo que luego le ocuparía completamente: el estudio de las antiguas tradiciones y culturas intentando rescatar aquello que hoy pudiera ser salvado a fin de que sirviera como punto de referencia a una eventual «revuelta contra el mundo moderno».Cuando el fascismo sube al poder en Italia, Evola se encuentra absorto en estas investigaciones; jamás se adherirá al partido fascista y mucho menos ostentará cargos oficiales enel aparato del régimen mussoliniano. Por el contrario, su obra será vivamente contrastada e inclusocriticada por el Régimen. Su revista «La Torre» prohibida y clausurada. Su libro «Imperialismo pagano» atacado oficialmente a fin de evitar roces con el Vaticano con quien el gobierno fascista estaba a punto de firmar los pactos de Letrán.

Evola consideraba al fascismo demasiado volcado hacia el culto a las masas, para él algunas motivaciones del fascismo eran puramente una prolongación de los males

liberales y socialistas. No veía en el régimen fascista una promesa de futuro sino más bien una situación temporalista imposible de prolongar en el tiempo. Por último,cuando Giovani Gentile se convirtió en el filósofo oficial del régimen, advirtió el peligro de realizar constantes referencias a Hegel y a un culto naturalista a la Patria. No obstante en algunas esferas encontró colaboración, incluso Mussolini, a quien conoció personalmente, profesaba por él una viva simpatía considerándolo un crítico leal al régimen.

Las tesis de «Imperialismo pagano» y posteriormente en otras obras en las que hacía explícita referencia al fenómeno fascista («El mito de la sangre», «Síntesis de la doctrina de la raza»,trabajo muy apreciado por Mussolini, e «Instrucciones para una educación racial») se concretan en lo siguiente: el fascismo al ser un movimiento antidemocrático, luego antiliberal y antimarxista,corre el riesgo de no lograr una proyección temporal y limitarse a un mero fenómeno de reacción pasional; esta circunstancia sólo logrará ser superada si el fascismo consigue unir sus actitudes políticas y meramente contingentes a una superior visión del mundo y de la Historia, o por emplear el término tan caro a Spengler, a una «Weltanschauung» la cual no se trata de crear sino, más bien, de rescatar inspeccionando las antiguas religiones seculares de los pueblos arios, sustradiciones y sus interpretaciones sociales. Sólo de esta forma, para Evola, se conseguirá proporcionar al fascismo una doctrina meta-política coherente y se evitará que, por degeneración, cansancio o subversión, el régimen fascista se erosione, desgaste y diluya.

Todavía más: cuando el régimen fascista llegó al poder Evola vio en él y en sus referencias constantes a la tradición del Imperio Romano, a la mística de los legionarios, al culto a la antigüedad clásica, un punto de referencia que, si bien inconsciente y bastante retórico, podía servir como vehículo para una restauración de los valores tradicionales. No se trataba, en definitiva, de realizar una trayectoria seguidista con respecto al fascismo, sino de superarlo. Su principal obra data de 1934. «Revuelta contra el mundo moderno» ha sido definida como el centro de una rueda de la que parten los radios que son el resto de sus obras. Traducido a varios idiomas, tuvo inicialmente más éxito en la Alemania nazi que en Italia, en la actualidad es lectura obligada para todo neo-fascista que se precie. El libro, según el mismo Evola, es «un estudio de morfología de la civilización y de filosofía de la historia. La palabra "revuelta" es sobre todo una consecuencia del libro más que de su contenido propiamente dicho».

2. El «pesimismo heroico» o la revuelta de Prometeo

La tesis central del libro es el dualismo de las civilizaciones: unas de orden descendente, antitradicionales, sustentadas en principios materiales y contingentes y otras ascendentes basadas en valores eternos, de orden. Lo podemos comparar en importancia al «Anti-Dhüring» o al «Origen de la familia, la propiedad y el estado» marxistas. La conclusión es que nos encontramos al final de un ciclo y al principio de otro, haciendo falta forjar elementos humanos capaces de estar a la altura de los valores eternos de orden y autoridad de los que serán transmisores a las generaciones venideras, unos valores que no sólo deben ser teóricos sino que deben encontrarse en esencia y existencia en el seno de los hombres que los defienden. De ahí la importancia de Evola para las franjas más radicales del neo-fascismo, su doctrina no tiene valor fuera de la persona que la defiende, no pretende triunfar políticamente porque parte de la base de que este ciclo histórico está condenado y un apocalipsis espera ineluctablemente al final del trayecto; la larga marcha que el militante de extrema-derecha, o mejor, que el combatiente «tradicional», debe seguir a lo largo de su existencia no es más que la búsqueda de ese perfeccionamiento que puede realizarse por el combate político de la misma forma que en la Edad Media el caballero del Grial mediante el enfrentamiento con peligros y riesgos en la búsqueda del cáliz de la sangre de Jesucristo quedaba transformado, perfeccionado y superada su condición humana, importándole objetivamente más esa transformación interior que el mismo hallazgo del Grial. Podríamos

definir todo el contexto evoliano como un «pesimismo heroico», la revuelta de Prometeo contra los dioses en su negativa a aceptar el destino marcado por éstos.

Evola coincide en la mayor parte de sus teorías con la tendencia imperante en los más altos y secretos escalones de las «S.S.». Noble de origen, el barón Julius Evola fue muy bien recibido en el «Herrenclub» (Club de los Señores) de Prusia, estudió detenidamente las doctrinas de Enrst Jünger sobre la «revolución-conservadora» (es decir sobre la restauración por vía de la revolución de los valores «eternos» y que una vez instaurados merecen ser conservados), publicó varias traducciones de sus obras al alemán y en aquellas latitudes su obra tuvo más repercusión incluso que en la misma Italia. Conoció las corrientes iniciáticas y subterráneas que trabajaban en el seno del Partido Obrero Alemán Nacional Socialista y muy especialmente en sus formaciones de élite, las S.S. Fue precisamente en Viena, al final de la guerra, cuando se encontraba trabajando con altos oficiales del «Cuerpo Negro» sobre los archivos de la masonería requisados por los alemanes en toda Europa, cuando le sorprendió un bombardeo. Evola, despreciaba bajar a los refugios, juzgaba que había que mantenerse firme ante la adversidad, en aquella ocasión, las bombas aliadas destruyeron el edificio en que se encontraba, quedando gravemente herido. Una parálisis de piernas producida por una lesión en la columna vertebral le marcaría hasta su muerte

3 La obra de Julius Evola

Detenido por los aliados, considerado «hombre peligroso», colaboró con los Fascios de Acción Revolucionaria, primeros núcleos clandestinos que se organizaron tras la derrota germano-italiana de 1945. En 1949 fue juzgado como inspirador ideológico de los F.A.R. y un año más tarde, cuando comprobó que los jóvenes neofascistas vivían un formidable vacío ideológico, decidió escribir un pequeño volumen, de 20 páginas, titulado «Orientaciones» que puede ser considerado como el manifiesto ideológico del evolianismo. Las 11 tesis mantenidas en «Orientaciones» fueron desarrolladas en el libro que más importancia tiene para los neo-fascistas: «Los hombres y las ruinas». Más tarde separó sus concepciones de las puramente nazi-fascistas en «El fascismo, notas sobre el Tercer Reich». Extarordinariamente pródigo en sus últimos años, publicó en 1958 «Metafísica del Sexo», actualmente traducido a varios idiomas y que intenta interpretar el fenómeno de las relaciones sexuales a través de la historia. En 1961 aparecerá «Cabalgar al tigre», texto en el que pondrá al trasluz todas las corrientes modernas en el arte, la música, la literatura, las ciencias, la filosofía,etc. A éste seguirá el «Arco y la clave» y por último una autobiografía titulada «El camino del cinabrio».

Ciencias herméticas, magia, ocultismo, sexología, literatura de vanguardia, ecología, historia de las religiones, estrategia política, interpretaciones de la historia, todo esto está contenido en las aproximadamente 50 obras que escribió Evola a lo largo de su vida. En sus últimos años vivió momentos de notoriedad, especialmente al fraguarse el fenómeno de la contestación juvenil. Apareció, bien es cierto, la nueva izquierda, agresiva y contestataria y el neo-fascismo se vio rebasado, tuvo que recomponerse y esto no lo logró —al menos en Italia— sino hasta que aceptó íntegramente las tesis de Evola. En 1968 en las universidades italianas aparecían pintadas en las que se podía leer: «Evola, Sorel, Drieu la Rochelle», tales eran las referencias ideológicas del neo-fascismo más cultivado; en una famosa asamblea universitaria fueron contrastados los pensamientos de Mao y los de Evola, llegándose a la conclusión de que ambos proponían una lucha integral contra el Sistema. En los últimos años su cotización subió en todo occidente. El neo-fascismo empezó a abandonar las tesis que hasta entonces habían sido centrales a nivel europeo, las contenidas en las resoluciones del Nuovo Orden Europeo. Hoy esta tendencia sigue acentuándose y se extiende como una mancha de aceite salpicando incluso a la América Latina.

4. El nudo del pensamiento evoliano

¿En qué consiste el pensamiento de Evola? ¿Cuáles son sus divergencias con

respecto al fascismo histórico? Habría que empezar definiendo qué es lo que se entiende por «Tradición». El concepto que en España se tiene de Tradición viene marcado sistemáticamente por las referencias al tradicionalismo carlista, es decir, una doctrina basada en fuentes históricas, noticias, costumbresde la España de siglos pasados.

Cuando los neofascistas hablan de «Tradición» se refieren a un concepto más amplio y no circunscrito a una sola nación.«Tradición» representa —para ellos— una entidad más metafísica que histórica, concebida en términos distintos a los que hoy asume el hombre moderno, es una concepción del mundo que se hace un determinado conjunto humano y en función de la cual se ordenan todos los actividades y organización social. La «tradición» en este sentido se reconoce en distintas épocas históricas, la Grecia y Roma clásicas, la Edad Media gibelina, en comunidades y pueblos prehistóricos, y en todo el mundo indo-europeo. Épocas todas en las que la vida y actividades de los hombres estaban volcadas hacia «lo alto», el poder político, por ejemplo, emanaba de la divinidad para ser utilizado para integrarse en ella, por medio de la jerarquía, del orden y de la autoridad. Estas concepciones, a medida que nos remontamos a las épocas más antiguas, están mejor plasmadas en los principios éticos y sociales de las culturas respectivas, a medida que nos acercamos a nuestros días, estos principios van degenerando siendo sustituidos por otros de carácter progresivamente más materialista, más volcado hacia «lo bajo», hacia el goce de los principios materiales, la utilización de los recursos de la tierra para el beneficio, el lucro y la usura, etc. Esta tendencia ha tendido a aumentar especialmente a partir del renacimiento, cuando culminó la formación de los primeros estados nacionales que rompieron la unidad definitivamente de Occidente.

La ruptura entre estas dos concepciones y el anuncio del triunfo de las fuerzas disolventes tiende a fijarse en 1789 cuando la monarquía decadente de la Francia revolucionaria es descabezada en las guillotinas a la mayor gloria de la libertad, igualdad y fraternidad. Posteriormente, la revolución rusa significó un estadio mayor de decadencia que todavía tiende a sus últimas consecuencias: el reinado sobre el planeta de un gobierno mundial, materialista,masificador y despersonalizador cual es el comunismo. Como se puede advertir estamos ante un «progresismo a la inversa», un progresismo puesto frente a un espejo. En efecto, mientras éste nos habla de que estamos en marcha constantemente ascendente, los partidarios de Evola afirman justamente lo contrario, sí, es posible que en lo referente a los bienes de consumo estemos gozando un período de plenitud y desarrollo, pero estos bienes no son más que accesorios, la única realidad es que a medida que pasa el tiempo desaparecen las referencias existenciales y el mundo degenera hacia el materialismo.

La historia es interpretada de una forma cíclica en la que se encuadra este proceso de regresión: en todas las tradiciones cuatro eran las castas en las que estaban divididos los pueblos, la de los sacerdotes, la nobleza guerrera, los comerciantes y los esclavos. Pues bien, Evola advierte en la historia lo que él llama «proceso de regresión de las castas»: inicialmente la casta de los sacerdotes constituía un poder demiúrgico, representantes de la divinidad, ejercían por esto precisamente un poder terrenal que basaban en su supremacía espiritual. Poder divino y humano estaban íntimamente unidos. Como era de prever, se produce una lenta degradación de esta casta que va cediendo puntos hasta que por fin, Jesús de Nazaret le da definitivamente la puntilla cuando, ante escribas y fariseos, afirma: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», de esta forma, la autoridad temporal queda privada de su base espiritual. «A quién obedecer entonces? A la casta inmediatamente inferior: la aristocracia guerrera.

En esta regresión,el poder pasa de los sacerdotes a los guerreros, a aquéllos que sin ser los mejores, los más morales, los más justos, son, eso sí, los que detentan el poder con las armas, asesorados por monjes, puestas sus espadas al servicio de ideales nobles, se

gesta el fenómeno de la caballería medieval y, como intentando volver a la primera casta, los caballeros templarios se constituyen en «mitad monjes, mitad soldados», frase enunciada por José Antonio y verdadero norte existencial de los jóvenes neo-fascistas.

Pero, no podía ser de otra forma, también esta aristocracia guerrera decae paulatinamente, siendo sustituida por la casta definitivamente inferior: la burguesía comerciante exaltada al poder en 1789, cuando ésta se vea también, degradada, será la última, la casta de los esclavos, es decir de aquellos que no poseen otra cosa más que su trabajo, quien tomará el reemplazo. El asalto de los guardias rojos a la fortaleza del Zar en 1917 marca elprincipio de esta etapa hoy en fase de conclusión.

Ahora bien, culminada la última fase del «Kali-yuga» según la mitología indoaria, de la «Edad de Hierro» anunciada por Platón, de la «Edad del Lobo» de las sagas nórdicas, aquella fase en la que la caída de la cultura es ineluctable, se producirá un nuevo despertar, una aurora de esplendor en la que «caerán las vendas de los ojos de los hombres» y «los que han estado velando en la noche oscura se encontrarán con los que han nacido en el nuevo amanecer», poéticas expresiones que señalan y justifican los móviles y la existencia de los jóvenes neo-fascistas.

Su misión hoy no es otra, empleando palabras de Evola, que la de «mantenerse en pie en medio de un mundo en ruinas», pero esa presencia necesita lucha, acción, activismo, no rendirse al fatalismo de los tiempos, ni al fin lógico del «Kali-Yuga», sino combatir armado de los valores existenciales y eternos de la Tradición, aquellos que merecen no solamente ser conservados, sino que además alumbrarán futuras épocas. Pero hay algo más: esa lucha, independientemente de los resultados, será la que logrará la transformación interior de los militantes y eso es, en definitiva, lo que cuenta.

Los caballeros del Grial golpean de nuevo...Como se puede advertir a primera vista esta concepción difiere esencialmente de la doctrina oficial del fascismo. No hay que olvidar que el fascismo mantuvo una posición «social» que, hasta muy avanzada su acción, no completó con una doctrina filosófica relativamente poco estructurada. Al principio de su andadura el fascismo no fue más que una especie de socialismo radical patriótico. Basta leer los primeros manifiestos de los Fascios de Mussolini. En cuanto al nacionalsocialismo alemán apenas pasó de ser un pangermanismo social hasta bien iniciada la guerra mundial cuando se gestó en su interior el fenómeno de las S.S. europeas.

5. Fascismo y evolianismo

No es ésta la única diferencia entre fascismo histórico y neofascismo tradicionalista, hasta ahora lo examinado afecta únicamente al origen de una y otra corriente. Por supuesto que existen más diferencias ideológicas y pragmáticas que completan la visión de Evola y de sus partidarios,de «Ordine Nuovo», «Avanguardia Nazionale», y demás múltiples círculos (en España, por ejemplo, el grupo constituido en torno a la revista «Graal», nombre significativo, representa a esta tendencia) que pueden ser considerados como «revisionistas» del fenómeno fascista que toman como punto de partida, superándolo. El fascismo habló de Estado Totalitario y los neo-fascistas nos exponen la noción de Estado Orgánico. La diferencia entre una y otra concepción se centra en que el Estado Totalitario en su aplicación práctica cae en una mecánica centralización, en la burocracia de los funcionarios del partido y en la masificación y uniformización, mientras que el Estado orgánico debe consistir en una federación de distintas comunidades autónomas (municipales, obreras, estudiantiles,gremiales, etc.) articuladas por un poder superior, el Estado, que las vertebra y orienta en cuanto es unidad integradora. A este respecto Evola escribía en «Los hombres y las ruinas»:

«El totalitarismo no representa más que la imagen contrahecha del Estado Orgánico. Es un sistema en el cual la unidad está impuesta desde el exterior, no en base a la fuerza intrínseca de una idea común y de una natural y reconocida autoridad, sino por la vía de la intervención directa,y de control que se transforma en un poder político que se afirma como la única y extrema razón del sistema».

Cuando los fascistas históricos hablan del Duce, de la figura del Führer, los «revisionistas» del fascismo, los partidarios de Evola, responden con dos palabras únicas: «élite revolucionaria», una nueva distinción entre ambas corrientes. La figura del Duce, del líder es connatural al fascismo, sería impensable sin ella, sin embargo, también es cierto que un fascismo o un nazismo sin los Mussolini o Hitler sería no menos inconcebible. Pero para que un régimen pueda perpetuarse en el tiempo es imprescindible que la vida del partido, de la organización supere a la vida media de sus dirigentes. El mecanismo de reemplazo no existe en los regímenes fascistas, en teoría se habla, eso sí, de minorías rectoras, de clase política dirigente, etc., en la práctica todo depende del líder, desaparecido éste, desaparece el régimen. «Ordine Nuovo» y Evola nos hablan de la élitere volucionaria, de aristocracia política frente a culto a la personalidad, a la mitificación del jefe.

Esta «élite revolucionaria» se forjará en la lucha, en la larga marcha hacia el orden nuevo, no será preciso personalizar el poder en una sola figura sino depositarlo en manos de esta minoría en constante renovación y cuyos hombres tengan las características que ya hemos definido anteriormente. Por último en el problema racial aparece nuevamente la diferenciación entre la ortodoxia y el evolianismo. Evola y sus partidarios distinguen entre racismo zoológico y racismo espiritual. El racismo tal y como se expresó en los regímenes fascistas no era otra cosa más que la idea de una raza pura, en sentido biológico y zoológico, que asentada en un determinado territorio formaba una Nación. La identidad de esa Nación y su continuidad histórica venían en función de que pudiera evitar todo mestizaje.

Esto carece de valor para la corriente tradicionalista, en primer lugar, según declaró Clemente Graziani, al ser interrogado por el malogrado juez Occorsio en su proceso, «por el simple hecho de que las razas puras no existen»

La importancia del factor racial es más bien soreliana, es decir, se utiliza el «mito de la sangre» como mito antidemocrático «capaz de suscitar fuerzas que se opongan al proceso de nivelación en curso en el mundo moderno» tal como explicó Clemente Graziani, y «se trata de un mito antidemocrático que redescubre los valores del orden y de la diferencia» según escribió Evola. La antigua raza indo-europea, la raza aria, mantenía una serie de características psicológicas y costumbres propias que son estudiadas y asumidas a modo de factores que puedan posibilitar una revuelta antidemocrática. La democracia al ser igualitaria es profundamente niveladora, la raza, por el contrario, es un concepto aristocrático.

Escribe Evola: *«Hasta ayer, la "raza" era un concepto aristocrático: ser de "raza" y ser noble, perteneciente a una élite dada, cerrada y hereditaria, eran casi sinónimos y la "sangre" era el único privilegio. La nueva concepción racista, según la cual la raza tiende a hacerse sinónimo de "pueblo", de "nación" mediante esta generalización, amenazacon destruir a este último resto, no de una u otra supervivencia histórica, sino del principio, convertido y concebido "una raza única", desaparece toda diferencia e incluso la antigua noción aristocrática de la sangre se transforma en un instrumento de nivelación»*

En cuanto al problema judío, los partidos y organizaciones inspirados en los principios de la Tradición definidos por Evola, la diferenciación con respecto a la actitud que antaño hizo gala el fascismo es notoria. Se coincide, sin embargo, con Hitler cuando afirma que «El antípoda del ario es el judío», pero no se retiene aquí un concepto biológico o racial, sino psicológico. Así, por ejemplo, los nuevos nazis, ven en el burgués la personificación del prototipo judío, antes incluso que en el judío propiamente dicho.

Evola, por su parte, advierte estas características (no en vano había colaborado en «La Torre» con varios kabbalistas y esoteristas hebreos) en el seno de la civilización americana identificando hebraísmo y americanismo. Y en «Revuelta contra el mundo moderno» analiza el papel disgregador, a su juicio, que el elemento hebreo ha jugado a lo largo de la Historia convirtiéndose en un factor de decadencia.

Los grupos y organizaciones de esta corriente no admiten fácilmente el

antisemitismo clásico,no juzgan que tenga importancia discutir sobre la falsedad o autenticidad de los famosos «Protoco los de los Sabios de Sión», una de cuyas ediciones, antes de la guerra, fue traducida y prologada por el mismo barón Julius Evola. No ponen demasiado énfasis como hacían los nazis históricos en el concepto de «conspiración judía», les basta tener constancia de que existen ciertas fuerzas ocultas que mueven la historia y que no son más que la representación contingente y «operativa»del principio negativo que localizan antes a nivel metafísico.

6. El evolianismo triunfa

Como ya hemos dicho la importancia de esta corriente ideológica está en crecimiento constante, prosiguiendo la curva ascendiente que empezó a finales de los años 60 en Italia. Editoriales como «Edizioni Europa», «Edizioni di AR», revistas como «Arthos», «Raido»,«Templum», «Orientamenti Tradizionali», «Euro-pae Imperium», «Quaderni del Veltro», «Vie dellaTradizione», «Europa Civilta», «II Conciliatore», «La Legione», grupos como «Rivoluzione Tradizionale», «Azione Tradizionale», los Centros de Estudios «Ordine Nuovo», amplias franjas del M.S.L, los grupos extraparlamentarios en su totalidad están impregnados del pensamiento tradicionalista de Julius Evola.

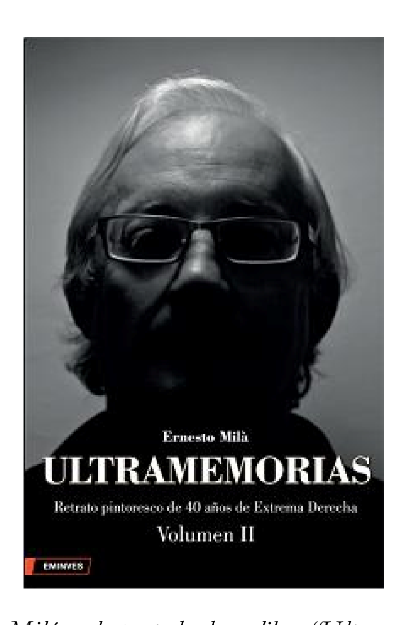
En Méjico la revista «Año Cero», dirigida por Luis Ontiveros,ampliamente difundida en los ambientes nacionalistas mejicanos representa no sólo la primera tentativa seria de extender el pensamiento evoliano a América Latina, sino la primera organización neo-fascista mejicana que no hace una explícita referencia al catolicismo integrista.

El Círculo de Amigos de «Ruta Solar» y la revista «Graal» son en España la iniciativa tradicionalista mejor cimentada. «Graal», publicación dirigida por Jesús Palacios de Madrid e integrada por antiguos miembros de C.E.D.A.D.E. disidentes de la línea de seguidismo con respecto al Nuevo Orden Europeo de esta organización, iniciaron a principios de 1977 su trabajo de divulgación; en la actualidad han traducido y editado el folleto titulado «Orientaciones», básico para comprender el pensamiento evoliano.

Los «Cuadernos de Arya» editados en Canadá, y en el mismo país el grupo «Odinist Movement», el primero formado por italianos residentes en Canadá ha publicado hasta la fecha folletos de títulos tan significativos como «Tradiciones de los indo-arios» y «La cruz mística» (la cruz gamada); el Movimiento Odinista hace especial referencia a las tradiciones nórdicas, manteniendo una postura más próxima a Nietzsche que a Evola, pero sin embargo por la particular forma de tratar el problema racial y ético entra también en esta corriente.

En Francia, León Colas anima un Centro de Estudios Evolianos que mensualmente publica una revista y monografías esporádicas.

La lista está inacabada pero tiende rápidamente a aumentar. La ventaja del enfoque evoliano es doble: por una parte se distancia del fascismo histórico compartiendo sus aciertos pero no sus errores, por otra parte ofrece un enfoque ideológico totalmente nuevo y original, habla sobre unos temas muy en boga entre la juventud actual(sexualidad, ciencias tradicionales, esoterismo, contracultura, etc.) que hacen factible la recuperación para el fascismo de parte de la juventud inconformista e inadaptada.En esto, como veremos a continuación, compite con la extrema-izquierda.



Ernesto Milá en la portada de su libro "Ultramemorias"

Sobre la interpretación del Fascismo por Ernst Nolte

François Furet

El texto a comentar forma parte de un libro titulado *Fascismo y comunismo*, libro que, como bien indica su nombre, trata de las dos grandes ideologías del siglo XX, aunque a la vez está tomado de un libro de François Furet titulado *Le Passé d'une illusion*. Sobre este tema hay cantidad de textos, libros, películas... ya que han marcado la época de explosión mediática que comenzó a dar sus primeros pasos con la imprenta en el siglo XVIII y se afianzó a finales del XIX con la invención del cine. Estos dos temas se han tratado desde diferentes puntos de vista, en relación, por separado, por situación geográfica... En el caso del texto a analizar, se establece una especie de triángulo entre fascismo, comunismo y la guerra de 1914 (La Gran Guerra), en el que los tres conceptos permanecen relacionados entre sí.

El tema principal del texto de Furet es la creación del comunismo y el fascismo, aunque profundizando todavía más en el tema podríamos encontrar un subtema que sería la continua discusión de los historiadores sobre el tema mencionado. En cuanto a la tesis, debido a que se expone la opinión sobre el tema de dos autores, François Furet que es quien escribe el texto, y Ernst Nolte, se puede hablar de dos tesis, la primera formulada por Furet en la que se plantea el fascismo como consecuencia del comunismo, así Furet dice: "el fascismo mussoliano de 1919 puede concebirse como una `reacción' a la amenaza de un bolchevismo a la italiana, surgido también él de la guerra, y construido más o menos siguiendo el ejemplo ruso". A la vez se plantea la guerra del 14 como el origen de ambas ideologías y, por tanto, madre de los grandes acontecimientos del siglo XX. En cambio, lo que se entiende, en un principio, de la tesis de Nolte es que fascismo y comunismo son dos grandes movimientos paralelos fruto del sistema liberal; del texto se extrae este fragmento "El sistema liberal, en lo que ofrece de contradictorio y de indefinidamente abierto hacia el futuro, constituyó la matriz de las dos grandes ideologías, comunista y fascista". Pero en lecturas posteriores como *Historia del siglo XX* de Eric Hobsbawn nos muestran una teoría de Nolte diferente, más parecida a la tesis de Furet y en la que se afirma que las barbaridades fascistas están inspiradas en las barbaridades cometidas previamente por la revolución rusa.

A la hora de dividir el texto, se puede hablar de tres partes bastante bien definidas entre los cinco párrafos. La primera parte, que engloba los dos primeros párrafos, es una larga introducción del tema, en el párrafo dos Furet dice "Ya no se trata de examinarlas a la luz de un concepto, en el momento en que alcanzaron respectivamente el punto más alto de su curva, sino más bien de seguir su formación y sus éxitos, con objeto de captar lo que cada una tiene a la vez de específica y de común con las demás"; y de la tesis de Furet. La segunda parte, la tesis de Furet, es todo el tercer párrafo, aunque podría decirse que queda introducido ya de forma muy específica al final del segundo párrafo y de este hecho que el párrafo tres empiece con "Este enfoque". Tal y como ocurren en la introducción, la segunda parte, da pie a la tercera, así se empieza a hablar de Nolte que es el "protagonista" del cuarto y el quinto párrafo, es decir, de la tercera parte. Esta última parte equivale a la tesis de Nolte, de la que casi podría decirse que es la antítesis de la tesis de Furet.

Una vez introducidos los principales puntos del análisis del texto, parece necesario una breve explicación de cada una de las ideologías.

El comunismo es una doctrina política, económica y social basada en la abolición de la propiedad privada y en el establecimiento de la posesión y administración de bienes y fuentes de riqueza por la sociedad. El filósofo alemán Karl Marx, cuya formación provenía de la izquierda hegeliana, desarrolló la idea del materialismo dialéctico o marxismo, que sirvió de base para la concepción de la sociedad

comunista. Según Marx y Engels, el comunismo sería la fase superior de la sociedad socialista establecida a partir de la revolución de los proletarios; la clase obrera tomaría el poder y se suprimiría la propiedad privada de los bienes de producción. Lenin llevó a la práctica en la revolución de octubre de 1917, tras la situación insostenible en la que se encontraba Rusia, las ideas de Marx y Engels, así se creó la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas).

El fascismo es un movimiento político y social, principalmente de juventudes organizadas bajo el signo de las antiguas "fasces", basado en la dictadura del partido único, la exaltación y el corporativismo, creado en Italia por Mussolini, socialista renegado, en 1919, como reacción frente a la crisis que afectó al país después de la Primera Guerra Mundial. Por extensión, se denomina fascismo a cualquier régimen político en el que impere una dictadura reaccionaria.

El nazismo es la adaptación del fascismo italiano en Alemania, aunque con algunas diferencias ya que este movimiento es antisemita y xenófobo en general, característica que, en un principio, no se observó en el fascismo.

Los tres movimientos totalitarios se tuvieron lugar en la primera mitad del siglo XX. El Comunismo, como ideología, ya se había gestado a lo largo del siglo anterior, desde los primeros socialistas utópicos hasta la 1ª Internacional de Marx. En 1917 se produjo la llamada "Revolución de Octubre" durante la cual los comunistas tomaron el poder de Rusia.

La "Revolución de Octubre", según mi opinión, no fue sólo fruto de la Primera Guerra Mundial o sólo producto del Liberalismo sino que este hecho se explica a partir de un cúmulo de situaciones que coincidieron y tuvieron como detonante la Guerra del 14. Estas situaciones fueron el gran empobrecimiento de la población rusa; la falta de una revolución industrial que diera lugar al paso de la sociedad agrícola a la sociedad industrializada; la situación de opresión a la que estaba expuesto el pueblo ruso por parte del gobierno autárquico de los zares; la creación de diferentes grupos políticos defensores de la revolución y el retorno de un líder como Lenin. Poco a poco, una vez establecidas las bases de la revolución y tras una votación no favorable para el partido comunista y por tanto la destrucción de la democracia, puede decirse que se estableciera el totalitarismo.



François Furet

Podría decirse que, en cierto modo, los fascismo nacieron como la respuesta de la ultraderecha europea al comunismo de la URSS, pero esto sería simplificar demasiado este fenómeno ya que, al igual que ocurrió con la Revolución de Octubre, existen otros factores para que estos movimientos tuvieran lugar en Europa. La Primera Guerra Mundial tuvo entre sus grandes perdedores a Italia y Alemania. El primer país, después de cambiarse de bando a mitad de la guerra y unirse a los aliados, no tuvo ningún tipo de compensación económica y esto empezó a crear la sensación de resentimiento. En esta situación apareció Mussolini, un antiguo socialista que junto a los camisas negras se enfrentaban a los sindicatos y el resto de comunistas que hacían demasiado "ruido" en el país herido. Junto al Duche se encontraba la Iglesia que, tras años de conflicto con Italia, apoyaba al dictador que llegó al poder por medio de la democracia después de llevar a cabo una política demagógica y ultranacionalista.

El caso de Hitler es bastante parecido al de Mussolini ya que se encontraba en un país destrozado y lleno de deudas, en un país que históricamente había aspirado a ser el gran

imperio mundial y ahora tenía que agacharse frente a su gran rival que era Francia. El Fürher también se enfrentó a los comunistas, de quienes se deshizo después de una falsa acusación; también se sirvió de su Grupo de Protección (SS) para acabar de inclinar la balanza democrática; de la publicidad, al igual que hicieran los otros movimientos; y, al igual que en Italia, culpó a la ilustración y el liberalismo de parte de los problemas del país, así que, frente al desconcierto político del momento, llegó al poder.

Este cúmulo de acontecimientos fue el motor necesario para que estas tres ideologías i formas de totalitarismo se introdujeran en Europa.

Una vez establecida la breve definición de las tres ideologías, hay que ubicarlas en su contexto histórico, que a la vez supone una opinión sobre lo que supuso la creación de los tres movimientos.

La situación insostenible en la que se encontraba Rusia se debía a: la crisis económica, las dificultades exteriores, la opresión del pueblo por parte de la autocracia zarista... pero fue la entrada del Imperio Ruso en la Primera Guerra Mundial en 1914 lo que desencadenó el movimiento revolucionario de 1917 que supuso la creación del primer estado socialista.

Pero las ideas marxista eran demasiado teóricas como para llevarlas a la práctica, de esta forma se pasó al totalitarismo y a la concentración del poder en manos de Stalin, sucesor de Lenin, que no veía la necesidad de extender la ideología comunista alrededor del mundo y así acabó con cualquier relación pacífica con otro país que no fuera comunista.

Tras esta explicación puede decirse que la Revolución Rusa fue fruto de la caída de los antiguos ideales, de la caída del imperialismo, consecuencia también de la guerra de 1914 a la cual el pueblo ruso no podía hacer frente pero a la que el gobierno ruso no se opuso.

El fascismo se desarrolló después de la Gran Guerra, en la que Italia no había satisfecho sus ansias de engrandecimiento y que sumió al país en una dura crisis económica. Los campesinos ocupaban las grandes propiedades y los obreros asaltaban almacenes y fábricas. El fascismo fue copando progresivamente todos los organismos estatales; en las elecciones de 1924 se aseguró la mayoría absoluta en el parlamento, pero tras el asesinato del diputado socialista Matteotti la oposición abandonó la cámara. Mussolini proclamó entonces la dictadura e ilegalizó los restantes partidos políticos. El Duce o jefe del partido fascista era a la vez jefe del gobierno y nombraba al secretario general del Gran consejo fascista.

Esto demuestra que no sólo la intención de combatir el socialismo ruso sino también la crisis provocada por las pérdidas de la I Guerra Mundial, hicieron que Mussolini subiera al poder incluso con el permiso del rey y la "bendición" de la Iglesia.

En el caso alemán, la abdicación, en 1918, del káiser Guillermo II dio lugar a la proclamación en Alemania de la República de Weimar, la presidencia de la cual quedó en manos del socialista Elbert. La Alemania vencida inició la experiencia de un régimen democrático en unas condiciones políticas i económicas muy adversas. La nueva república, nacida en medio del desastre militar, tuvo que asumir la derrota y aceptar las duras condiciones de paz impuestas por los ganadores. Además, la crisis económica (deudas y crack del 29) y el desorden político (numerosos intentos de golpe de estado se sucedían) radicalizaron las posturas de los alemanes y los fueron conduciendo, poco a poco, hacia el nacionalsocialismo. Este hecho explica que, en 1933, Hitler subiera al poder por la vía democrática, y algo de ayuda de la violencia.

El éxito nazi hay que buscarlo en el apoyo que encontraron entres las clases medias, los campesinos arruinados y los obreros desesperados ante el paro y la miseria. El nacionalismo radical de los nazis les hizo ganar adeptos entre los militares y antiguos combatientes y entre la burguesía deseosa de un poder fuerte.

En el caso alemán, la crisis producida por el resultado de la I Guerra Mundial era todavía más grande ya que Alemania había perdido parte de su territorio, gran parte de su ejército

y su moneda prácticamente no valía nada debido a la devaluación. En cuanto la situación empezó a mejorar, el crack del 29 sacudió a toda la sociedad (excepto a la URSS que daba la espalda al capitalismo) y acabó de destrozar la economía alemana. El mismo descontento que dio lugar a la Revolución Rusa, supuso el ascenso al poder de Hitler.

Pero los tres movimiento tienen características comunes, aunque en un principio el fascismo y nazismo se opongan al comunismo, y es que las tres ideologías se basan en las masas, se oponen al mercado libre y se valieron de la publicidad, elemento del que se ha hecho mención al principio y del que Hitler, por medio del ministro Goebles, tanto se sirvió; la violencia también es común a los tres movimientos y es necesario hablar de los campos de concentración nazis, de las cárceles en Siberia comunistas y de los numerosos asesinatos en general; también se asemejan estos totalitarismos en la especial atención prestada a la economía y la gran inversión armamentística que, podría decirse, llevó a la URSS a la crisis económica en la que, todavía hoy, está sumida.

Una diferencia que hay que recalcar es que el comunismo bebía, en cierto modo, de las ideas de la Revolución Francesa, ideas que tanto el fascismo como el nazismo aborrecían y negaban.

Para finalizar, y a modo de conclusión, hay que apuntar que la discusión sobre las raíces del comunismo, el fascismo y el nazismo continuará durante años, además, la cercanía en el tiempo de los hechos impide un análisis lo suficientemente objetivo sobre el tema.



Ernst Nolte

Modernidad y Fascismo

Roger Griffin

Estamos en presencia de una obra a la vez fascinante y compleja. Según todos los indicios, un trabajo destinado a dejar huella en el ámbito de los estudios sobre el modernismo y sobre el fascismo. Su autor, el historiador inglés Roger Griffin, no es un novato en estas lides. Ya antes había dedicado al tema del fascismo una obra de carácter genérico: The Nature of Fascism (1991). Luego dio en publicar exhaustivas antologías de textos fascistas y de interpretaciones del fascismo, hasta ofrecer al público lector una nueva obra genérica, Modernismo y fascismo (Modernism and Fascism, 2007). En ella, Griffin plasma una interpretación sinóptica del fascismo como forma de modernismo, y lo hace por medio de un análisis comparativo que moviliza términos genéricos como «religión política», «totalitarismo», «modernismo político» y, por cierto, «fascismo»: una categoría que engloba a fenómenos específicos como el fascismo italiano, el nacionalsocialismo alemán, la Guardia de Hierro rumana y el movimiento de los integralistas brasileños, entre otros. Profundamente crítico del fascismo, Griffin emprende una recusación del paradigma tradicional del fascismo concebido como movimiento reaccionario y antimoderno, opuesto en esencia a las expresiones culturales del modernismo; un paradigma que ha tendido a equiparar las ideas políticas modernistas con el liberalismo o, más aun, con el radicalismo de izquierdas. Así pues, en la base del enfoque griffiniano está el rechazo del sesgo ilustrado del concepto de modernización, el que, con sus habituales connotaciones liberales y humanistas de progreso, resulta teóricamente insatisfactorio. Para comprender la lógica de este enfoque, urge desbancar la idea preconcebida de que lo modernista equivale a lo bueno, lo justo o lo racional.

El libro consta de dos grandes partes. En la primera de ellas el autor desgrana una minuciosa exploración en el concepto de modernismo desde una perspectiva sincrética y multidisciplinar, conciliando elementos de la reflexión filosófica, la sociología, la antropología social y cultural, la psicología social, la ciencia política, la etnología, la historia del arte y la historia cultural. Apoyándose en los complejos materiales que le proporcionan estas disciplinas, Griffin evalúa una amplia gama de manifestaciones de modernismo, desde el vegetarianismo y el esoterismo hasta el nacionalismo y el racismo, pasando por el utopismo, la eugenesia y diversas expresiones literarias y artísticas típicamente modernistas. El objetivo de esta primera mitad del libro es formular un tipo ideal de modernismo genérico. En la segunda parte, el autor canaliza su ambicioso esfuerzo de síntesis hacia el escrutinio y la caracterización del fascismo como variedad política de modernismo, enfocándose en las dos únicas formas de fascismo que lograron constituirse en regímenes de gobierno dignos del nombre: el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán. Dicho de otro modo: Griffin perfila en primer lugar un modelo teórico del modernismo genérico en su relación dialéctica con la modernidad, para luego abocarse a la aplicación del modelo a los dos casos más relevantes del fascismo, entendidos como concreciones del modernismo específicamente político. Tal cual advierte Stanley Payne en el prólogo, el análisis del nacionalsocialismo es, más que el del fascismo italiano, el verdadero eje de la segunda mitad.

Tesis fundamental de nuestro autor es que fenómenos dispares como el fascismo, el comunismo y las corrientes artísticas y de pensamiento vanguardistas provienen de una misma matriz cultural, y que, lejos de ser antitéticos, el modernismo y el fascismo son conceptos vinculados por un profundo parentesco estructural. Proposición ésta que no implica un nexo causal entre el modernismo cultural y los atroces crímenes perpetrados por el fascismo, ni una caracterización de las vanguardias artísticas como manifestaciones protofascistas, sin más. En vez de esto, la idea es que el fascismo procede del mismo impulso de renovación y de futuro que inspiró la revolución bolchevique en Rusia, lo mismo que la actividad de vanguardias culturales que acostumbramos disociar del radicalismo de derechas: la arquitectura modernista, la literatura expresionista o la de tipo surrealista, o los diversos vanguardismos pictóricos del siglo XX (cubismo, abstraccionismo, suprematismo, etc.). No se cuestionan las credenciales modernistas de artistas como Guillaume Apollinaire, Vassily Kandinsky o Igor Stravinsky, por ejemplo; lo que Griffin persigue es que se reconozcan las credenciales modernistas de Hitler y Mussolini y de sus respectivos regímenes. La suya es una empresa teórica que apunta a expandir y refinar a un tiempo las fronteras semánticas de la idea de modernismo; una empresa que cuenta con importantes precedentes, cuyas contribuciones Griffin desarrolla y sistematiza en un discurso sobremanera coherente.

De acuerdo a este discurso, el III Reich de las autopistas, de los proyectiles V y de los tecnócratas alemanes más capacitados de su tiempo era un régimen modernista, lo mismo que la Italia fascista que cobijó a un visionario como Adalberto Libera, genuino exponente del modernismo arquitectónico. La guerra mundial frustró la construcción de lo que debía ser una de las cimas de la obra de Libera, el inmenso arco que diseñó para la Exposición Universal de Roma de 1942. Un diseño similar se ejecutó años más tarde en la ciudad de Saint Louis, EE.UU.: el famoso arco Gateway, todo un icono del modernismo.

Fundamental en el modelo de Griffin es la concepción amplia de modernismo político como movimiento surgido de la modernidad, en particular, de la percepción —de origen decimonónico— del declive de la civilización moderna. Se postula que el fascismo no es una simple reacción de índole arcaizante o regresiva a la modernidad, tal que postule una restauración de los orígenes o un retorno al pasado. Por mucho que en los fundamentos ideológicos del fascismo la idealización y nostalgia de un «tiempo mítico del "principio"» (Mircea Eliade) desempeñe un rol

crucial, los nazis y los fascistas italianos no aspiraban a retrasar el reloj de la historia, ni se contentaban con regresar a un pasado mitificado, ni creían conveniente desembarazarse del legado de la modernidad en bloque. El propósito de los regímenes fascistas era poner en marcha un proceso de renacimiento y regeneración socio-cultural étnica o nacional; proceso al que Griffin aplica el nombre de «palingenesia», uno de los términos clave de su estudio (cuyo uso toma prestado del historiador Emilio Gentile). Conceptos como «revolución conservadora», «antimodernismo utópico» (Henry Turner), y «modernismo reaccionario» (Jeffrey Herf) resultan, pues, inapropiados para caracterizar un movimiento con dinámica de futuro y que aspiraba a superar la decadencia de la modernidad, no simplemente aboliéndola, sino construyendo una modernidad alternativa. Sin ánimo de banalizar los crímenes del fascismo, lo que hace Griffin es poner en el centro del análisis la «sensación de comienzo» de que se sentían imbuidos los fascistas: su creencia de hallarse en el umbral de una nueva era, de la que ellos mismos eran los forjadores.

En la raíz de todo, la crisis de la modernidad. Según una corriente de opinión muy difundida en el pensamiento humanista y en las ciencias sociales a partir de mediados del siglo XIX europeo, también perceptible en el sentir del hombre de la calle, la modernidad ha generado un enorme progreso material pero también una profunda crisis social y espiritual. El desarrollo creciente del conocimiento científico; el proceso de secularización; el auge del racionalismo; la revolución industrial y el triunfo de la economía capitalista; el advenimiento de la sociedad de masas; el despunte de la democracia… En fin: todo aquello que supuso la ruptura con el orden tradicional y que se asocia con el concepto de modernidad, trajo consigo —se arguye— una desintegración gradual pero sostenida del tejido social y de los referentes existenciales heredados de tiempos pretéritos. La modernidad erosiona los sentimientos de identidad, pertenencia y trascendencia. El positivismo, el materialismo y el liberalismo socavan los cimientos de lo eterno y de lo sagrado, despojando a los hombres de su sentido de comunión en una totalidad orgánica y de un sistema homogéneo de valores. Dadas estas condiciones, el hombre moderno padece las consecuencias de la fragmentación y la atomización social, de la anomia y el nihilismo.

Griffin postula un concepto maximalista y primordialista de modernismo. Por contraste con el concepto minimalista que impera en la historia cultural, de validez restringida a las vanguardias artísticas y literarias (cuya actividad generalmente se asocia con ideas izquierdistas en materia política), el enfoque maximalista de Griffin comprende un amplio abanico de iniciativas culturales, sociales y políticas cuyo denominador común es la rebelión contra la quiebra espiritual de la modernidad, que en otras palabras es una lucha contra la sensación de desarraigo, absurdo y futilidad. Ahora bien, no se trata de cualquier forma de rebelión, sino de aquella que, en lugar de una regresión a las coordenadas existenciales y valóricas de la era premoderna, aspira a establecer mejores bases éticas y sociales para la vida humana o un orden sociopolítico enteramente distinto del existente. En definitiva, una actitud inspirada por el propósito de forjar un «hombre nuevo». Según esto, el Romanticismo alemán y el fundamentalismo religioso responden más bien al modelo tradicional de fenómenos reaccionarios y ultraconservadores. ¿Por qué un concepto «primordialista»? Aquí convergen abundantes aportaciones multidisciplinares que Griffin entraba en intenso diálogo, de las que me limitaré a hacer somera referencia.

En la base de la teoría primordialista de modernismo está la tesis de la «existencia del instinto de alcanzar la trascendencia y crear nuevos universos culturales innato en el ser humano, un instinto que se activa sobre todo cuando el orden establecido se encuentra amenazado». El sociólogo Peter Berger sostiene que la cultura es un entramado de creencias, normas, prácticas y rituales que suministra el trasfondo cosmológico y trascendente que legitima el orden social, a la vez que posibilita la integración armónica del hombre a la realidad natural. El sistema de significados que es la cultura remite —sobre

todo en la sociedad premoderna— la ordenación de la experiencia humana y de su entorno a una realidad superior, sobrenatural, pero en sí mismo es un «mundo socialmente construido», que Berger designa con el nombre de «nomos» (un desarrollo del concepto de «anomia» formulado por Emile Durkheim). El nomos es un orden pleno de sentido y regido por leyes. Cuando este orden es asimilado por los hombres, por la sociedad que le dio origen, como preexistente a la realidad social cual si se tratase de un «fenómeno natural» —al que se da por supuesto—, el nomos se fusiona con el «cosmos», con el orden superior del universo, y es entonces que funge como un «dosel sagrado» que protege a los hombres del terror primigenio: terror al vacío, al sinsentido, al caos. El nomos, ese orden sociocultural asumido como si fuera un orden natural y coextensivo al cosmos, es «un edificio erigido frente a las poderosas y alienadoras fuerzas del caos» (Peter Berger, El dosel sagrado). De modo congruente con lo anterior, la anomia es el estado de desorden y alineación que deriva del colapso de un nomos.

Conforme los postulados del estudioso de la mitología Mircea Eliade, la humana «facultad mitopoiética», la que alumbra los mitos, es funcional a la necesidad de conjurar el «terror a la historia», o la necesidad de consolar a los hombres del sufrimiento provocado por los acontecimientos y sus calamidades. Eliade descubre en el origen de la cultura una estructura mágico-religiosa que, camuflada y todo, persiste incluso en la moderna sociedad desacralizada (aquella que pretende abolir las trazas de «lo trascendente» y erigirse en reino de lo profano). No es sólo que esta estructura se manifieste en el pensamiento utópico moderno, en movimientos políticos extremistas o en formas degradadas de simbolismo y ritualismo (la celebración del Año Nuevo o las ceremonias cívico-políticas son algunos ejemplos); también es que el hombre exclusivamente racional es una imposibilidad absoluta. Los contenidos y estructuras del inconsciente presentan similitudes sorprendentes con las imágenes y figuras mitológicas, afirma el rumano. El hombre moderno no puede eludir los símbolos; gracias a ellos es que:

> El hombre sale de su situación particular y se «abre» hacia lo general y universal. Los símbolos despiertan la experiencia individual y la transmutan en acto espiritual, en aprehensión metafísica del Mundo.
>
> (Eliade, Lo sagrado y lo profano).

Las intuiciones y las teorías que acuden en auxilio de la tesis de nuestro autor son cuantiosas (la metáfora del «enorme desgarro del Cosmos», del poeta Heinrich Heine; la Teoría de la Manipulación del Terror, de la psicología social; la idea del «miedo a Cronos» planteada por antropólogos y por Frank Kermode, un estudioso de la literatura, etc.). Baste con decir que Griffin, apoyándose en ellas, enfatiza que en el hombre alienta un hambre de mito que la modernidad no ha podido suprimir. En la naturaleza humana hay inscrita una necesidad primordial de trascender el orden de la materialidad y de conjurar el terror ontológico accediendo a una temporalidad sobrehumana, lo que sólo se puede lograr en el terreno de lo simbólico; el ámbito en que la facultad mitopoiética opera como creadora por antonomasia de cultura. La obra en comento es en gran medida una sofisticada tentativa de descubrir el filón de los mecanismos mitopoiéticos que trasforman la experiencia del «malestar en la modernidad» en un semillero de extremismo político.

En términos genéricos, el modernismo:

> Se esfuerza —o, si no lo hace, al menos señala la necesidad de que otros lo hagan— por levantar un nuevo dosel sagrado de significados míticos y de trascendencia sobre el mundo moderno, un nuevo comienzo.

Producto de las condiciones peculiares de la modernidad occidental, también es una respuesta a ellas, un antídoto contra el estado de dislocación y nihilismo generado por la modernidad. Griffin concibe dos variedades de modernismo: «epifánico» y «programático». El modernismo epifánico es el modo intimista y estetizante de superar la anomia, buscando destellos de trascendencia y de sustancia nómica (vestigios de algún orden cosmológico) en expresiones artísticas. El

«modernismo programático», por su parte, se asigna la misión de modificar de raíz la sociedad o crear un mundo nuevo, sea por medio de formulaciones artísticas o intelectuales capaces de incitar al cambio, sea por medio de actividades sociopolíticas propiciadoras de una revolución de la humanidad (o de parte de ella). Como se puede suponer, esta última variedad es la de los manifiestos y las declaraciones. Y es en ella que encaja el modernismo específicamente político, de derechas o de izquierdas.

Una de las características fundamentales de la modernidad que el modernismo político recoge para sí, y que lo alejan del orden tradicional que los fenómenos meramente reaccionarios añoran restablecer, es el incremento de la reflexividad y el salto a una «temporalización de la historia». Del proceso de modernización —la compleja transición del orden tradicional a la modernidad— ha resultado que el hombre adquiere una creciente conciencia del tiempo y de su propia condición de agente histórico. La historia se concibe como una dinámica evolutiva pasible de control por el propio hombre, quien pasa a convertirse de objeto —o, cuando más, de figurante— en sujeto y protagonista de la dinámica histórica. Ésta viene a ser, pues, un dominio en que las humanas facultades racionales se erigen en motor del progreso. Los modernistas políticos, en particular los del género «fascistas», realizan una invocación de la historia en sentido de glorificación de un pasado mitificado y explotación de un imaginario histórico como fuente de legitimación de su proyecto de futuro. Lo suyo es una suerte de «reconexión hacia delante», un intento de fundar un nomos que confiera a una porción de la humanidad (ya se sabe que el fascismo es segregador y excluyente) una nueva espiritualidad y una nueva base de cohesión social. Un designio en que, lejos de abdicar de la conciencia del tiempo histórico y de la reflexividad, los fascistas hacen un empleo exhaustivo de estas adquisiciones de la modernidad. El fascismo es un caso de «autoconciencia cultural afirmativa de la temporalidad de lo nuevo» (una conceptualización de modernismo acuñada por el filósofo Peter Osborne y que Griffin suscribe). Por demás, de lo que se trata para los regímenes fascistas es de fundar un orden nuevo en el contexto dado por la era de las masas y de la tecnología.

Griffin muestra que muchos individuos talentosos, incluyendo artistas modernistas, adhirieron a los regímenes fascistas porque celebraban sus proyectos de renovación, y cifraban altas expectativas en la posibilidad de engastar su existencia a la «dimensión metafísica y sagrada» que ofrecía la italianidad glorificada o el Volk regenerado. Pero más importante es la revisión que este autor hace de la estética nazi, usualmente ubicada por los historiadores del arte en las antípodas del modernismo; práctica comprensible si se consideran las diatribas de Hitler y otros líderes nazis contra el arte vanguardista, al que consideraban un arte degenerado. Griffin recoge evidencias de que: 1) la represión del arte modernista por el III Reich fue menos integral y profunda de lo que se cree; 2) hay rastros de continuidad entre el arte modernista de la época de Weimar y el denominado «arte nazi»; 3) incluso en las manifestaciones estéticas del III Reich usualmente consideradas como epítomes del antimodernismo se reconoce el factor de proyección de futuro, la dimensión palingenésica que es —simplificando un poco— la vara de medir modernismo del modelo griffiniano.

En definitiva, ¿cómo define Griffin el fascismo? Reproduzco la definición esquemática propuesta por él —hay también una versión extensa—:

El fascismo es una forma de modernismo programático cuya intención es hacerse con el poder político para llevar a la práctica una visión totalizadora del renacimiento nacional o étnico. Su meta última es acabar con la decadencia que ha destruido la sensación de pertenencia a una comunidad y que ha despojado a la modernidad de significado y de trascendencia, y dar comienzo a una nueva era de homogeneidad cultural y de salud.

Anticipaba arriba que no hay en Griffin una visión acrítica, neutra o indulgente del fascismo. En efecto, señala este autor que el proyecto de revolución antropológica del

fascismo era irrealizable y en última instancia perverso. Su intento de someter la realidad histórica a una narrativa redentora fundada en elementos míticos y utópicos estaba condenado al fracaso. El propósito de imponer un discurso identitario y normativo homogeneizador en sociedades modernas —plurales, atomizadas y evolutivas— no pasaba de ser una quimera. Aunque los fascistas italianos y los nazis hubiesen dispuesto de cien años para llevar a cabo sus planes, siempre se habrían estrellado contra el obstáculo de la naturaleza humana, refractaria a los experimentos fundacionales de ingeniería social. La complejidad psicológica y social del hombre lo vuelve inasible al control del estado, el que por lo mismo se ve abocado a ejercer el terror. En verdad, «una hebra de inhumanidad recorría la urdimbre de la nueva sociedad [nacionalsocialista]». El Terror era consubstancial a ambos regímenes, sobre todo el de los nazis. El proyecto nazi constaba de tres elementos centrales: un pasado mitificado, una modernización exhaustiva y la depuración sistemática de todo cuanto se consideraba perturbador o disfuncional al impulso de regeneración nacional. La lógica biopolítica y racista del nazismo era una lógica perversa que imprimía en la dimensión tecnocrática del III Reich una tendencia esclavista y genocida. Como bien dice el autor:

[…] Cuando un Estado intenta llevar a la práctica la ficción modernista de la regeneración total «del mundo» imponiendo un nuevo nomos, fijando un nuevo horizonte, creando un nuevo hombre y un nuevo mundo y depurando a la sociedad de sus elementos decadentes, a la larga sólo consigue crear desastres humanos y destruir desde dentro la sociedad que pretende salvar.

Considero oportuno finalizar señalando que el libro de Roger Griffin es complejo y muy rico en materiales, de los que apenas he ofrecido un débil atisbo. Lectura exigente pero también una verdadera aventura intelectual.

Roger Griffin, Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Hitler y Mussolini. Akal, Madrid, 2010. 574 pp.

¿Fascismo en España?

José Javier Esparza

¿Existe un fascismo en España? Cualquier observador diría, a primera vista, que no: no existe ningún partido, asociación o grupo de opinión que reivindique esa etiqueta y que posea una mínima proyección política o social. Existe, sí, un número indefinido y variable de grupúsculos y corpúsculos que se identifican con una estética aproximadamente neofascista, neonazi y hasta neofalangista, y que ocasionalmente manchan las paredes urbanas con pintadas y carteles, pero tales grupúsculos y corpúsculos son sumamente reducidos, carecen de representatividad social alguna y, desde luego, no puede decirse que constituyan una fuerza política. Sin embargo, todos los años aparecen en los escaparates —preferentemente, en los de las "grandes superficies"— decenas de libros que nos desvelan los "secretos" del fascismo español, sus oscuras maniobras, sus inconfesables propósitos. ¿Cómo es posible que se publique tanto material sobre un objeto, si no inexistente, sí al menos irrelevante? He aquí uno de los grandes enigmas de nuestro tiempo.

Las "revelaciones" de la literatura antifascista

Estos libros suelen aparecer siempre por las mismas fechas: en torno al 20 de noviembre, aniversario del fusilamiento de José Antonio y de la muerte de Franco, fecha litúrgica por excelencia de la extrema derecha en España. La literatura de la que hablamos es tan puntual en su aparición que se diría que marca ya una referencia fija del calendario comercial, del mismo modo que la primavera no empieza hasta que lo dice "El Corte Inglés". Estamos hablando de "libros", en plural, pero en realidad cabría hablar más bien del "libro", en singular, porque todos son el mismo: en todos hallamos las mismas fuentes, los mismos nombres, la misma estructura y hasta la misma sintaxis, frecuentemente

incorrecta. No es extraño que sus autores se acusen mútuamente de robarse el material, dado lo exiguo del campo que año tras año roturan. Por fortuna para ellos, el abanico temático crece sin pausa a través de un procedimiento que podríamos denominar "alleganza de material de aluvión" y que funciona del siguiente modo: la literatura antifascista da pie a reportajes en prensa, igualmente estacionales; estos reportajes (más bien "recortajes", pues se trata de collages con recortes sacados de aquí y de allá) suelen limitarse a recopiar lo que se ha publicado en la mentada literatura, pero lo hacen con errores y tergiversaciones; tales errores, por último, son luego recogidos por los "autores antifascistas", en la edición del año siguiente, como "nuevas revelaciones". Así el floreciente negocio editorial se alimenta a sí mismo.

Un rasgo específico de la literatura antifascista es su carácter de ficha policial: lo esencial de su contenido es una ensalada de siglas (las de los mentados grupúsculos y corpúsculos) en correspondencia con una lista de nombres, también siempre la misma. En líneas generales, su objetivo invariable es sentar la existencia de lazos entre la violencia juvenil de ciertas tribus urbanas y los grupos de la extrema derecha política, de modo que un fenómeno social se "eleva" a la condición de fenómeno político. Pero como el pulso de la extrema derecha española es más bien mortecino, el autor, para añadir interés a la narración, ha de recurrir al siempre eficaz recurso de las "conexiones", es decir: establecer vinculaciones, por supuesto indemostrables (¿pero a quién le importa eso?), entre minúsculos grupos radicales y personalidades más o menos conocidas de la vida política, periodística, literaria, etc. Esta es una constante tan permanente en toda la literatura antifascista que se diría constituye una técnica esencial del género en cuestión. Y hay que reconocer que sus rendimientos en materia narrativa son excelentes. Por ejemplo: un salvaje skin apuñala a un inmigrante mogrebí; en la casa del skin se encuentra una revista con las siglas del grupúsculo "x"; en un fanzine editado por ese grupúsculo —o por otro de nombre similar— dejó su firma quince años atrás un adolescente que hoy es joven abogado; tal joven abogado es en la actualidad mano derecha de un veterano notario con aspiraciones políticas. Conclusión evidente: el mentado notario es, en realidad, un fascista que pretende utilizar a los skins como secciones de asalto. ¿Delirante? Lo es. Pero este argumento fue expuesto hace muy pocos años en un programa de televisión, y no dentro del ámbito de la "ficción", sino bajo la etiqueta de "Especial informativo". Ciertamente, no se trata de algo nuevo: en los Estados Unidos, en la época de la "purga" de MacCarthy, también se recurrió a establecer supuestas vinculaciones cogidas por los pelos entre los sospechosos de "actividades anti-americanas"; se bautizó a este procedimiento como "culpabilidad por asociación". El juego policial de la literatura antifascista termina alimentando las peores inquisiciones [1].

Toda inquisición necesita un "delator". Él es la fuente de la que brota la investigación, y de su calidad depende de que la búsqueda sea interesante o que sea una filfa. En el caso que nos ocupa, las fuentes esenciales de la literatura antifascista son cuatro o cinco personas, todas con nombres propios, todas las mismas en todos los casos, y todas ellas "fascistas", ya en retiro, ya en ejercicio. Tales fuentes no proporcionan eso que se llama "material de archivo" o "prueba documental", sino que se limitan a contar una historia; con frecuencia, su propia historia. Y, como suele ocurrir en estos casos, la fuente tiende a contar tal historia poniéndose a sí misma en el centro de los acontecimientos. Así, y gracias a la vehemente pluma del autor antifascista, llegamos a conocer de la enorme trascendencia que para la historia moderna de Occidente ha tenido cierto oscuro personaje que en su agitada vida política ha transitado por una docena de grupúsculos cuyo número de militantes no ha superado en ningún caso el centenar, y cuya repercusión objetiva en la vida social, si hubiera de ser cuantificada, se reduciría a cero.

Esto exige un breve excurso. En 1905, el venerable Ernest Dupré acuñó el término mitomanía para definir toda una familia de afecciones psíquicas consistentes en la invencible tendencia del sujeto a elaborar

mentiras y fabulaciones. El mitómano, por lo general, es un sujeto mediocre que necesita inventarse su propia autoepopeya para no ahogarse en el hastío de una existencia sin horizontes. Hay mitómanos en todas partes, y algunos ocupan lugares bien visibles, pero el tipo mitomaníaco es particularmente frecuente en grupos cerrados y reducidos, ya sea porque en ellos puede imponer su autorrelato, ya porque ahí se dan cita otros mitomaníacos dispuestos a escucharle a cambio de ser escuchados. En sus comportamientos políticos, el mitómano experimentaría —de forma sincera, y ahí reside la patología— que la Historia corre por sus venas, que sus movimientos son decisivos, que figura entre los hombres importantes del mundo, que sus contactos con gentes de alto rango han dejado en éstas una imborrable impresión. Aunque hay mitomaníacos de todas las tendencias y de todas las ideologías, quizá sea cierto que el tipo mitomaníaco es especialmente abundante en la ultraderecha contemporánea, lo cual se debería a una mala digestión de conceptos como "hombre superior" o "jefe providencial", pues nada hay tan angustioso como verse obligado a aparentar grandeza cuando uno es diminuto. Esto, que vale para el sujeto que se ensalza a sí mismo colocándose en el centro de la Historia universal, vale también para el sujeto que aspira a conmover los cimientos del mundo poniendo por escrito la triste historia de un mediocre. Dupré, que todavía no conocía la literatura antifascista, distinguía una mitomanía vanidosa, una mitomanía maligna y una mitomanía perversa, cada una de las cuales correspondía, respectivamente, al complejo de inferioridad, a la voluntad de dañar al prójimo y, por último, a las inclinaciones lúbricas o venales. Sin descartar la ocasional intervención de una mitomanía de tipo perverso, estamos en condiciones de aseverar que la literatura antifascista, en buena parte de los casos conocidos, brota de la colusión de una mitomanía vanidosa (la de la fuente) y otra mitomanía maligna (la del escribidor). La confluencia de dos patologías indomeñadas podría explicar, por otra parte, el tirón popular de estas narraciones.

Naturalmente, el subgénero literario que nos ocupa tiene sus propias reglas de estilo. Así, todo periodista, gacetillero e incluso escritor profesional que quiera adentrarse en el exitoso negocio de la literatura antifascista debe respetar escrupulosamente esta ley incontrovertible: el autor debe imperativamente situarse en el papel de Deus ex machina de la narración, sin citar jamás las verdaderas ideas de los personajes mencionados. Los novelistas saben bien cuán irritante resulta comprobar que el excesivo apego a la realidad nos ha frustrado una buena historia. Por eso el literato antifascista debe eludir cuidadosamente cualquier mención específica de las ideas, textos o declaraciones reales de los personajes que pueblan la trama de la narración. ¿No sería lamentable que una determinada idea de un determinado sujeto impidiera incluir su nombre en la nómina de sospechosos? Lo sería, sin duda; de ahí que los personajes mencionados en la literatura antifascista sean, por lo general, entes mudos que sólo hablan a través del autor. Por otra parte, nada tan áspero como esa pedante manía universitaria de citar los textos reales de los personajes mencionados, enojosa servidumbre que, además, obligaría al talentoso autor a desperdiciar su tiempo en lecturas inútiles. Resulta mucho más efectivo —o sea, mucho más "impactante"— acumular nombres propios en función de lo que al autor le interesa señalar: las ya mencionadas "conexiones", y no en función de lo que cada personaje realmente dice y es. El recurso permite, por ejemplo, ofrecer al lector un apasionante relato en cuyo índice onomástico aparecen, en fraternal confusión, José María Aznar, Adolfo Hitler, Gonzalo Fernández de la Mora, los Ultrasur, Ross Perot, Mussolini, Aleix Vidal-Quadras, el Frente Atlético, Jorge Verstrynge, Ricardo Sáenz de Ynestrillas, Fernando Sánchez Dragó, Tejero y un servidor de ustedes.

Es verdad que esto obliga a la literatura antifascista a renunciar a cualquier pretensión de validez científica, pues de entrada se ha obliterado un elemento esencial en la literatura académica, a saber: la probidad de unas fuentes mencionadas explícitamente, plúmbeo trámite que, de haber sido satisfecho, habría

arruinado tan fantástica historia. Del mismo modo, el autor antifascista también ha de resignarse a que su obra carezca de relevancia informativa, pues en su búsqueda desesperada del "impacto" ha sacrificado la víscera cordial del periodismo, que es la información veraz, y la ha sustituido por la simple sospecha infundada. Pero nada de todo esto habría de suponer una seria censura literaria para el subgénero que aquí estamos comentando si no fuera porque, además, estos libros están muy mal escritos. Y eso sí que es imperdonable.

Con todo, en la literatura antifascista, pese a su indigencia ética y estética, hay tres elementos que merecen ser revisados con atención. El primero es su inevitable conclusión, a saber, el hecho de que en España no existe verdaderamente una "fuerza fascista" digna de ser tenida por tal, conclusión que el lector, pese a los esfuerzos de los autores, termina extrayendo a poco que lea atentamente estos relatos. El segundo elemento es el propio hecho de que esta literatura exista: si el fascismo no deja de ser una amenaza remota, si ya perdió una guerra y desde entonces no ha levantado cabeza, si hoy ha quedado confinado en reducidísimos guetos, ¿a qué tanto empeño en dibujar los contornos de un fantasma? Y el tercer elemento que suscita interés es el mundo que estos libros describen, las alcantarillas donde se remueve la confusión informativa, esa selva urbana donde nace el suceso criminal que luego permite construir la fábula; ahí existe un problema, ciertamente, aunque nuestros literatos yerren el tiro. Merece la pena comentarlos uno a uno, detenidamente.

¿Fascismo en Europa?

Vayamos al primer elemento de interés. ¿Por qué no hay fascismo en España? La propia pregunta encierra una trampa para elefantes, pues nos hace creer que en otras latitudes sí hay "fascismo". Ahora bien, con excepción de ciertos grupos nacidos del caos post-comunista en la Europa del Este, no puede decirse que en nuestro continente existan fuerzas políticas relevantes que, en rigor, admitan la etiqueta de "fascistas", y quienes habitualmente pasan por tales, que son el Frente Nacional francés y la Alianza Nacional italiana, no lo son propiamente hablando.

¿Qué quiere decir "fascismo"? Al margen de la trampa sovietizante de considerar "fascistas" a quienes no están de acuerdo con uno, todos los politólogos saben que el fascismo, históricamente considerado, es un ente difícilmente aprehensible. El fascismo propiamente dicho nació en Italia como una forma de nacionalismo radical que predicaba un corporativismo autoritario con tendencia al totalitarismo. Su éxito despertó formas imitativas en otros puntos de Europa, pero cada cual aportó sus conceptos específicos. Por ejemplo, el nacionalsocialismo alemán se fundamentaba en una teoría racial que el fascismo italiano desconocía. Del mismo modo, el nacionalsindicalismo español mostraba unos acentos organicistas y católicos que no existían ni en Italia ni en Alemania, e inversamente, en el "fascismo" español no aparecen trazas sólidas de discurso racial. ¿Pueden todas estas experiencias políticas definirse bajo el común denominador de "fascismo"? Aquí nos encontramos con lo que tantas veces ha dicho Juan José Linz: para el historiador, cada régimen es un caso único, pero el politólogo está obligado a buscar los elementos comunes, conceptualizarlos y reducir toda la inmensa variedad de los regímenes políticos a unos cuantos tipos principales. Como cualquier intento por clasificar a los fascismos nos hundiría en una casuística inagotable, y no es ese el objeto de este texto, podemos acogernos al cómodo recurso del "fascismo genérico" y, siguiendo a Nolte, considerar "genéricamente fascistas" a todos los movimientos políticos que comparten las siguientes seis notas características: antimarxismo, antiliberalismo, anticonservadurismo, principio del liderazgo, un ejército del Partido y el totalitarismo como objetivo [2]. Si falta cualquiera de estas características, no puede hablarse propiamente de fascismo; si están todas, puede hacerse.

Desde este punto de vista, tanto el Frente Nacional como la Alianza Nacional o el austríaco Partido Liberal de Haider (una de las más recientes "bestias negras" mediáticas) se diferencian de los "fascismos" clásicos en una

larga serie de rasgos fundamentales: todos ellos admiten abiertamente —y no tiene mucho sentido dudar de su sinceridad— el vigente sistema de partidos, mientras que los fascismos implantaron modelos de partido único; todos propugnan políticas económicas de carácter liberal-capitalista, mientras que los fascismos ponían el acento en el control estatal; todos son partidarios del actual status geopolítico bajo liderazgo norteamericano, mientras que los fascismos aspiraban a desplegar una potencia militar propia. Además, entre el Frente Nacional, el Partido Liberal y la Alianza Nacional existen también notables diferencias, tanto en su génesis como en el lugar que ocupan en sus respectivos mapas políticos nacionales. El Frente Nacional surge en torno a un personaje, Le Pen, que logra aglutinar a las dispares familias de la ultraderecha francesa, desde el integrismo católico hasta el neofascismo, pasando por los nostálgicos de Vichy, la tradición populista y los nacionalistas de la "Francia sola"; cobra impulso apoyándose en un serio problema social, el de la inmigración, frente al que reacciona con un discurso xenófobo; sus posiciones populistas le reportan la simpatía de un amplio sector de las clases menos favorecidas que antes votaba a la izquierda comunista; por último, su deliberada automarginación del "consenso" partidista le convierte en blanco de las invectivas del sistema, que señala a Le Pen como peligro público; todo ello hace que no se le pueda considerar como alternativa de gobierno. El fenómeno de Haider en Austria, aunque su protagonista se ha esforzado en diferenciarse de Le Pen, tiene mucho que ver con el caso francés. Respecto a la Alianza Nacional italiana, surge del aggiornamento de un partido, el MSI, que representaba explícitamente la herencia del fascismo de Mussolini; cobra impulso a partir de un problema no social, sino político, cual fue el colapso del sistema partitocrático italiano a partir de 1993; su discurso relativamente moderado y su denuncia de la corrupción le procuran el apoyo de amplios sectores de las clases medias que antes votaban a la Democracia Cristiana; por último, el desprestigio general de la vieja clase política italiana ha permitido que la Alianza Nacional, pese a las naturales censuras de la izquierda, posea una imagen de fuerza presentable, no "maldita"; todo ello hace que sí pueda considerarse como una alternativa de gobierno. Añadamos que entre ambas fuerzas existe una última diferencia en absoluto irrelevante: mientras que el Frente Nacional experimenta regularmente la disidencia de los pragmáticos, que preferirían bajar el tono de la demagogia populista en beneficio de cobrarse mayores opciones de gobierno, la Alianza Nacional ha de sufrir las disidencias de los radicales, que preferirían recuperar ciertos principios ideológicos aunque fuera a costa de perder poder real [3].

Así las cosas, hablar de "fascismo" para calificar a la Alianza Nacional, al Partido Liberal o al Frente Nacional resulta simplemente falaz desde el punto de vista politológico. En el caso italiano podría perfectamente hablarse de post-fascismo, tal y como ha sugerido su propio líder, Gianfranco Fini, pues aquí estamos ante un grupo que recogía expresamente la herencia del fascismo mussoliniano y que se ha convertido deliberadamente en otra cosa; un post-fascismo estrictamente paralelo a ese otro post-comunismo que caracteriza a los viejos Partidos Comunistas, como el italiano, reconvertidos en izquierda socialista y democrática tras el autodesplome de la Unión Soviética. Respecto al caso francés, hablar de fascismo o de postfascismo no tiene demasiado sentido, pues en Francia no ha existido un fascismo histórico ni el Frente Nacional defiende posiciones propiamente fascistas; incluso sus actitudes xenófobas, que tantos reproches —pero también tantos votos— le reportan, no responden exactamente a una doctrina de tipo nacionalsocialista, pues no reposan sobre una lógica de supuesta jerarquía racial, sino que se derivan de una reacción psicológica de exclusión frente a unos cambios sociales percibidos como excesivamente bruscos. En realidad, tanto el Frente Nacional y el Partido Liberal como la Alianza Nacional han de ser considerados no como partidos "fascistas", sino como partidos de derecha radical (en los dos primeros casos, más radical que en el

otro), que han prosperado gracias a circunstancias sociales muy concretas y específicas en cada país. Ese es su verdadero estatuto.

¿"Fascismo" en España?

El caso español es distinto del italiano, y también del francés. No hay en la actualidad grandes partidos de derecha radical, aunque sí existe una larga tradición autoritaria en la derecha. Tampoco hay, propiamente hablando, una versión nacional del fascismo, y las causas que en su momento lo impidieron ya las explicó Ramiro Ledesma Ramos en una obra que se llamaba, precisamente, ¿Fascismo en España? Por cierto que el anarquista Joaquín Marín, en Hacia la segunda revolución (1935), venía a coincidir con las tesis de Ledesma. En realidad, lo que en España más se pareció al fascismo, pero a distancia, fue el nacionalsindicalismo falangista de la preguerra, luego absorbido por el magma del régimen de Franco. Y Franco no instauró un régimen propiamente fascista, ni siquiera nacionalsindicalista [4], sino un autoritarismo inspirado en las doctrinas de la derecha tradicional.

Con esos antecedentes, la pregunta verdaderamente interesante no es por qué no hay fascismo en España, sino más bien esta otra: ¿Por qué en nuestro país no existen actualmente fuerzas importantes de derecha radical que hayan recogido la herencia de la derecha autoritaria local, y concretamente del régimen del general Franco, que de tal cosa es la expresión más acabada en España? Al fin y al cabo, el franquismo es la única experiencia dictatorial de la derecha europea que ha terminado "bien": no se la llevó la posguerra, como a los regímenes gemelos de Hungría, Polonia o Rumanía; sus logros sociales y económicos son evidentes, muy superiores a los de las dictaduras comunistas que le fueron contemporáneas, y comparables a los que alcanzaron las democracias europeas de esa misma época; además, el sistema autoritario español se pudo mantener en el poder durante más tiempo que ningún otro y sin sufrir una oposición interior masiva; por último, el régimen se deshizo por sí solo a la muerte del dictador y sobre la base de la legalidad por él establecida, sin que lo tumbara una revolución como la portuguesa o violentos conflictos intestinos como los que acabaron con el "régimen de los coroneles" en Grecia. El régimen de Franco duró casi cuarenta años, puede reclamar la paternidad de la modernización económica de España, e incluso definió una estructura jurídico-política singular para intentar compensar por algún lado la evidente merma de libertades civiles. ¿Cómo es posible que los criterios políticos e ideológicos de ese régimen no hayan encontrado herederos que pretendan prolongar su legado tras la muerte del dictador?

La respuesta es múltiple. En primer lugar, a la muerte de Franco ninguna de las fuerzas históricas que encabezaron la sublevación de 1936 estaba ya en condiciones de ejercer liderazgo social alguno: la Falange, que nominalmente era el partido del régimen, fue doblegada sucesivas veces a lo largo del mismo, pero se acomodó perfectamente a una situación de privilegio y, quizá por eso, no se preocupó jamás por esbozar formulaciones teóricas adaptadas a los tiempos nuevos, de modo que en 1975 —y aún hoy— decía y pensaba lo mismo que en 1936; la Iglesia, único vencedor total de la guerra civil y único poder que realmente obtuvo de Franco todo lo que solicitó, dejó de ser fiel al Caudillo a partir de los años sesenta e incluso prestó cobertura a quienes auspiciaban cambios radicales, hasta el extremo de jugar un destacadísimo papel en la transición; respecto a los carlistas, su opción política había dejado de tener sentido desde el momento en que la rama pretendiente renunció a sus derechos. En segundo lugar, las elites políticas que gobernaron los "años de oro" del régimen, desde 1957 hasta 1975, y que podían haber prolongado la herencia política del general, se esforzaron por adaptarse a una situación política comparable a la de las democracias europeas: tanto las figuras "aperturistas" del régimen como el "aparato" del Movimiento Nacional, de cuyas promociones más jóvenes saldrían luego ministros, presidentes del Gobierno y hasta ponentes constitucionales, encabezaron fuerzas políticas de carácter conservador, liberal o "centrista" muy alejadas

de los propósitos del Estado de las Leyes Fundamentales; respecto a los teóricos más jóvenes de este Estado, alguno de ellos fue apartado del juego por quienes pretendían enarbolar la herencia de Franco antes incluso de que el dictador muriera. Y en tercer lugar, y en la práctica, la verdad es que el régimen tuvo el heredero que el propio Franco quiso: la Monarquía encarnada en la persona de Don Juan Carlos, y las transformaciones que éste efectuara después sobre el legado del dictador es harina de otro costal. Así, lo que se denominó "franquismo sociológico" halló continuidad, tras la muerte de Franco, en el sucesor que Franco había elegido y en unas fuerzas políticas que, dirigidas por relevantes personalidades del régimen, pactaban una transformación total del Estado. Si después de Franco no hubo un "franquismo", eso fue, en primer lugar, porque Franco no quiso, y después, porque los franquistas más relevantes tampoco quisieron. En buena medida, en eso consistió la transición.

Hay también, por supuesto, motivaciones de carácter social y cultural en ese asombroso hecho de que el franquismo no haya encontrado continuadores políticos. Ambas pueden reducirse a esta: el franquismo no fue capaz de proponer una ideología propia que proveyera de un cauce político específico a los cambios sociales que él mismo estaba impulsando. En efecto, el gigantesco impulso económico e industrial que vivió España, sobre todo desde finales de los años cincuenta, tuvo por evidente objetivo dotar al país de niveles de prosperidad semejantes a los de las otras naciones europeas. Se desataba así una "sed de homologación", todavía hoy vigente, que cifraba como bien supremo el ponerse a la altura del resto de Europa. Ahora bien, esa homologación no podía ser sólo económica, sino también social, porque el desarrollo económico lleva consigo la adopción de nuevos comportamientos individuales y colectivos, de nuevas expectativas y de nuevas aspiraciones. Y esa homologación social, a su vez, exige una homologación política, porque los cambios en los comportamientos sociales exigen cambios paralelos en los canales de participación ciudadana en la vida pública. De lo contrario, se generaría una situación semejante a la de una olla a presión desprovista de válvulas de escape. Pues bien: el franquismo, que de hecho alcanzó la homologación económica y que se acercó mucho a la homologación social con el resto de Europa, no fue capaz de crear vías de homologación política. Lo que más se aproximó a ese objetivo fue el Estado de las Leyes Fundamentales: un Estado de Derecho autoritario, pero de Derecho al fin y al cabo [5], que proveía márgenes —ciertamente estrechos— para las libertades públicas y que también establecía vías concretas de participación popular en el poder a través de la famosa "democracia orgánica". Pero el Estado de las Leyes Fundamentales jamás fue una realidad completa: tardó más de diez años en ponerse en pie, entre otras cosas por las reticencias del propio régimen; la democracia orgánica resultó ser más orgánica que democrática y no logró nunca satisfacer las demandas reales de participación ciudadana; por último, y tras la muerte de Franco, la idea fue abandonada tanto por la derecha constitucionalista del 78 como por los propios "nostálgicos" del régimen.

Hoy, a casi medio siglo de distancia, causa estupor el hecho de que el régimen de Franco no desarrollara una teoría completa de su concepción del Estado, ni que concediera a sus teóricos el estatuto de doctrinarios oficiales de aquel sistema político. Puede entenderse que no se entregaran a tareas doctrinarias la Falange o el Requeté, cuyos planteamientos habían sido superados por la historia, pero que visiblemente no sentían la necesidad de adaptarse a una realidad que nominalmente dominaban. Es mucho menos explicable, por el contrario, el hecho de que los responsables de los "años de oro" del franquismo no experimentaran sino muy raramente la necesidad de dotarse de una cobertura ideológica que fuera más allá de lo jurídico. Tal negligencia ideológica obedece, sin duda, al carácter del propio régimen, nunca muy dado a las efusiones intelectuales y más preocupado por obtener resultados prácticos —rasgo en el cual, por otra parte, se resume muy bien el talante clásico de la derecha española—. En todo caso, esa inexistencia de una "ideología franquista" propició el hecho

de que después, tras la muerte de Franco, los franquistas no supieran exactamente qué es lo que tenían que defender: ¿La monarquía? ¿La unidad nacional? ¿La economía de mercado? ¿La moral cristiana? Todo eso podía defenderse igualmente desde fuera del franquismo, e incluso contra él. Y esta es otra de las razones por las que en España no ha existido una derecha autoritaria capaz de gozar de una mínima proyección social.

En fin, la derecha radical, en la España reciente, no ha gozado jamás de buena salud por la sencilla razón de que la derecha no necesitaba tal radicalidad. Y cuando se ha recurrido a ella, el español de derecha, que ante todo es una "persona de orden", ha desaprobado abiertamente el intento. De manera que la llamada ultraderecha española, vacía de ideas adaptadas a los tiempos, huérfana de líderes presentables, expulsada del templo de la transición y del consenso (por méritos propios), se dedicó a vegetar en guetos cada vez más angostos. Ni siquiera el Golpe de Estado de 1981 puede considerarse obra suya: todavía han de pasar muchos inviernos hasta que el ciudadano común sepa exactamente qué pasó el 23-F, pero, según todos los indicios, en aquel cruce de maquinaciones y contramaquinaciones hubo de todo menos una conspiración de "fascistas". Todos los grupos de la antigua derecha radical española pertenecen hoy a la órbita de lo extravagante: la Falange, escindida en diversos grupúsculos, se dedica a reivindicar ora el personalismo cristiano, ora el socialismo tercermundista de los años cincuenta y sesenta, todo ello aderezado con las inevitables protestas de antifranquismo; los carlistas, igualmente escindidos, oscilan entre un reaccionarismo de cura trabucaire y un neorruralismo simpático, pero poco efectivo; los integristas católicos, aún ignorantes de que están defendiendo una religión en la que Roma ya no cree, gastan su tiempo en evocar un mundo que nunca más existirá. Respecto a los franquistas puros y simples, cuyo número desciende por mera ley de Natura, siguen apelando a una vaga nostalgia de paz y orden mientras, aterrados, contemplan cómo a su alrededor se agrupan vociferantes niñatos rapados que dicen ser "fascistas". Y el mundo, como es natural, se les cae encima —a unos y a otros. Pero de eso hablaremos después.

El hecho, en fin, es que en la España de nuestros días no hay "fascismo" —ni propiamente dicho, ni acusado de tal— por todas estas razones: porque su única fuente posible de inspiración histórica, que es el régimen de Franco, no fue fascista; porque las transformaciones socioeconómicas que el país experimentó bajo el franquismo, lejos de crear masas proletarias que pudieran movilizarse en torno a un discurso de tipo fascista, creó una extensa clase media de carácter moderado; porque esas clases medias, aun en los casos en que pudieran identificarse como "franquistas", se hallaron perfectamente representadas por las elites que, nacidas del franquismo, dirigieron el proceso de transición; porque las doctrinas que inspiraron el alzamiento del 18 de julio fueron incapaces de evolucionar conforme a la marcha de los tiempos; porque el planteamiento teórico que mejor se identificaba con el espíritu del franquismo, a saber, el discurso de las Leyes Fundamentales, nunca fue adoptado como cobertura ideológica por el propio régimen. Todo eso ha hecho de la ultraderecha una mera anécdota política.

Cuando se dice que "la extrema derecha se esconde en el Partido Popular" —algo que la izquierda sostiene con mucha frecuencia—, se está diciendo una verdad a medias, o mejor dicho, se le está dando la vuelta a la verdad: la "extrema derecha" española, entendiendo por tal a los nostálgicos del franquismo o a sus herederos doctrinales, están en el PP, como antes estuvieron en la UCD, porque estos partidos han sido los beneficiarios directos de la moderación de las clases medias, una moderación que a su vez arranca de los logros socioeconómicos del régimen de Franco y que hace banal cualquier extremismo; el Franco que esa "extrema derecha" podría añorar no es, ciertamente, el caudillo victorioso de 1936, sino el apacible abuelo de traje gris que inauguraba pantanos y abría factorías. En España no hay "fascismo" porque lo más parecido a un "fascismo" que por aquí ha habido salió relativamente bien, al menos desde su punto de vista, y salió bien justamente porque no fue "fascista", sino

"burgués". Y no es lo mismo una clase media arruinada y proletarizada, dispuesta a cualquier exceso autoritario, que una clase media aburguesada y acostumbrada a la prosperidad, celosa del orden, pero reacia a cualquier forma de radicalismo. En cierto modo, y con todos los matices que el lector quiera, la verdad es que, en una perspectiva histórica de largo plazo, el franquismo vacunó a España contra el fascismo. Vacunó: del mismo modo que una pequeña porción controlada de un determinado agente vírico sirve para neutralizar los efectos de ese virus, así el franquismo ha hecho que en España no exista una "tradición fascista". Las cosas son así.

Esto, por supuesto, no quiere decir que en España no termine naciendo, en plazo más o menos breve, una fuerza política específicamente de derecha —en absoluto una fuerza "fascista"—, del mismo modo que en Francia ha nacido el FN o la AN en Italia. Pero no parece que tal cosa vaya a ser inmediata. De hecho, en nuestro país existen experiencias que han tratado de importar los esquemas franceses e italianos, pero nunca han salido del ámbito de la miniatura. Y es que para que unos partidos de estas características cobren arraigo social deben darse una serie de condiciones previas, debe existir una razón que haga inevitable su surgimiento. Esas razones suelen provenir de los cambios que están viviendo nuestras sociedades. Se trata de cambios de carácter ora sociológico, ora político, pero que, en cualquier caso, los partidos establecidos parecen incapaces de afrontar con éxito. Por eso surgen actores políticos nuevos cuya génesis obedece a causas locales específicas: en Italia, la razón fue la ruidosa quiebra del sistema partitocrático; en Francia y en Austria, los problemas introducidos por una errónea política de inmigración. No muy distinta es la lógica que ha hecho aparecer, en la órbita de la izquierda, grupos ecologistas que con mayor o menor fortuna reaccionan frente a los abusos de la industrialización. Pues bien: ¿Cuál sería la causa local específica que podría hacer surgir entre la derecha española un agente político nuevo? La derecha española parece demasiado cómoda en el interior del neocentrista Partido Popular como para lanzarse a una aventura si no hay una causa externa que lo justifique. Esa causa no puede ser la crisis del sistema, como en Italia, porque nuestro sistema de partidos, aunque también ha tenido sus escándalos, parece bastante sólido. Tampoco existe entre nosotros un problema acuciante respecto a la inmigración, como en Francia, aunque pueda existir en breve plazo si no se cambia la Ley de Extranjería. Los recientes sucesos de El Ejido, aunque muy graves, no son moneda común; por otra parte, si estos sucesos han demostrado algo es, precisamente, que no puede establecerse una vinculación directa entre xenofobia social y fascismo político, pues lo que allí se ha vivido ha sido una reacción social espontánea, sin que medie orientación ideológica o política previa. Sin embargo, sí existe en nuestro país un problema estructural que podría empujar a alguien en la derecha a separarse del consenso vigente: se trata del problema territorial, y muy especialmente el creciente peso de los nacionalismos periféricos, entregados a una aguda dinámica de progresiva desespañolización de sus respectivas regiones. Tal problema sí podría constituir una plataforma para la derecha clásica española, que siempre ha mantenido una idea centralista y un punto jacobina de la estructura estatal. Por supuesto, tampoco faltará quien llame "fascista" a este partido. Pero, en rigor, de "fascista" no tendría nada.

Las razones de la moda neoantifascista

Pero si Le Pen no es propiamente fascista, si Fini tampoco lo es, si en España no hay fascismo y lo que pudiera surgir de entre la espesura doctrinal de la derecha tampoco lo sería, ¿a cuento de qué viene amagar con el retorno del lobo? Habíamos mencionado antes un segundo elemento de interés en la literatura antifascista: el propio hecho de que exista. Y de eso corresponde hablar ahora.

Es sorprendente constatar que, de un tiempo a esta parte, la literatura antifascista está conociendo una sorprendente floración en todos los países de la Europa del Oeste. Hay que decir que el género nació en Francia, nación de acreditado ingenio, y lo hizo ya con todos sus rasgos constitutivos: estructura de ficha policial, recurso a la "culpabilidad por

asociación", cuidadosa elusión de referencias concretas a las ideas realmente expuestas por los "sospechosos", etc. En Francia, donde todo es abundante, tanto el genio como la estupidez, esta literatura ha venido acompañada en los últimos años por ruidosas plataformas que so pretexto de "llamamientos a la vigilancia" han pretendido —y, en buena medida, conseguido— reducir al silencio a los intelectuales "políticamente incorrectos". Pero en el pecado han llevado la penitencia, porque tales "llamamientos", por abusivos, han conducido también a muchos observadores a preguntarse por la causa de semejante furor. En efecto, ¿de dónde nace tamaña furia antifascista si fascismo, lo que se dice fascismo, ya no hay?

El finado François Furet lo constató con mucho acierto: "El antifascismo nunca ha estado tan extendido ni ha sido tan poderoso como después de que el fascismo fuera derrotado en 1945 (...) La posteridad se sorprenderá, sin duda, de que las democracias hayan inventado tantos fascismos y amenazas fascistas después de que los fascismos hayan sido vencidos" [6]. Y la posteridad, si es que posteridad nos queda, se preguntará cómo ha sido posible eso. ¿Cómo puede existir un antifascismo sin fascistas? Pierre-André Taguieff ha esbozado un apunte de respuesta: caído el Muro de Berlin, la izquierda, que se ha quedado vacía de ideas, pero que sigue conservando una posición dominante en el mundo intelectual, reconstruye el "frente antifascista" de los años treinta con la esperanza de que sirva como plataforma desde la que recuperar el protagonismo social perdido [7]. Y como la iniciativa coincide con la súbita soledad de Occidente, que se ha quedado sin su enemigo del Este, y como además —y por fundadas razones— nadie desea verse tildado de "fascista", la aparición de un nuevo enemigo tan omnipresente como fantasmal nos ha venido a todos como anillo al dedo.

Pero vayamos por partes. ¿Estamos asistiendo realmente a un revival de la estrategia antifascista desplegada por los comunistas en los años treinta? Hagamos memoria: hacia 1934-35, la Unión Soviética, que hasta entonces había defendido la tesis de que las democracias capitalistas y el fascismo eran esencialmente idénticos [8], giró en sus posiciones y empezó a defender una alianza táctica con las fuerzas burguesas de izquierda, alianza que se materializará en los "frentes populares". A partir de ese momento, el mundo se divide en fascistas y antifascistas, y el campeón del segundo campo, el de los "buenos", es la Unión Soviética de Stalin. El argumento permitirá a Stalin cumplir simultáneamente dos objetivos: en primer lugar, ocultar el horror de su propio sistema; complementariamente, ganar miles de voluntades para reforzar los proyectos geopolíticos de Moscú. Toda la gran estafa de los "intelectuales antifascistas" de aquella época nace precisamente de esa trampa dialéctica fascismo/antifascismo: para no "hacer el juego al fascismo", la intelligentsia progresista enmudecerá sobre lo que está pasando en los países comunistas. El hoy venerado Bertolt Brecht escribe en los años treinta: "En lo que concierne a los procesos (de Moscú), estaría perfectamente fuera de lugar hablar de ellos adoptando una actitud hostil a la Unión (soviética) que los organiza, aunque sólo fuera porque tal actitud se mudaría muy pronto, automática y necesariamente, en una actitud de hostilidad hacia el proletariado ruso amenazado de guerra por el fascismo mundial y también hacia el socialismo que allí se está levantando" [9]. Hoy han cambiado los protagonistas del drama, sus móviles y el contexto, pero la idea es la misma: construir una ficticia plataforma con el antifascismo como mínimo común denominador.

Ahora bien, entre aquel veteroantifascismo de los años treinta y el neoantifascismo contemporáneo, o antifascismo póstumo, hay diferencias muy importantes, como ha explicado Alain de Benoist [10]. La primera y decisiva es que cuando hoy se llama "fascista" a alguien no se está haciendo referencia a un fenómeno histórico real, sino que el término funciona más bien como un operador de descalificación en sentido global y genérico, sólo inteligible en el marco cultural que nos rodea, en el imaginario de nuestro mundo mítico-político.

Así pueden ser "fascistas", simultáneamente y sin mútua contradicción, un navajero skin, Pol Pot, Pinochet, ETA, la legislación anti-tabaco norteamericana, Stalin y el vecino del quinto que maltrata a su mujer. Y es que la invocación del "fascismo", en el contexto contemporáneo, no funciona como etiqueta política, sino como maldición: se trata de arrojar sobre el adversario la sombra de un mito incapacitante que produce repulsión en el espectador. De este modo, el antifascismo ya no se basa en una constatación objetiva del tipo "Mengano es fascista", lo cual exigiría explicar por qué, sino que ahora se reduce a una simple imputación moral que, como tal, ni siquiera necesita ser demostrada. Estamos moviéndonos en plena teología política, o mejor dicho, en plena demonología político-moral. El neoantifascismo es "una demonología", escribe Pierre-André Taguieff [11]. En efecto, y como dice Ernst Nolte, "la oposición actual al nacionalsocialismo, oposición tardía y sin ningún riesgo, se ha convertido en un sustituto de la religión" [12]. A falta de un Bien comúnmente aceptado, hemos inventado un Mal unánimemente execrado: "En un mundo que ha aprendido a desconfiar de la idea de bien absoluto, pero que continúa necesitando más que nunca la idea de un mal absoluto, el neoantifascismo representa una cómoda forma de profesar una moral mínima", escribe De Benoist [13].

La primera consecuencia de esta mitificación del término "fascismo" es que, ahora, cualquiera puede ser fascista. "El neoantifascismo se caracteriza porque sin cesar extiende el campo de lo que estigmatiza como "fascismo", escribe Pierre-André Taguieff [14]. Así, y pasando al ámbito ideológico-político, ya no se trata sólo de cazar fascistas stricto sensu, pues de esos casi no quedan, sino que ahora la elástica etiqueta puede aplicarse a cualquiera que defienda posiciones poco ortodoxas respecto al consenso dominante. El resultado es que lo "fascista", a fuerza de diluirse, pierde toda significación concreta. Por poner ejemplos muy concretos, señalemos que en España se ha acusado de "fascismo" a personas que han defendido ideas tan dispares como la intervención de la herencia genética en el cociente intelectual, la preeminencia de la Ley de Dios a la hora de regular los comportamientos humanos, el carácter inferior del arte contemporáneo respecto al arte clásico, la existencia de un pueblo indoeuropeo originario, la afirmación de que el "terror rojo" durante nuestra guerra civil fue más sangriento que el "terror azul" o la constatación de que la democracia liberal de partidos no atiende adecuadamente las aspiraciones populares de participación política. ¿Son éstas ideas fascistas? No. Pero eso da igual. Hoy nadie reivindica el fascismo, pero éste se presume en cualquiera —y la presunción aumenta a medida que disminuye la reivindicación. Constatemos un hecho llamativo: en España, los autores antifascistas, a la hora de denunciar actitudes "peligrosas", han acometido contra universitarios que engordan sus posaderas estudiando la arqueología indoeuropea, contra periodistas fascinados por el comunitarismo americano o contra académicos empeñados en escribir tratados de Filosofía Natural, pero jamás han dicho ni una palabra sobre los partidos políticos que aplican programas de segregación cultural en ciertas regiones españolas, ni sobre los gobernantes que en época reciente prescindieron de la ley para hacer de su capa un sayo en nombre de una Razón de Estado entendida —y muy mal entendida— como cal viva. Y es que la función de la literatura antifascista no es realmente iluminarnos sobre el nacimiento de un supuesto fascismo, sino estigmatizar a un sector de la opinión, en este caso la derecha genérica, arrojando sobre ella la sombra del mito maligno.

Esta constatación nos indica con claridad dónde se sitúa el principal motor de esta nueva demonología social, y aquí retornamos al asunto de la estrategia izquierdista. Thierry Wolton ha descrito el antifascismo contemporáneo como "el mayor factor de unión común entre una izquierda nostálgica del marxismo-leninismo" [15]. J.-F. Revel coincide en que el neoantifascismo "sirve de sucedáneo a los censores que han quedado huérfanos tras la pérdida de ese incomparable instrumento de tiranía espiritual que era el evangelio marxista" (Le Point, 10-junio-1995,

p.99). En efecto, hoy, como en los años treinta, es la izquierda la que ha despertado al fantasma. Pero con otra diferencia esencial: el beneficiario del neoantifascismo ya no es el sovietismo, que ha muerto, sino al contrario, la sociedad establecida y su ideología burguesa, que era exactamente lo que el viejo antifascismo pretendía destruir. Y sumemos otra diferencia importante: en la época de los fascismos reales, el antifascismo —dice De Benoist— "podía conducirle a uno a los campos de concentración o ante el paredón; por el contrario, el neoantifascismo no es más que un medio entre otros, y no de los menores, de que le abran a uno la puerta de los media y de las cadenas de televisión". De este modo, hoy todo el mundo puede ser neoantifascista, porque tal opción no lleva implícito un proyecto revolucionario, sino que, al contrario, es una variante de lo "políticamente correcto" ("la forma típicamente europea de lo políticamente correcto consiste en ver fascistas por todas partes", observa Alain Finkielkraut), y además porque el neoantifascista no corre riesgo alguno, puesto que no hay enemigo real. Y como el neoantifascismo apunta hacia un enemigo no político, sino mítico, con el que nadie en su sano juicio podría desear identificarse, el resultado es que en torno al tópico neoantifascista se va construyendo poco a poco un consenso prácticamente general. Bien puede decirse que estamos ante la última victoria de la intelligentsia de izquierdas.

¿Victoria? Evidentemente, desde el punto de vista instrumental sí que lo es, porque permite mantener las posiciones de poder de una intelligentsia de izquierdas que se había quedado sin referentes doctrinales ni políticos. Ahora bien, la asunción del neoantifascismo implica también un retroceso ético e intelectual no desdeñable. "La trágica paradoja que ilustra esta corrupción ideológica del antifascismo —escribe Taguieff— es que se parece cada vez más, tanto por sus métodos como por las pasiones negativas que le impulsan, al 'fascismo' que pretende combatir" [16]. Para Alain Finkielkraut, este neoantifascismo significa una renuncia de hecho a la democracia pluralista y un retorno al totalitarismo: "Poseídos por la idea de no faltar a su cita con la Historia —escribe el autor de La derrota del pensamiento—, los antifascistas están faltando a su cita con la política. Y, como última forma de linchamiento, algunos de ellos sucumben a la tentación del pensamiento binario. 'La izquierda —decía profundamente Orwell— es antifascista, pero no antitotalitaria'. En los últimos años del comunismo habíamos creído que se había corregido ese defecto. Hoy vemos que no, al menos en lo que concierne a la izquierda intelectual. El fin de esa inversión de las sociedades liberales que era el socialismo y el ascenso de la extrema derecha resucitan el esquema de la única alternativa. La escena pública, interior y mundial, se reduce al enfrentamiento entre dos fuerzas: la tribu de Abel y la tribu de Caín, el pueblo en lucha contra el resto de la sociedad en vías de fascistización. El pluralismo es una apariencia, y la política, un combate sin merced que debe terminar con la erradicación del mal (...) En definitiva, hay que completar la frase de Orwell: cuando la izquierda deja de ser antitotalitaria para no ser más que antifascista, vuelve a convertirse en totalitaria" [17]. Con el neoantifascismo, la izquierda ha conseguido una victoria en el terreno del poder social, pero ha retrocedido cincuenta años en el terreno del pensamiento. Se ha convertido en una fuerza literalmente reaccionaria. Porque el neoantifascismo, al construir un enemigo mítico sin presencia real, cumple una función de mantenimiento del statu quo: "Convertir un fascismo imaginario en amenaza omnipresente —explica De Benoist— permite hacer aceptar todas las disfunciones, todas las patologías del mundo actual, como males menores frente al 'mal absoluto' (...) Los totalitarismos modernos han sido producto de una modernidad que ya ha concluido. La era abierta en 1917 ha terminado en 1989. La posmodernidad dibuja una problemática que no tiene nada que ver con cuanto la ha precedido. Empecinarse en concebir el futuro como una repetición del pasado, empeñarse en entrar reculando en el siglo XXI, impide imaginar cómo podría ser un totalitarismo futuro" [18]. ¿Y cómo podría ser ese totalitarismo? Ernst Nolte lo percibe

del siguiente modo: "Veo aparecer una amenaza muy concreta: que el 'capitalismo' totalmente desencadenado, dominando el mundo entero, deje que el vacío que el propio capitalismo entraña se llene con un 'antifascismo' que simplifica y mutila la historia del mismo modo que el sistema económico uniformiza el mundo" [19]. El fantasma del totalitarismo no ha desaparecido, al contrario: puede retornar, pero, de hacerlo, se presentará con nuevos ropajes. Y aquí el lector nos perdonará la inmodestia, pero, dado que también nosotros hemos salido pringados de la tomatina "neoantifascista", no nos resistimos a incorporar nuestras propias exploraciones en este terreno. He aquí lo que hace algunos años escribíamos al respecto: "En el totalitarismo de corte 'clásico', el Estado se apodera totalmente de la sociedad. Pero si el agente cambia, si ya no es el Estado como instrumento político, sino un sistema concebido como instrumento burocrático y administrativo de control y poder que absorbe y neutraliza toda la espontaneidad humana, ¿acaso el efecto no es el mismo? ¿Acaso no es el mismo proceso —el mismo totalitarismo, pero bajo otro aspecto? (...) El totalitarismo es una praxis útil y eficaz de organización en la era de la técnica. Por eso permanece su vigencia. Es un fantasma que puede ser conjurado, invocado continuamente por la civilización técnica —y por eso enseña las orejas por todas partes. Su verdadera esencia no es hoy la lucha de clases o la jerarquía racial (aquellas dos ideologías universales de las que hablaba Hannah Arendt), sino la propia eficacia técnica. Y por eso nos acompañará mientras la técnica se haya apoderado del alma de nuestra civilización (...) En última instancia, el orden liberal capitalista no constituye en modo alguno un refugio frente al totalitarismo, al contrario: al legitimar el sistema tecnoeconómico establecido, cuya ambición es igualmente totalizadora, está proponiendo una forma nueva de lo mismo, una forma quizá más suave —o con menos sangre encima de la mesa—, pero no menos implacable en su control" [20].

El neoantifascismo es producto de la artificial sublimación del fascismo histórico, al que se ha conferido la forma de un agente maligno de naturaleza transhistórica e incluso transpolítica. Se trata de una maniobra que ha permitido a la izquierda conservar posiciones de poder y encabezar el consenso social, y que además conforta al discurso del sistema único en su necesidad de hallar un enemigo total, pero que presenta tres graves inconvenientes: en primer lugar, la elasticidad de un término (el de "fascismo") privado de referentes reales confina en la heterodoxia a un número creciente de ideas y personas, lo cual genera un nuevo despotismo difícilmente aceptable en unas sociedades plurales; en segundo lugar, para la propia izquierda supone un gravoso retroceso, porque la devuelve a la problemática de los años treinta y la empuja a adoptar de nuevo formas totalitarias; por último, y esto es sin duda lo más grave, el neoantifascismo, al apartar la vista del presente y desviarla hacia un "pasado que no pasa", impide cualquier análisis objetivo de los problemas reales de nuestro tiempo. El neoantifascismo ha creado una curiosa situación: bajo el impulso del mito maligno que eternamente retorna, se han alzado centenares de vigías que no miran hacia adelante, sino hacia atrás. De ese modo nuestra sociedad se ciega voluntariamente y se priva de cualquier posibilidad de adivinar por dónde podrían venir los nuevos golpes contra la libertad de aquello que Jünger llamaba "la persona singular".
Pero aquí estamos alcanzando profundidades que al autor antifascista le parecerán abisales: aquí le faltará la luz y el aire, pues no hay posibilidad de establecer conexiones fantasmales, amalgamas culpabilizadoras, aseveraciones tan simples como falaces. E incluso a él le parecería abusivo el ejercicio de calificar como "fascistas" a todos y cada uno de quienes piensan, como Finkielkraut o Taguieff, que el neoantifascismo es una peligrosa filfa. Su mundo, el mundo del autor antifascista, está muy lejos de aquí: está en las tribus urbanas, en las pandillas juveniles, en el gueto marginal, en la garganta profunda del mitómano. Si al menos todo esto fuera fascismo... Pero tampoco lo es.

Los nuevos rostros del nihilismo

El fascismo ya no existe. Los grupos o personas a las que se les acusa de "fascistas", por lo general, no lo son. El propio neoantifascismo no es más que una especie de moral política conformista. Pero, entonces, ¿de qué nos habla la literatura antifascista? ¿Qué son esos grupos de sujetos que arrasan la noche urbana ataviados con vestimentas que recuerdan vagamente a los SS de las películas americanas? Este es el tercer elemento de interés que habíamos identificado en la literatura antifascista: el mundo que retrata, las fuentes en las que bebe. Y tiene interés porque, si bien ese mundo carece de relevancia política, da testimonio de un fenómeno social altamente inquietante. Un joven de diecisiete años, de clase media-baja, con un nivel cultural tan limitado como el de la mayoría de su generación, empieza a comportarse de forma extraña: no se deja crecer el pelo, sino que se lo rapa; viste ropas tan astrosas y caras como los otros jóvenes de su edad, pero todas sus prendas parecen remedos de uniformes militares; bebe como los otros y se droga como los otros, pero la moña le da siempre violenta; se aísla del mundo con músicas tan ensordecedoras como las demás, pero se trata de ruidos que inspiran violencia no sólo por su letra —que rara vez entiende—, sino, sobre todo, por su compás. Y lo que es más preocupante: a la hora de fabricarse una identidad, ese joven se rodea de una estética y de una simbología directamente perversa, inspirada en la estética y en la simbología que los relatos de los medios de comunicación de masas vienen presentando desde hace decenios como signos identificativos del Mal. Un día, ese joven se alía con otros de su misma condición y, juntos, apalean a un mendigo tunecino por el mero hecho de ser pobre y moro. ¿Es eso "fascismo"? No. Pretende serlo, y así nos lo presentarán los periódicos, pero, en rigor, tiene poco que ver con lo que en Historia de los movimientos políticos se conoce como fascismo. Veamos por qué.

El fascismo concluyó como todos sabemos: ahogado en sangre. Su experiencia totalitaria, especialmente en Alemania, desencadenó una ola de muerte que sólo sería superada por los comunismos soviético y chino. Pero esto no debe hacernos pensar que el fascismo fuera, desde sus inicios, una doctrina de muerte. Recientemente, a propósito del debate suscitado por el Libro negro del comunismo, se han escrito cosas tan extravagantes como que el comunismo albergaba un ideal unido a la esperanza democrática, mientras que el fascismo tan sólo representaba una mecánica social de exclusión asentada sobre las pulsiones más peligrosas del individuo [21]. Ahora bien, tal perspectiva hace sencillamente incomprensible el hecho de que los fascismos gozaran del enorme apoyo popular que obtuvieron en Italia y en Alemania. ¿Acaso habremos de pensar que la mayoría de los italianos y la mayoría de los alemanes se volvieron colectivamente locos? Eso no tiene sentido. Y, además, contradice lo que los textos de la época nos enseñan. El argumento del fascismo como "doctrina del Mal" es un recurso dialéctico del antifascismo contemporáneo, una imagen que nos permite entender cómo ven el fascismo los antifascistas de nuestro tiempo, pero que no nos dice nada sobre cómo se veían los fascismos históricos a sí mismos. Y la verdad es muy otra: como ha dicho Alain Besançon, el fascismo —como, por otra parte, el comunismo— despertó tan grandes esperanzas entre sus gentes porque supo proponer "ideales elevados" capaces de "suscitar la devoción entusiasta y los actos heróicos" [22]. Lo que hace tan negra la página histórica de los totalitarismos es precisamente eso: no sólo el hecho de que despertaran una lógica de muerte —la Historia de la humanidad es una perpetua orgía de matanzas sin cuento—, sino, sobre todo, la circunstancia agravante de que esas muertes fueran consecuencia de unos movimientos políticos que habían despertado la adhesión de las masas por sus objetivos regeneradores o liberadores [23]. Porque el fascismo es, ante todo, eso: antes incluso que una ideología, el fascismo es una praxis política de movilización con ideas determinadas sobre la estructura del Estado, sobre la política económica, sobre las relaciones entre los ciudadanos y, por supuesto, con una estrategia de acción política y de conquista de espacios sociales capaz de incorporar la voluntad de un sector

determinado de la población. Y esta es precisamente la razón por la cual no puede decirse que el skin sea un fascista: porque ni en su acción, ni en sus convicciones, ni en sus propósitos hay traza alguna de objetivos políticos; porque todo cuanto él es, desde la decisión de ser skin hasta las banderas que enarbola, responden a una dinámica distinta: una dinámica no de proyección política, sino de marginalización social.

Los profesionales del antifascismo más sensatos —que alguno hay—, conscientes de que las cosas son así, tratan de evitar la simplificación aplicando el prefijo neo a las actividades de esas tribus urbanas. Así, el skin no sería un fascista o un nazi, sino un "neofascista" o un "neonazi". Pero esta etiqueta también es equívoca, porque neofascismo ya hubo uno, y su lugar en la historia de los movimientos políticos se halla tan lejos de los fascismos históricos como de estos supuestos "neonazismos" de tribu juvenil. Hagamos nuevamente memoria: entre 1968 y 1980, en Europa surgen diversos grupos, frecuentemente muy violentos, que enarbolan las banderas del fascismo derrotado en la guerra y pretenden desestabilizar unas sociedades liberales amenazadas (de formal real o supuesta) por la marea pseudorrevolucionaria de 1968, por el terrorismo de las Brigadas Rojas en Italia y de la Fracción del Ejército Rojo en Alemania, por la crisis económica de 1973, etc. Estos movimientos neofascistas guardan vinculaciones personales e ideológicas con el fascismo de la preguerra, pero desarrollan elaboraciones doctrinales propias, muy influidas por la praxis revolucionaria del Tercer Mundo, y arraigan en ambientes fundamentalmente juveniles y universitarios, lejos de las masas proletarias que caracterizaron a los movimientos hitleriano o mussoliniano. En Francia, el fenómeno de la "derecha radical" arrancaba de la guerra de Argelia. En Italia, los "años de plomo" (1970—1980) vieron cómo los enfrentamientos entre las Brigadas Rojas y los terroristas "negros" teñían de sangre las calles [24]. En España, la onda del "neofascismo" hizo surgir diferentes grupúsculos tanto antes como después de la muerte de Franco, y también ocasionalmente violentos. El terrorismo de extrema derecha en España nunca alcanzó ni la intensidad ni la extensión del terrorismo marxista o separatista del FRAP, ETA o los GRAPO, pero alcanzó cumbres de absurdo horror con acciones como la matanza de Atocha. Por cierto que aquella locura consiguió descalificar a la extrema derecha española de la época con mucha más eficacia que una campaña de prensa; más tarde se hablaría de la supuesta intervención de los servicios secretos españoles en la organización de aquel crimen, ya para amedrentar a la izquierda comunista, ya para poner en evidencia a los propios ultraderechistas. Sabe Dios... El hecho es que pocos años después, en Italia, varios ex militantes de la ultraizquierda y la ultraderecha prestaban su testimonio conjunto en un libro que hizo época y cuya conclusión era rotunda: toda la "estrategia de la tensión" que presidió los "años de plomo" en aquel país fue concienzudamente planificada, estimulada y agudizada por los servicios secretos del Estado para desviar la atención de la propia podredumbre del sistema [25]. Lo cual, visto cuanto ha ocurrido en Italia en los últimos diez años, no puede considerarse como una hipótesis sin fundamento.

Lo que nos interesa retener es que este neofascismo de los años 60 y 70 —como, por otra parte, su gemelo ultraizquierdista de esa misma época— no fue, propiamente hablando, un fenómeno político, sino más bien sociológico: no generó grandes partidos, ni programas o proyectos que atrajeran la atención de los ciudadanos, sino que siempre cultivó deliberadamente zonas de marginalidad; nunca halló una proyección social extensa, sino que en la práctica se limitó a movimientos de carácter juvenil, por lo general universitarios, cuyos miembros solían abandonar el activismo al pasar a la edad adulta; su violencia, cuando la hubo —que no fue siempre—, tampoco respondió a una estrategia revolucionaria a largo plazo y con fines políticos determinados, sino que más bien pareció moverse al compás de ese aliento nihilista que es inseparable de los problemas de convivencia en las sociedades post-industriales. La etiología del neofascismo de

los años 60/70, en fin, no es política, sino social. Y su lugar no es el del fascismo histórico, sino el de otro fenómeno histórico que recorre toda la trayectoria —social— de la modernidad: el nihilismo, es decir, esa negación radical, más visceral que intelectual, del orden común, y en cuyos márgenes aparece siempre el lumpen-proletariado del espíritu.

Pues bien: si esto fue así en el caso del neofascismo de los años 70, mucho más lo es en el caso del "neonazismo skin". Hay que insistir en un hecho que, a nuestro entender, es fundamental: el fascista de 1922, como el nazi de 1933, se identificaba con un movimiento que se presentaba a sí mismo como redentor, regenerador, emancipador, afirmativo; por el contrario, el "nazismo" que el skin conoce, y con el cual se identifica, no es el original, sino la imagen que de él nos ha llegado a través de los relatos de los medios de comunicación de masas, es decir, el nazismo como una religión maligna de la dominación, del crimen, de la violencia, del absurdo. El "nazismo", especialmente en los últimos quince años, y en virtud del neoantifascismo antes descrito, se ha convertido en la Figura del Mal dentro de nuestras sociedades; de hecho, raro es el día en que no se emite una película donde el villano es nazi, como raro es el día en que no aparece una información —todavía hoy— sobre cualquier barbaridad cometida por los alemanes durante la segunda guerra mundial. Que un alemán fuera nazi en 1934 es comprensible, porque entonces la imagen del nazismo era una; por el contrario, que un joven decida hoy hacerse nazi es ciertamente chocante, porque la imagen del nazismo, hoy, es otra. ¿Qué elementos atractivos puede hallar un joven de hoy en el nazismo —y no en el nazismo de 1933, que desconoce, sino en la imagen del nazismo de este final de siglo, que es el único que está a su alcance? Evidentemente, a ese joven no le está interesando la política agraria de Darré, ni la política financiera de Hjalmar Schacht, ni las innovaciones cinematográficas introducidas por Leni Riefenstahl; lo que está despertando algún oscuro fuego en el interior de ese joven es el campo cercado con alambre de espino, la pira de libros, los cráneos amontonados al estilo de Tamerlán. Esto es algo que uno percibe con toda claridad en los fanzines o panfletos que algunas de esas tribus urbanas editan a modo de lazo de reconocimiento: su contenido suele limitarse a la crónica de los bares nocturnos, con abierta apología de la ebriedad, y un amplio repertorio de tópicos analfabetos sobre la violencia con frases que parecen calcadas de alguna película de Tarantino o de un cómic de Conan, todo ello envuelto en alusiones reiterativas a términos-fetiche como "raza" o "patria". El examen de este material resultará más enriquecedor si lo comparamos con el material equivalente que publican las tribus urbanas de signo contrario, como los "okupas" o los "red-skins", que reivindican una estética de carácter marxista-leninista o anarquista: el mismo analfabetismo funcional, la misma preocupación esencial por exhibir conductas privadas contra-corriente, el mismo recurso fetichista a determinados términos, en este caso los de "libertad" y "revolución". Respecto a estos grupos podríamos repetir la misma pregunta que ya hemos formulado acerca de los skins: cabe entender que un ciudadano fuera marxista-leninista en 1931, pero hoy, después de revelaciones como las de Solzhenitsin o las del Libro negro, ¿quién puede reivindicar una estética así?

La respuesta es la misma en ambos casos: sólo el desarraigado, el que se siente excluido y marginado (con razón o sin ella), puede identificarse con una estética proscrita. Y tal identificación no radica en unas motivaciones de carácter ideológico, sino en un impulso de carácter esencialmente nihilista: uno se identifica con lo proscrito porque se siente a sí mismo proscrito; en el caso del skin, éste se identifica con el "nazismo" porque el "nazismo", dentro de la sociedad biempensante, se presenta rodeado por una aureola siniestra que al nihilista no puede sino resultarse fatalmente atractiva. No es un fenómeno nuevo en las sociedades opulentas: beatniks en viaje interminable atiborrados de drogas, "ángeles del infierno" que surcan en moto las noches norteamericanas, punkies británicos que mezclan grandes dosis de alcohol con Cruces de Hierro guillerminas, hippies que se drogan al ritmo de músicas

hindúes y terminan recreando misas satánicas —o haciendo cosas peores, como el alucinado Manson... Unos podrán resultarnos más simpáticos que otros, pero todas estas actitudes responden al mismo patrón: adolescentes que se ven a sí mismos en ruptura con el medio social, que consideran insoportable la presión del mundo, que desarrollan un odio extremo hacia lo establecido y que, por reacción, se identifican con todo aquello que la sociedad más detesta, ya sea el vagabundo, ya sea el bárbaro (en moto en vez de a caballo), ya sea... el "nazi".

¿Por qué no? La presión de una elite intelectual que vivió la "contracultura" como forma de expresión y que luego supo integrarse (y con gran fortuna, por cierto) en el mecanismo social nos ha fabricado una imagen romántica del "rebelde juvenil". Pero, objetivamente considerado el asunto, entre la rebeldía de hace treinta años y la de hoy sólo existe una diferencia externa, no de esencia. El hippy de hace treinta años o el punk de hace veinte no resultaban menos insoportables, a ojos de la sociedad, que el skin o el okupa de nuestros días. Las peleas a navajazos que vemos en viejas películas como Rebelde sin causa o Warriors no eran más inocentes que las actuales refriegas nocturnas entre tribus urbanas rivales. Aquí estamos tocando un problema mucho más general: el estatuto de la "juventud" como grupo social autónomo en las sociedades desarrolladas.

La juventud, así considerada, no ha existido siempre; es un fenómeno moderno [26]. En la Antigüedad no existía transición entre la infancia y la edad adulta. En Roma se pasaba de golpe de la "toga pretexta" a la "toga viril". En el Medioevo, un aprendiz pasaba al mundo de los adultos desde el mismo momento en que comenzaba a trabajar, al margen de cuál fuera su edad. Hernán Cortés comenzó sus correrías con diecisiete años; Cabeza de Vaca, con veinte. Los ejércitos de Napoleón abundaban en generales de veintipocos años. La juventud, en este tiempo, no es una prolongación de la infancia, sino un estado orientado hacia la edad adulta; de hecho, en las fiestas populares el rol del joven está invariablemente enfocado hacia la obtención de pareja. Pero las cosas cambian a finales del siglo XIX: a medida que la sociedad se va haciendo gerontocrática (los puestos se consiguen mediante ascenso y se fijan límites de edad para asumir responsabilidades), empieza a difundirse un culto a la juventud que pasa por el escultismo y por la literatura romántica. En 1926, Montherlant habla de dos potencias sociales emergentes: el feminismo y el "adolescentismo". La juventud empieza a considerarse como un vivero espiritual contra el mundo burgués, representado por la familia. Ese es el sentido del grito de Gide: "Familias, os odio". Simultáneamente, los regímenes totalitarios no sólo encuadran a la juventud en organizaciones de masas específicas, sino que se presentan a sí mismos como "dictaduras de la juventud". Este ascenso de la juventud como categoría social autónoma experimenta un impulso y, al mismo tiempo, un giro después de 1945: por un lado, lo joven empieza a funcionar como sector concreto del mercado de consumo; por otro, los teóricos de la Escuela de Frankfurt ven en la juventud un sucedáneo del proletariado en lucha y la "guerra de generaciones" sustituye a la "guerra de clases". Sobre estas dos patas se construye el banco que hoy tenemos delante: una es la domesticación de la juventud a través del mercado; la otra es un concepto mítico de la "pureza", la "espontaneidad" y la "rebeldía" juvenil. Ambos elementos se nutren recíprocamente: el mercado vende "rebeldía", lo cual es una forma de alienar a los jóvenes manteniendo la ilusión de la libertad, pero, al mismo tiempo, el discurso social sigue venerando el mito de la juventud, lo cual revierte en una reivindicación de autonomía que se expresa a través del consumo de productos específicamente "juveniles". Y como la coyuntura socioeconómica retrasa cada vez más la incorporación efectiva al mundo adulto, la alienación se prolonga durante años y años. El resultado es una psicología juvenil simultáneamente individualista, pero con tendencia al tribalismo; abúlica, pero estresada; levantisca, pero absolutamente dependiente del medio familiar y social; esclava del consumo, pero obligada a creer que no lo es. Una juventud, en

fin, a la que todo se le permite, pero al mismo tiempo todo se le niega [27].

La mayor parte de los productos de la actual cultura de masas dirigidos a los jóvenes van en este sentido: proponen conductas alienadas so coartada de libertad. No se trata sólo de esa música rítmica en la que Adorno veía un simulacro de rebelión destinado a desmovilizar el furor adolescente; se trata, sobre todo, de esos productos que se presentan como "rebeldes" y cuya única salida lógica es la violencia sin sentido. Pensemos en películas como Abierto hasta el amanecer o Tú asesina, que nosotros limpiamos la sangre, ambas de Tarantino, y convenientemente elogiadas por la crítica progresista; uno no puede pretender que semejante oferta carezca de consecuencias. Pensemos en muchos de los videojuegos que tenemos en el mercado. Pensemos en las diversas aplicaciones de la "realidad virtual", siempre encaminadas a construir mundos ficticios para escapar —y para escapar a golpes. Nunca la juventud ha estado simultáneamente tan infantilizada, tan alienada ni tan exasperada en su agresividad natural. Pues bien: este es el medio natural del skin. Los movimientos skin no son partidos políticos; son juegos de rol. Quien ha engendrado al skin no es el nazismo; es el sistema, el mismo sistema —social, cultural, económico, político— que abomina de él.

¿Qué puede decir el politólogo ante un fenómeno como la violencia skin? El educador podrá considerar que estamos ante un hecho socialmente nocivo y tratará de contrarrestarlo mediante programas que subrayen los contenidos éticos. El antropólogo podrá centrarse en el aspecto de la violencia juvenil descontrolada, que es un hecho de raíces biológicas y en absoluto novedoso, y en consecuencia podrá proponer vías de "institucionalización" o "normalización" de esa agresividad a través de actividades disciplinarias como el deporte o la milicia. El sociólogo podrá levantar acta del carácter automarginal de muchos de estos jóvenes, preguntarse por las razones de tal automarginación y señalar los defectos y disfunciones de la convivencia en las sociedades post—industriales. El psicólogo podrá bucear en el flaco autoconcepto de ese joven que necesita echar mano del puñal para sentirse "alguien", relacionar esta debilidad con el marco familiar o afectivo y, a modo de remedio, apuntar la posibilidad de introducir reformas en los programas educacionales. Pero el politólogo, ¿qué podrá decir?

Es verdad que el fenómeno de la violencia juvenil es inquietante. Pero maticemos: lo inquietante no es la violencia juvenil en sí misma, que es algo que siempre ha existido, porque la agresividad del joven está en las hormonas; lo inquietante es, sobre todo, el hecho de que esa violencia traduzca una creciente tendencia de ciertos sectores no minoritarios de la juventud a identificarse con actitudes nihilistas, deliberadamente antisociales. Estamos ante una realidad que da testimonio de alguna disfunción social grave. Y el argumento de que se trata de un problema minoritario y reducido no puede tranquilizar a nadie. Toda patología social, por definición, permanece en un ámbito limitado: si se generalizara ya no cabría hablar de patología, porque la disfunción provocaría el colapso de todo el cuerpo social. Lo que nos permite calibrar la gravedad de una patología no es tanto su extensión como su arraigo y, sobre todo, la eventual sospecha de que la patología en cuestión no sea sino manifestación epidérmica de un mal más profundo. Y en este caso, hay razones para pensar que la violencia de las tribus urbanas sólo es la punta del iceberg de un problema mucho más generalizado.

Ahora bien, el mejor modo de no resolver jamás un problema es plantearlo sistemáticamente de forma equivocada. Y eso es exactamente lo que acontece cuando nos obcecamos en buscar una raíz política para un fenómeno que tiene raíces educacionales, culturales, sociales, psicológicas, quizás económicas y hasta antropológicas, pero en modo alguno políticas. Otra cosa es que nuestra sociedad, tan pagada de sí, se niegue a aceptar que el consumismo, el materialismo, la molicie, la permisividad, la ausencia de disciplina y la irresponsabilidad no son las mejores formas de educar a la juventud; que se niegue a mirar de frente los hechos y que trate

de buscar respuestas donde no las hay —por ejemplo, en una ideología política más supuesta que real. Pero con esa actitud sólo se consigue eternizar el problema. Y en el campo que nos ocupa, la fantasmagórica tesis de que la violencia de las tribus urbanas viene alimentada con fines desestabilizadores por corrientes políticas radicales, que tal es el "análisis" de la literatura antifascista, está contribuyendo sobremanera a que ese tumor se eternice. En el fondo, el insensato que atribuye aliento político a una mera manifestación de violencia social está otorgando al violento el reconocimiento que busca; está alimentando el proceso que cree denunciar. Es, exactamente, la peor actitud posible.

Recapitulando

Enfocar el problema de la violencia juvenil desde el ángulo demonológico del neoantifascismo es una irresponsabilidad flagrante: equivale a renunciar a solucionar uno de los problemas más inquietantes de nuestras sociedades, una verdadera patología social. Considerar la violencia skin como una manifestación "fascista" no es más que una frívola concesión al espíritu del neoantifascismo contemporáneo, esa religión del establishment que ha permitido consolidar en sus posiciones a la intelligentsia progresista tras la caída del Muro de Berlín, pero que lo ha hecho a costa de despertar un nuevo despotismo intelectual y con una consecuencia todavía más preocupante: cerrarnos deliberadamente los ojos ante los verdaderos peligros que amenazan a la persona singular. El totalitarismo es una amenaza siempre presente, pero ese totalitarismo no va a venir de la derecha. Identificar históricamente a la derecha con el totalitarismo es una barbaridad que sólo cabe en una perspectiva analítica de tipo estalinista, es decir, una perspectiva instrumental-polémica, no objetiva. La derecha política ocupa cerca de doscientos años de historia. Es verdad —y esto la derecha debería recordarlo con más frecuencia— que saludó alborozada al fascismo, sobre todo al mussoliniano, porque estaba aterrorizada ante la llegada de los soviets; del mismo modo, la izquierda se dejó seducir durante decenios por los cantos de las lúgubres sirenas de Stalin, que eran las sirenas de los campos de concentración. Pero todo eso es historia: hoy el mundo es otro, los problemas son otros y las ideas también deberían ser otras, aunque algunos se empeñen en interpretar la historia universal como una perpetua repetición de la segunda guerra mundial, que fue también la segunda guerra civil europea. Más allá del despotismo intelectual del neoantifascismo, del probable totalitarismo frío de la civilización tecnoeconómica y del nihilismo ciego de la violencia juvenil, es preciso pensar vías de superación positiva de la circunstancia contemporánea. Desde luego, tales vías no van a encontrarse en la gigantesca estafa ética y estética de una literatura antifascista que no merecería mayor atención si no fuera por su capacidad para manifestar toda la miseria intelectual y política de la Europa de nuestros días.

Notas

[1] Sobre esta y otras técnicas de inquisición intelectual y política, cf. "La mecánica de la delación", en Hespérides, 11, otoño 1996, pp. 734 y ss.

[2] Ernst Nolte: Die Krise des liberalen Systems und die faschistischen Bewegungen, Munich, 1968, p. 385. Sobre la complejidad académica de la "cuestión fascista", Stanley Payne hace una buena descripción en la introducción a su Historia del fascismo, Planeta, Barcelona, 1995; por cierto que, en este libro, el propio autor cae víctima de la complejidad de la materia que pretende definir. El mayor esfuerzo científico de definición de los fascismos publicado hasta la fecha ha aparecido en Italia y tiene casi mil páginas: se trata de la compilación I fascisti. Le radici e la cause di un fenomeno europeo (Ponte alle Grazie, Firenze, 1996), coordinada por un grupo de universitarios escandinavos y donde pueden hallarse textos de los principales estudiosos de esta materia, como el propio Payne, Juan José Linz, Zeev Sternhell, Renzo de Felice, etc. A los muñidores de literatura antifascista contemporánea no les vendría mal darse un paseo por sus documentadísimas páginas: seguramente aprenderán unas cuantas cosas.

[3] Sobre la deriva del post-fascismo italiano, cf. Marco Tarchi: Cinquant'anni di nostalgia. La destra italiana dopo il fascismo, Rizzoli, Milano, 1995, y Dal Msi ad An. Organizzazione e strategie, Il Mulino, Bologna, 1997. Sobre la problemática del Frente Nacional, cf. Roland Gaucher: La montée du FN, 1983-1997, Jean Picollec, 1998, y Geraud Durand: Enquete au coeur du FN, Jacques Grancher, 1996. Recientemente se ha consumado la ruptura en el seno del Frente Nacional francés entre los partidarios de Le Pen y los de Bruno Megret. Es notable que la prensa española, siguiendo el camino de sus colegas francesas, no ofreciera ninguna explicación de carácter político al suceso, limitándose al habitual lenguaje descalificatorio y moral. Una vía como cualquier otra para no entender nada de nada.

[4] El profesor falangista Sigfredo Hillers, a quien nadie negará conocimiento de la materia, ha demostrado que el régimen de Franco nunca fue completamente nacionalsindicalista, y dejó de serlo de hecho desde 1947. Cf. "El Estado de Derecho en el régimen de Franco", en El legado de Franco, FNFF, Madrid, 1992, pp. 189 y sigs. Para una caracterización general del régimen de Franco, véase nuestro texto "Franco. Una interpretación metapolítica", en Razón Española, 95, mayo 1999, pp. 279 y ss. [5] En efecto, es preciso subrayar que, pese al tópico periodístico y político, en rigor "Estado de Derecho" no equivale a "sistema democrático": el Estado de Derecho presupone que el poder ejecutivo ha de atenerse a normas legales superiores, pero no es imprescindible que tales normas vengan dictadas por un poder legislativo elegido por sufragio popular. Esa es la idea tradicional del Rechtsstaat, en la que el sistema jurídico-político del franquismo se reconoció plenamente.

[6] "Sur l'illusion communiste", en Le Débat, marzo-abril, 1996, p. 172 y ss.

[7] Cf. el comentario de Taguieff a la campaña de prensa contra la "Nueva Derecha": "¿Discusión o inquisición? El 'caso De Benoist'", en Hespérides, 16/17, primavera 1998, pp. 783 y ss.

[8] En 1931, en el XI pleno de la Internacional, Manouilsky declara: "Entre el fascismo y la democracia burguesa sólo hay una diferencia de grado"; en 1934, el comunista francés Maurice Thorez afirma: "La experiencia internacional demuestra que no hay diferencia de naturaleza entre la democracia burguesa y el fascismo". [9] "Sur les procès de Moscou", en Ecrits sur la politique et la société, L'Arche, París, 1970, p. 89.

[10] Communisme et nazisme, Labyrinthe, París, 1989, pp. 148 y ss.

[11] "Les écrans de la vigilance", en Panoramiques, 4º trim. 1998, pp. 65-78.

[12] Entrevista en Junge Freiheit, 3-7-98, p. 5.

[13] Op. cit., p. 149.

[14] Art. cit.

[15] L'histoire interdite, Jean-Claude Lattès, París, 1998.

[16] Art. cit.

[17] Panoramiques, nº cit., pp. 85-86.

[18] Op. cit., p. 150.

[19] Correspondencia con François Furet, en Commentaire, invierno 1997-98, p. 809. La correspondencia Furet-Nolte ha aparecido recogida en un libro, Fascisme et communisme, Plon, París, 1998.

[20] "Contra todos los totalitarismos", en Hespérides, 9, primavera 1996, pp. 382-383.

[21] La infeliz frase es del director de Le Monde, Jean-Marie Colombani, en "Le communisme et nous", Le Monde, 5-XII-97. Para una refutación, cf. Alain de Benoist: "Comunismo y nazismo. ¿Verdaderos o falsos gemelos?", en Hespérides, 18, invierno 1998-99, pp. 962 y ss.

[22] En su comunicación a la sesión anual de apertura del Instituto de Francia; el texto fue publicado en Commentaire, invierno 1997-98.

[23] Y aún así, en honor a la verdad, es preciso hacer matices. Hoy sabemos, por ejemplo, que la violencia política en la Italia de

Mussolini fue sensiblemente reducida: entre 1922 y 1940, el número de ejecuciones por causas políticas fue de nueve, en su mayor parte terroristas eslovenos; ya en guerra, entre 1940 y 1943, la cifra se limitó a diecisiete; durante todo el periodo mussoliniano, el número de presos políticos nunca pasó de algunos miles. Por eso Hannah Arendt consideraba que la dictadura fascista no fue propiamente totalitaria (Le systeme totalitaire, Seuil, París, 1972), y lo mismo pensaba Raymond Aron ("Existe-t-il un mystère nazi?", en Commentaire, otoño 1979). Por el contrario, la represión comunista en Italia después de 1943 costará la vida a más de cien mil fascistas, reales o supuestos. Cf. Paul Sérant: Les vaincus de la Libération, Robert Laffont, París, 1964.

[24] Entre 1969 y 1980, en Italia se produjeron 7.866 atentados contra cuarteles y dependencias de la Administración. A los 151 muertos producidos por los atentados más brutales hay que sumar 362 asesinatos políticos y 37 terroristas abatidos por la policía y los carabineros. La mayor parte de los actos violentos procedían de la ultraizquierda, pero la ultraderecha no se quedó atrás.

[25] Maurizio Cabona y Stenio Solinas (eds.): C'eravamo tanto a(r)mati, Sette Colori, Vibo Valentia, 1984. El título, como el cinéfilo habrá percibido, hace referencia a una película de Ettore Scola, C'eravamo tanto amati, que reúne a tres desengañados de la Resistencia; uno de ellos, encarnado por Vittorio Gassmann, resume así su desilusión: "Queríamos cambiar el mundo, pero el mundo nos ha cambiado a nosotros".

[26] Hay un excelente estudio de esta cuestión en Guillaume Faye: "Los héroes están cansados", en Alain de Benoist y G. Faye: Las ideas de la "nueva derecha", Nuevo Arte Thor, Barcelona, 1986.

Psicopatología del antifascismo. Análisis de una enfermedad del alma

Ernesto Milá

Pero ¿qué es el fascismo?

*H*ablando con propiedad, el fascismo fue el movimiento político italiano creado por Benito Mussolini de procedencia socialista, por los futuristas y por los nacionalistas italianos después de la Primera Guerra Mundial y que gobernó Italia durante 20 años, cohabitando con la monarquía de los Saboia y teniendo una prolongación de apenas dos años en la República Social Italiana. Así pues, históricamente no hubo más fascismo que éste.

Desde el punto de vista de las tipologías políticas se conoce por generalización abusiva como "fascismo" a los movimientos que, en líneas generales, tienen un alto grado de similitudes con el fascismo italiano y en esto entran movimientos muy diversos, todos los cuales tienen como características comunes: nacionalismo, movimiento de masas, interclasismo, respuesta al comunismo y voluntad de llevar a la práctica una política social avanzada que pudiera rivalizar con la agitada por la izquierda. Las componentes de estos movimientos, que se dan en todas las formas de fascismo, proceden de sectores de la izquierda, de la burguesía y de los excombatientes de la Gran Guerra. Debemos al profesor Zeev Sternhell un formidable estudio sobre estos movimientos en su libro "Ni derechas, ni izquierdas", no traducido en España y del que hace unas semanas publicamos en infokrisis un capítulo.

La tesis de Sternhell afirma que el roce con el poder y el ejercicio del poder, contaminaron al fascismo y lo desviaron de su esencia original. Por tanto, no es en Italia ni en Alemania donde puede estudiarse formas químicamente puras de fascismo, sino en Francia donde éste movimiento no llegó al

poder (y por tanto, no rectificó su línea según las componendas necesarias en toda gestión del poder), pero sí tuvo una larga gestación ideológica muy anterior que se inicia con disidentes del socialismo (desde Proudhom a Henry de Man), con la aparición del nacionalismo integral de Maurras y con los llamados "no conformistas de los años 30" (el grupo Ordre Nouveau, Esprit, etc.). Para Sternhell no hay duda de que el fascismo fue un movimiento político de nuevo cuño, alternativa a la derecha y a la izquierda. Debemos recordar que el esfuerzo de objetividad en Sternhell es todavía más apreciable en la medida en que es de nacionalidad judía y profesor de la universidad de Tel Aviv.

Pero existe una tercera forma de fascismo, que más que una catalogación política o ideológica supondría un adjetivo de propaganda lanzado contra tal o cual adversario. Se sabe, por ejemplo, que contra más virado a la izquierda está un partido, más amplio considera el espectro "fascista". Para HB "fascismo" es, desde el PSOE hasta la falange, pasando por el PP, el PNV y el turista que pasaba por ahí y que no había sido recibido con un *aurresku*. Antes de la II Guerra Mundial vimos a los estalinistas llamar "social-fascistas" a los partidos socialdemócratas y, por extensión, fascismo sería toda forma de anticomunismo o de actitud de prevención contra el comunismo.

Quienes consideran la primera definición de fascismo se centran en el análisis histórico rigorista; quienes asumen la segunda, preferencialmente, contemplan los aspectos ideológicos y doctrinales del fascismo. Ambas son posturas razonables que no presuponen una adhesión a los principios del fascismo ni a ninguna organización fascista. Es la tercera opción de la que ha salido el antifascismo entendido como psicopatología, esto es "enfermedad del alma" o "perversión de la mente".

Si usted es "antifa", usted tiene un problema

Seamos claros: hasta la caída del Muro de Berlín, ser anticomunista implicaba denunciar a un sistema que había recluido a su población en la miseria y creado el universo concentracionario más grande de la historia, que amputaba las libertades políticas y que ni siquiera era capaz de avanzar decididamente por la vía del desarrollo. Si el comunismo era la quintaesencia de la dictadura… el stalinismo era la forma más perversa y degradada de dictadura. El ciclo del comunismo duró desde 1917 hasta el 9 de noviembre de 1989 cuando las masas saltan sobre el Muro de Berlín y desaparece la República Democrática Alemana.

A partir de ese momento, ser "anticomunista" empezaba a ser algo obsoleto y periclitado. En la Francia de hoy donde el otrora poderosísimo PCF es un despojo o en España en donde los herederos del PCE se preocupan solo del carril bici y de la memoria histórica hemipléjica, ser anticomunista es una resaca de un movimiento político que se extinguió hacia 1989, hace sólo 18 años. Pero es que el fascismo histórico desapareció en 1945, hace la friolera de 62 años.

Por tanto, en la mentalidad de quien se define como "antifa" hay algo averiado y sombrío. Que el antifa no es el único sometido a la patología social que vamos a definir es claro y cristalino. Determinadas formas de antisemitismo entran también dentro de la misma patología. La diferencia estriba en que en Palestina sigue habiendo matanzas, que el poder del judaísmo norteamericano está en el origen de las peores maniobras expansionistas de aquella potencia y que, dos mil años de recelos del catolicismo hacia el judaísmo no se extinguen en unas décadas.

Antifascismo uno y múltiple

El antifascismo es un fenómeno único en la historia reciente de las ideas. De hecho, ya hemos dicho que no es una idea, sino una "patología del alma". De la misma forma que se utiliza el concepto de "Síndrome de inmunodeficiencia Adquirida" para etiquetar a un paquete de distintas enfermedades que pueden o no manifestarse en el aquejado por determinado virus, el antifascismo aparece solamente en organismos en los que el virus de lo políticamente correcto ha calado hondo. Y, por eso mismo, se manifiesta de distintas formas, unas son razonables y otras son

extremas y, por tanto, equivalentes a los peores estragos de una enfermedad terminal.

Lo importante, en cualquier caso, es señalar que el antifascismo sólo aparece en mentes aplanadas (y aplatanadas) por lo políticamente correcto y sólo en ellas. Una mente que trabaja con parámetros aceptables de racionalidad, lógica, sentido común y capacidad para encadenar silogismos, nunca aceptará ni el pensamiento único, ni lo políticamente correcto.

Así pues, en toda forma de antifascismo hay una renuncia: a esforzarse en ir más allá del límite marcado por lo políticamente correcto, como si esa frontera fuera un *finís térrea*, más allá del cual solamente existe un territorio incógnito que más vale no adentrarse ni conocer. Lo políticamente correcto son las lentes correctivas que, hechas con la montura del apriorismo, impiden ver la realidad tal cual es, esto es, con objetividad.

Existen tres tipos de antifascismo:

1) ***El antifascismo inercial***: es el propio del ciudadano medio que sigue pasivamente la política, no se preocupa ni por adoptar una posición activa –salvo en muy determinadas ocasiones, siempre en episodios de masas– ni por las causas últimas, le basta con que los "líderes de opinión" sean más o menos antifascistas como para adherirse a esa corriente general. A fuerza de oír hablar de "fascismo" y de identificarlo con el mal absoluto, su falta de energía mental le lleva a aceptar la consigna atribuida al Gran Hermano: *"No pienses, el gran hermano piensa por ti"*. Y el Gran Hermano dice que el fascismo es malvado, por tanto, hay que condenarlo. Es una forma de ser antifa, pero sin ejercerlo. Una parte sustancial de la sociedad está aquejada de esta enfermedad del alma que, en el fondo, no es sino una forma de pereza trasladada al plano de las ideas.

2) ***El antifascismo político***: es mucho más consciente que el anterior, habitualmente es utilizado por los agitprop de los partidos para lanzar la acusación de "fascista" sobre el adversario. También por determinadas ONGs que tildan de "fascismo" a todo aquel que discute sus razonamientos. En el extremo más bajo de este grupo se encuentran gentes como Esteban Ibarra, paniaguado del régimen cuyos *Informes Rayen sobre el racismo y la xenofobia* incitan al escepticismo. Para Ibarra y su ONG "Movimiento contra la Intolerancia", la prensa oculta la realidad: el fascismo está vivo y activo y ataca desde la sombra. No importa que le prensa no lo registre, cualquier llamada telefónica a la miserrima sede de su grupo (el dinero de las subvenciones no es para pagar una sede, sino para pagar… ¿a quién aparte de a Ibarra?) de alguien que dice que ha tenido noticia de que un primo de un cuñado, de un hermano del portero de la casa en donde vive el chico que sale con mi hermana, ha oído que en la discoteca en la que se emporra cada sábado ha habido una trifulca y un *"pelao le ha metido dos buchantes a un nano que lo dejado cucufati"*… Ese dato queda registrado en los *Informes Rayen* para mayor gloria del método científico y del periodismo de investigación. Resulta un misterio el porqué Ibarra no recorta cada día la prensa y no considera las agresiones de los Latin Kings y la media docena de tribus urbanas más como "agresiones racistas", cotejadas por lo demás por miles de testigos, atestados policiales y demás. Es lo que tiene subvencionar a las ONGs, que luego están obligadas a demostrar que sirven para algo. Y, de hecho, Ibarra utiliza todos estos datos sesgados, surgidos de nadie sabe donde (¿para qué explicarlo? El fascismo es intrínsecamente perverso, por tanto cualquier cosa que se ponga en su debe es rigurosamente cierto e incluso resulta legítimo inventar episodios inexistentes para concienciar sobre el mal absoluto). A todo esto, Ibarra identifica sobre todo a los pelaos con fachas, algo, como mínimo, aventurado, erróneo, poco científico y distorsionado (valdría más calificarlos de "tribu urbana" en lugar de "movimiento político") simplemente para justificar las generosas subvenciones de las que vive y que pagamos usted y yo, por cierto.

3) ***El antifascismo visceral***: Ibarra es la sal gruesa del antifascismo político, pero luego está la *sal petri* (el guano, la mierdecilla excremencial, para ser más claro). Ibarra, en el fondo, tiene una razón profunda para su antifascismo: gracias a él puede extender la

gorra y justificar la subvención, pero ¿y los que hacen del antifascismo el eje de su vida? Si le pedís a un ocupa que se defina políticamente, lo primero que os dirá es *"Colega, yo soy antifa"*. Luego habrá un largo silencio en el que percibiréis como único riesgo que la baba se le acumule y termine resbalando por el labio inferior de una boca en expresión perpleja y, como con la relajación de haberse fumado el último canuto. Eso es todo. La variedad superior es la que une independentismo a antifascismo. En este sentido vale la pena ver las webs de los independentistas catalanes y vascos en donde el primitivismo y el irracionalismo propio de todo nacionalismo (el nacionalismo es sólo víscera, sentimiento, emotividad y mitología *ad hoc*) se unen las consideraciones antifas. Para un independentista, facha es todo aquel que no se muestra del todo decidido a meter a un país en la centrifugadora. Alguien que hable castellano en Catalunya es un "facha" y, poco importa, si tiene argumentos suficientes como para negarse a aprender catalán o renunciar voluntariamente a hablarlo. Es facha y punto. Hace poco, yendo en el tren entablé conversación con el tipo de al lado, de aspecto suficientemente tosco y primitivo como para hacer de él un "objeto analizable de sociología práctica". Era ocupa y hablábamos sobre lo caro de la vivienda. En un momento dado, afirma que *"los fachas especulan con la vivienda"*. Le pregunté que entendía por fachas, el espécimen sociológico se descompuso, me miró como a un extraterreste y balbuceó: *"Los fachas, ostia, el PP"*. A todas luces el PP tiene tanto de facha como la Vicepresidenta del Gobierno de Miss Mundo. El tipo funcionaba a base de porros y las cinco horas de tren eran suficientes como para que sintiera el síndrome de abstinencia al no poder fumar. Así que seguí adelante: *"Y ¿hay muchos fachas en Barcelona?"*. Me dijo que estaba lleno. Que cerca de su casa había un local. Vivía en Gracia así que no acertaba a intuir de qué local estaba hablando. Seguí preguntando hasta que, finalmente, me lo situó: *"Si, cohone, el cuartel de los picos"*. Vale. Los picos, la Guardia Civil también es facha. Lo más sorprendente es que la cosa no terminó ahí: también Artur Mas era fascista, e incluso Carod-Rovira y luego ya descendió a los abismos de la marginalidad: si, porque hay "ocupas" y "ocupas"; determinados ocupas también son "fascistas" pues no en vano se niegan a abrir sus casas a otros ocupas. La cuestión es que mi espécimen no era un caso aparte, hay muchos como él en la geografía ocupa de nuestro país. Ahí están en webs y en blogs. El hecho de que estén como las maracas de Machín y, en sí mismos, sean una muestra de los destrozos que ha causado el sistema educativo español, unido al consumo desmesurado de porros y a la falta de competitividad social, no implica que sean minorías exiguas.

Podríamos hablar de una cuarta variedad de antifascismo, minoritaria y, esta sí, exigua, que nos impide unirla a las tres anteriores. Es el antifascismo del que hacen gala algunos que conocen perfectamente el fondo ideológico del fascismo, pero temen mostrar su adhesión a él, o bien son conscientes de su incapacidad para ser fascistas. He visto periodistas que hubieran amado tener una vida aventurera como muchos de los "fascistas" a los que han conocido. Investigaban sus andanzas para sorprenderse de hasta qué punto algunos militantes que en los años setenta y ochenta seguían fieles al fascismo, eran capaces de asumir. Para estos el "vivir peligrosamente" era un estilo de vida, mucho más que una frase hecha o una consigna. Conozco más de media docena de periodistas que responden a esta característica, muestra excesivamente pequeña como para que de ella se pueda extrapolar una categoría universal.

Así mismo, he visto a otros militar en grupos fascistas en los años 60, hacerlo con obstinación y convicción ideológica, hasta el día en que llegaron a la universidad y percibieron que en aquella época o se era militante de izquierdas o resultaba imposible llegar a fin de curso sin ser agredido. Además, en aquella época, los grupos de izquierda, como reclamo principal, tenían chicas… había gente incapaz de ligar y de tener el aplomo suficiente para acercarse a una mujer, que solamente podía experimentar ese calor, en un grupo de izquierdas (claro está que a partir de 1977, el grueso de militancia política femenina se decantó hacia Fuerza Nueva especialmente

en Madrid, coincidiendo esta decantación con la desmovilización de la izquierda militante). Muchos militaron en esos grupos de izquierda –y los pobres chicos de Bandera Roja, entre los que se encontraba Jiménez Lozanitos antes asumir el liberalismo como doctrina-, leyeron obras infumables de Nikos Poulantzas, de Debray, o las soporíferas resoluciones de la IV Internacional, simplemente para poder ir de intelectuales ante las ricashembras de la izquierda y llamar su atención recitando las mejores filípicas antifascistas. A todos estos –que no fueron pocos pero que ya no son– les podemos llamar "antifascistas por vía vaginal". "Quico el progre" (el personaje ideado por el fallecido Perich) tenía mucho de esto y no era, desde luego, una caricatura, sino la quintaesencia de los pobres diablos que recorrían la hoy mitificada "oposición democrática al franquismo"

La psicopatología del antifascismo

El alma antifascista, hoy, en el siglo XXI, oscila entre el complejo de culpabilidad y la frustración. De hecho, el propio antifascismo –especialmente el de *sal gruesa* y el de *sal petri*– queda comprendido entre ambos.

Un complejo de culpabilidad consiste en albergar la íntima convicción en el subconsciente de que se es culpable (por cualquier motivo: por pensar como un proletario y vivir como un burgués, por no vivir de papá y de mamá, pero ser incapaz de demostrarles aprecio, estima y cariño, por solidarizarse con la última "lucha de liberación" que se da en el último rincón del globo, pero ser incapaz de ir más allá, de esforzarse algo más o de llevar la solidaridad hasta extremos concretos y apreciables, y así sucesivamente.

Hay un hecho sociológico que vale la pena señalar: la abundancia de cristianos comprometidos o de individuos que han recibido una educación cristiana, que pueden encontrarse en ambientes antifascistas. De hecho, todo el independentismo catalanista actual tiene una matriz boy-scout que deriva de órdenes religiosas que en los años 60-90 inspiraron a este movimiento y le imbuyeron valores "cristianos".

Los cristianos "comprometidos" han sido educados en la noción de "pecado". El pecado es una falta por acción, omisión, pensamiento, etc. Un ser humano, peca simplemente por el hecho de levantarse de la cama, cuando preferiría seguir descansando (pecado de pereza). La noción de pecado y la imposibilidad de escapar al pecado, induce a un complejo de culpabilidad permanente.

Habitualmente, los complejos de culpabilidad crean un descenso en la autoestima que puede llegar incluso a la depresión o al suicidio. Desde el punto de vista psicológico es fundamental que quien está aquejado de un complejo de culpabilidad sea capaz de reconocer, mucho más que de albergarlo en los corredores más sombríos de su psique. La vida psicológica sana y normal es incompatible con la existencia de profundos complejos de culpabilidad. El proceso mental con el que la mente se resguarda de los efectos deletéreos de estos complejos es mediante la sublimación de los mismos: "Si, yo soy culpable porque me mato a pajas… si, yo soy culpable porque no hago lo suficiente por los niños del Brasil, si, yo soy culpable por que el mundo sufre y yo estoy aquí tan contento viviendo de papá y mamá… pero –y aquí viene la sublimación– hay otros que son más culpables que yo: los fascistas, por ejemplo".

Este proceso de sublimación conduce a la primera forma de antifascismo psicológico. ¿Qué es un antifa? Muy sencillo: alguien que se sabe culpable de algo**,** que ha desterrado ese complejo a las profundidades de su subconsciente y que cubre esa culpabilidad forjando la imagen de alguien más "culpable" que él.

Peor luego está el complejo de frustración. Es normal que todos, en la vida alberguemos ciertas frustraciones. Tenía un amigo cuya mamá quería que fuera Papa. Lo juro. La criatura no llegó a monaguillo. La madre le había inducido durante sus primeros quince años de vida con tanto énfasis su "vocación de papable" que, el pobre hombre, todavía hoy, no puede evitar un evidente complejo de frustración que ha sublimado comiendo. Va por los 140 kilos y seguirá engordando hasta el

estallido final. A otros antifas les pasa exactamente lo mismo.

Podemos establecer una diferencia por edades. Habitualmente, antifas de más de 50 años responden a las mismas características: divorciados –se casaron con aquella chica que estaba en la célula del partido que se pudieron, finalmente, llevar al catre explicándoles las teorías de Antonio Gramsci, cuando la chica, en realidad, necesitaba otra cosa mucho más directa y portentosa-, amargados, sus hijos no les hacen ni caso –les han educado esmeradamente según los principios de la progresía y ahí están dándole al canuto o pateándose la pasta de papá–, han visto como todos sus ideales, sin excepción, se han hundido: ni revolución proletaria, ni proletariado revolucionario, ni el socialismo ni el comunismo han demostrado nada particularmente esperanzador en España, ya no creen en reformas sociales, ni siquiera en horizontes esperanzadores a nivel personal, se les ha hundido completamente el marxismo, son conscientes de que han estado defendiendo un detritus ideológico por el que no valía la pena ni perder dos minutos, y ya no tienen grandes esperanzas.

Carecen de futuro, por tanto, miran solo al pasado. Su vida ha sido una frustración permanente. De aquel pasado ya no queda nada: algunos miembros del PSUC fueron ministros del PP, los que quedan en el PCE o en el PSUC es porque no han encontrado el mejor momento para pasarse al PSOE, donde estaba el "mogollón", donde "se pillaba". Y estos, todavía, siguen más amargados. Lo único que les queda de su pasado es el recuerdo de que el "antifascismo" daba un sentido a su vida hasta 1976. Hoy el franquismo no existe, pero en algún pueblo, en algún lugar recóndito de la geografía española, ellos están dispuestos a encontrar una placa de una calle con el nombre de un jefe de centuria de Falange caído en una ignota batalla. El antifascismo une en estas pobres y peripatéticas figuras, el eco remoto de su juventud con algo de lo que hoy todavía se habla: la memoria histórica, la culpabilidad del fascismo, etc.

Hay otros, los de sal gruesa, que ven las cosas desde otro punto de vista. Son los más jóvenes. Muchos de ellos no se sienten competitivos, son verdaderos fracasos, subproductos de las leyes de educación promulgadas desde 1973. Para ellos, el "facha" es el "triunfador" (sea quien sea: desde Artur Mas, Carod-Rovira hasta el nano del cocodrilo en la parodia del pijauta del PP). No es que conciban la lucha de clases entre explotados y explotadores, es que la han traslado al terreno del éxito o el fracaso. El éxito representa el "fascismo". Por eso es odiado. La frustración lleva al odio incondicional, irracional, visceral, sin apelación. Esa falta de competitividad ideológico, personal, política, social, una característica demasiado evidente en todas las webs y blogs antifascistas.

Y luego están los antifas que, además, son independentistas. La pirueta de estos es notable: unen a la frustración personal, la frustración que atribuyen a una nación. La Catalunya que fue una parte del Reino de Aragón, no gana, batallas en solitario, desde el siglo XIII. Todas las conmemoraciones catalanistas lo son de derrotas, sublimando esas derrotas se oculta el complejo de frustración del independentismo. "El día que Catalunya sea libre, volverán los mejores tiempos" ¿cuáles? No importa, eso ocurrirá el día en que Catalunya sea libre. Entonces, la frustración desaparecerá porque no habrá con quien compararla. El independentismo reconstruirá la historia de Catalunya a partir de una única "victoria" a partir de la que se iniciará la "verdadera historia": con la misma independencia. Es el viejo sueño mesiánico: la historia empieza conmigo, antes mío no hay nada. ¿Qué me impide ser yo mismo? La España fascista. […]

Lo dicho ¿Es usted antifa? Muchacho, está usted como las maracas de Machín. Míreselo porque usted lo que tiene es un problema grande y no es precisamente el fascismo, sino su vida misma.

Fascismo y Nazismo como Ideologías Míticas

Aníbal Romero

1. Racionalidad e irracionalidad

Tanto en el campo de las ciencias sociales como en el de la teoría política existe una especie de prejuicio racionalista, que al tiempo de restar legitimidad teórica a los factores "irracionales" —así llamados— en la acción humana, tiende a subestimar en ocasiones su verdadera influencia práctica, confundiendo las más de las veces lo analítico con lo valorativo. Aunque no haya sido esa su intención, Max Weber es parcialmente responsable de este estado de cosas en lo que respecta al estudio de la acción, pues si bien advirtió que su metodología de "tipos ideales" sólo buscaba establecer un paradigma de "acción racional con arreglo a fines", con respecto del cual las "desviaciones" serían calificadas como "irracionales", también procuró siempre identificar lo "irracional" con lo "afectivo", ocasionando una inevitable degradación de lo emotivo como en alguna medida cuestionable o en todo caso ubicable en un plano de menor entidad en la evaluación de la conducta. Cabe decir que un científico social de la talla de Weber no perdió de vista este peligro, e insistió que su tipo ideal de acción "puramente racional con arreglo a fines" no implicaba "la creencia de un predominio en la vida de lo racional"; no obstante, el peso principal de su obra se coloca en función de preservar una idea de lo racional como de alguna manera superior o más legítimo en cuanto a sus propósitos y condicionamientos.

Ciertamente, Weber distingue entre una racionalidad formal y otra sustantiva. La primera tiene que ver con el estricto cálculo de medios y fines y la evaluación de las consecuencias probables de la acción así sopesada; con relación a la segunda, Weber admite que se trata de un concepto lleno de dificultades: nada es sustantivamente racional como cuestión de hecho pues los valores de cada cual son subjetivos. Según Weber, ya que vivimos en un mundo sin valores objetivos sino sólo de valores subjetivos y juicios de valor en conflicto, lo "racional" con respecto a valores es siempre irracional desde el punto de vista del estricto cálculo de medios y fines, "porque la reflexión sobre las consecuencias de la acción es tanto menor cuanto mayor sea la atención concedida al valor propio del acto en su carácter absoluto." El resultado de sus reflexiones conduce a Weber a: 1) calificar de "perturbaciones' los llamados "componentes irracionales" de la acción, 2) identificar éstos con lo "emotivo", y 3) asignar a la sociología la tarea de analizar estos fenómenos en función de su sentido para los que les dinamizan, sin olvidar que se trata de desviaciones con respecto al tipo ideal —racional— de la acción.

Siguiendo a Weber, Parsons también expone un concepto de racionalidad sustentado en el tipo de acción "que persigue fines posibles dentro de las condiciones de la situación, y por medios que, entre aquellos con que cuenta el actor, son intrínsecamente los más adecuados para el fin en cuestión por razones comprensibles y verificables mediante la ciencia empírica positiva". Si aceptamos esta conceptualización no habría por qué llamar "irracionales" —desde el punto de vista formal— algunos de los fines del fascismo y el nazismo, aunque ese calificativo es frecuentemente empleado por los analistas al referirse a estos regímenes y sus conductores. Por ejemplo, Enzo Traverso argumenta que "El nacional-socialismo se caracteriza por la irracionalidad de sus fines y la racionalidad de sus medios, por su esfuerzo de plegar la racionalidad instrumental (técnica, administrativa, e industrial) de las sociedades modernas a un proyecto de remodelación biológica de la humanidad". En cambio, nos dice, el estalinismo se caracterizó más bien "por la irracionalidad de sus medios, utilizados, es verdad, para fines condenables desde un punto de vista humano y social, pero no desprovistos de racionalidad." Sin duda, la distinción weberiana entre racionalidad formal y sustantiva tiene que aplicarse a estas

aseveraciones, pues, ¿por qué debemos admitir los fines de Stalin como "racionales" a diferencia de los de Mussolini y Hitler? ¿No está Traverso poniendo de manifiesto una infundada preferencia valorativa por las presuntamente "buenas intenciones" del proyecto marxista a diferencia de la maldad "absoluta" encarnada en el nazismo?

En el terreno de la teoría política encontramos igualmente serios problemas a la hora de atribuír racionalidad o irracionalidad a las diversas ideologías y proyectos políticos. La dificultad se deriva primordialmente de la tendencia a admitir que existe una "razón ilustrada" en materia política, derivada del impulso inicial de la Revolución Francesa orientado presuntamente a liberar a los seres humanos de la opresión y alcanzar la igualdad. Lo cierto, no obstante, es que —como señala Horkheimer— en esa Revolución supuestamente "liberadora" se condensó la historia posterior: "Robespierre había centralizado la autoridad en la comisión de bienestar, y había reducido el parlamento a cámara de registro de leyes. Había reunido en el parlamento jacobino las funciones de administración y gobierno. El Estado regulaba la economía. La comunidad nacional impuso todas las formas de vida por medio de la fraternidad y de la delación…La Revolución Francesa constituía la tendencia al totalitarismo." La razón reivindicada como instrumento de emancipación humana ha generado toda suerte de pesadillas, y no se ha cumplido la esperanza hegeliana de una razón capaz de vislumbrar la verdad política y ajustar la realidad a sus moldes, doblegándola de acuerdo a las normas superiores del intelecto esclarecido.

No me cabe duda que la sociedad liberal-democrática y sus valores son éticamente superiores a cualquier forma de dictadura o totalitariamo; sin embargo, hay que preguntarse: ¿Es acaso la sociedad liberal-democrática el paradigma de lo "racional"? ¿No se incubó el nazismo en el seno de una República democrática? ¿Debemos calificar todas las opciones políticas distintas a ese paradigma liberal-democrático, en particular el fascismo y el nazismo, como fenómenos "irracionales"? Y de hacerlo así, ¿estamos de algún modo fortaleciendo las defensas contra una posible repetición de los mismos, en nuevas circunstancias y modalidades, en nuestro propio tiempo? ¿No sería esto último confundir un asunto teórico con una toma de posición ético-política? Finalmente, ¿son el fascismo y el nazismo, como sostienen algunos autores, episodios localizados espacial y cronológicamente, "pertenecientes al pasado y que no se corresponden a las necesidades de las sociedades hiperindustrializadas", o expresan rasgos más hondos de nuestras estructuras psico-sociales desenvolviéndose en la historia?

Pienso que el fascismo y el nazismo constituyen fenómenos representativos de aspectos históricamente centrales y recurrentes de la existencia política, "legítimos" en cuanto tales, es decir, como manifestaciones ciertas y no "desnaturalizadas" de la acción humana —aunque puedan considerarse condenables en un plano moral. Nazismo y fascismo deben ser estudiados como expresiones particulares de rasgos en el fondo inerradicables, aunque a veces controlables, de la existencia conflictiva de la especie, vinculados al miedo, a la búsqueda de identidad, a la sumisión a la autoridad y al ansia de autoridad, e igualmente al deseo de hallar un significado en medio de ese mundo desprovisto de dioses que tanto aquejaba el espíritu de Max Weber.

En efecto, Weber percibió que el mundo moderno ha quedado "desencantado" a raíz de la fragmentación de los esquemas de valores tradicionales, y en especial de la fe religiosa, todo lo cual hace que, objetivamente hablando, el mundo carezca de sentido. Como lo expresa Schutz, "La principal característica de la vida de un hombre en el mundo moderno es su convicción de que, en conjunto, su mundo vital no es totalmente comprensible para él ni para ninguno de sus semejante"; mas no se trata solamente de que no sea un mundo del todo comprensible, sino que además, y de modo más profundo, se trata de un mundo que muchas veces parece carecer de significado en general, en vista de la erosión del sentido de lo trascendente. Tampoco interpretamos ese mundo —en particular el

mundo social que nos rodea— de manera racional, excepto muy excepcionalmente en circunstancias que nos llevan a abandonar nuestras actitudes cotidianas básicas, centradas en vivir la vida. Este desencanto es el abono de opciones sustitutivas de lo trascendente, por lo que algunos han querido ver en el fascismo y el nazismo, así como en el comunismo, especies de "religiones laicas" de milenarismos que surgen de una enfermedad del espíritu e intentan transformar la naturaleza humana, pero sin referencia trascendente alguna.

Parece claro que el fascismo y el nazismo, tales como se manifestaron en Italia y Alemania en la primera mitad del siglo XX, tuvieron peculiaridades que en determinados aspectos son irrepetibles, pero mi planteamiento es que se trata de expresiones específicas de un fenómeno más general, que no deseo denominar "irracional" para no subestimarle teóricamente, como objeto de estudio, ni deslegitimarle políticamente en contraste con un presunto paradigma de racionalidad que algunos creen encarnado en la democracia liberal y otros en el socialismo. Son manifestaciones de lo que deseo denominar la política del dominio hegemónico, en contraste con la política del consenso. Ambas son "legítimas" como objetos de estudio y como expresiones de las luchas sociales, aunque —repito— debamos elegir una u otra de acuerdo con nuestros valores morales, y condenar desde esta perspectiva, si ése es el caso, la política del dominio. Lo que no me parece aceptable es sostener, a la manera de Neumann, que "el nacional-socialismo carece de teoría política racional…Hay teorías religiosas no-racionales y hay una magia no-racional. Pero una teoría política no puede ser no-racional. Si pretende ser no-racional, ello constituye un engaño premeditado." A su modo de ver "la ideología nazi es una simple técnica de dominación" incompatible con cualquier filosofía política racional, que es por él definida como "cualquier doctrina que haga derivar el poder político de la voluntad o las necesidades del hombre." Ahora bien, es posible que la doctrina política nazi nos parezca inadmisible en muchas de sus partes o en su totalidad, pero no puede negarse que tanto el nazismo como el fascismo procuran sustentarse en una explicación sobre los orígenes del poder político en función de una cierta visión de la voluntad y las necesidades del hombre, por más retorcida o repugnante que tal explicación nos luzca.

Tanto el fascismo como el comunismo han sido enemigos declarados de la democracia liberal. Ahora bien, los grandes pensadores liberales, lejos de pretender que el tipo de orden político que propugnan encarna una "razón" superior e incontrovertible, consideran más bien que se trata de un orden sustentado en el reconocimiento de los límites de la razón, una de cuyas más importantes tareas consiste precisamente en entender y asimilar sus propias deficiencias, y comprender que no nos es dado adquirir el inmenso e inasible conocimiento que haría presuntamente posible un control total de la vida social y la conquista de un orden ideal y definitivo. Reconocer los límites de la razón no significa admitir el irracionalismo, entendido este último como una actitud explícitamente dirigida a cuestionar el papel de la razón en los asuntos humanos, y menos aún exaltar los aspectos emocionales como prioritarios en la política.

Lo que inquieta, insisto, en el esquema de Weber es su tendencia a disminuír el valor de lo emotivo y a calificarlo como una "desviación" irracional de un tipo ideal de la acción. En tal sentido, es crucial distinguir entre una posición teórica que entiende y es sensible ante la presencia de factores no-racionales en la vida social —sin descalificarlos y sin minimizar su relevancia teórica y práctica—, y otra que busca sacar provecho de los mismos con fines de poder y de proselitismo. Este uso del irracionalismo fue característico del fascismo y el nazismo, pero la ideología de estos movimientos políticos, y el significado de su irrupción en la historia, no se agota con ello. Lo que autores como Dan Diner —mencionado por Traverso— denominan la "contra-racionalidad" nazi y fascista fue la expresión extrema de una política de dominio hegemónico, surgida de la crisis de la modernidad democrática y del

colapso, en circunstancias concretas en Alemania e Italia, de la política del consenso. No toda erosión de una política del consenso tiene iguales características, y no todo desmembramiento de los contextos democráticos origina necesariamente al fascismo o al nazismo. Lo singular de estos fenómenos, entre otros aspectos, estuvo en el dinamismo específico que les imprimió una ideología mítica: una "contra-racionalidad" hecha de fantasía y voluntad de poder. Este tema, a ser tratado más adelante, entiende el mito no en el sentido de una creación imaginaria, sino de poderes y perspectivas reales del escenario político transformadas y elevadas al rango de lo incondicional y lo "sagrado" —pero en un contexto secular. Como lo sintetiza Paul Tillich, "Hay realidad en el mito, pero al mismo tiempo el mito sobrepasa lo real y se convierte en entusiasmo y mística." Las ideología fascista y nazi son "míticas" en cuanto se desprenden de lo real para desplegar e imponer una fantasía sobre lo real, un mito.

2. ¿Anti-política o religión política?

El fascismo y el nacionalsocialismo estallaron como un poderoso explosivo en la conciencia acomodaticia de una intelectualidad que entonces —a pesar de la tragedia de la Primera Guerra Mundial—, y todavía hoy —luego de la caída del comunismo soviético—, se ufanaba y ufana de representar la "lógica" de la historia, una lógica no pocas veces complaciente. A pesar de sus diferencias en temperamento intelectual y visión política, hombres de la profundidad de Croce y Meinecke en su momento, Sartre y Merleau-Ponty después, Grass, Fukuyama y Derrida hoy, perciben en este tipo de movimientos democrático-autoritarios una "desviación" del curso "normal" de las cosas. Se trata de una lógica hegeliano-marxista, con variaciones según el caso, de acuerdo con la cual la modernidad implica el optimismo histórico orientado hacia la apertura creciente de los espacios de la libertad, en tanto que el fascismo y el nazismo significaron una involución de esa lógica, que se reimpone definitivamente en nuestros días. Según Croce el fascismo fue "un ensombrecimiento pasajero de la conciencia, una depresión civil y una embriaguez producidas por la guerra", un "paréntesis" que correspondió a una etapa de "reflujo en la conciencia de la libertad." Meinecke, por su parte, sostuvo que el fascismo y el nacionalsocialismo representaron una "suprema desviación" con respecto a la línea de desarrollo sociopolítico recorrida hasta entonces por el viejo continente.

A diferencia de estos notables pensadores, creo que la historia no tiene una "lógica", y si la tuviese, me parece presuntuoso alentar la idea de que somos capaces de conocerla. Las ideologías fascista y nacional-socialista careces de una filosofía de la historia y no se ocupan fundamentalmente de buscarle un sentido final al curso de los eventos. Esto, de por sí, no es a mi modo de ver razón suficiente para restarles peso como expresiones de una cierta concepción de la política, que por lo demás se sigue poniendo de manifiesto en muy diversos escenarios. Esa política del dominio hegemónico, en contraste con la política de consenso, es parte de la existencia humana en sociedad; y así como considero inaceptable el intento de deslegitimar —desde una perspectiva teórica, no ética– los movimientos fascista y nacional-socialista como "desviaciones" de una "lógica" inasible y constantemente refutada por los hechos, también es inadmisible el argumento —expuesto, por ejemplo, por Hannah Arendt— según el cual fascismo y nazismo (y también el totalitarismo comunista) encarnan la "anti-política", la destrucción del pluralismo y del espacio que definen, en su opinión, la vida de la polis.

Esta postura de Arendt sólo se sostiene si se elimina la fuerza como un factor, bien sea ocasional, de la política, y se le desvincula de sus conexiones con el marco social y económico, muchas veces altamente conflictivo, con el cual la política se halla con frecuencia relacionada. Decir que el fascismo y el nazismo son anti-políticos es partir de una definición estrecha de lo político, que cercena al menos la mitad de su realidad, pues la política que estos movimientos representan, la del dominio hegemónico, es tan legítima —teórica, no moralmente— como la del

consenso, patentizada en la democracia liberal.19 Concebir lo político como el espacio de confrontación de la alteridad, la diversidad y la pluralidad de los seres humanos, y del manejo consensual del conflicto en el cuerpo social es válido y noble, pero no excluye dos verdades: Por un lado, que las "democracias tumultuarias" y totalitarias —"democracias", en el concepto de Carl Schmitt, definidas como "identidad y homogeneidad entre gobernantes y gobernados", a diferencia de las democracias-liberales basadas en la heterogeneidad y el pluralismo—, crean también un espacio en el cual, ciertamente, se confunden, difuminan y desaparecen las identidades individuales en el afán de conquistar la unanimidad aclamatoria en torno al líder (o al gobierno). No es un espacio como el que procura la democracia liberal, sustentado en la individualización ciudadana y la escisión entre lo privado y lo público, sino un espacio en el que la participación no es independiente sino tumultuaria, y la identidad es colectiva, no autónoma. Por otro lado, la política de dominio hegemónico del fascismo y el nazismo reivindica la fuerza tanto hacia adentro, contra el "enemigo interno", como hacia afuera, contra los "enemigos de la nación", y ello forma parte de la historia en igual o mayor medida que los intentos de establecer comunidades políticas sobre el consenso o sobre proyectos de "paz perpetua" entre las naciones. La fuerza dominadora y la exigencia de poder absoluto son también parte de lo político, históricamente percibido.

Los esfuerzos por restar legitimidad teórica y práctica al fascismo y al nazismo, como manifestaciones de una tendencia histórica propia de lo humano (de su lado oscuro) y recurrente en diversas manifestaciones, incluyen, además de la calificación fenoménica de "iracionalistas", de "desviaciones" con respecto de la lógica del progreso, y de su presunto carácter "no-político", la tesis de la "religión laica" o "religión política" como explicación de la naturaleza de estos movimientos y su significado. Entre los varios proponentes de esta tesis se destaca Eric Voegelin, quien la ha expuesto en diversas e importantes obras de gran profundidad y sutileza. Un rasgo clave de sus trabajos, que se repite en los de otros autores que exponen esta tesis, consiste en la equiparación de los "totalitarismos" nazi y fascista con el comunismo, y la definición conjunta de estos fenómenos políticos como "religiones sustitutivas" que expresan una "anticipación de salvación" meramente inmanente, y exigen de sus adherentes una creencia "irracional" y no un apego "racional", fundada sobre la promesa de la "dicha terrena". Se trata de movimientos de masas que intentan "destruir el orden del ser, que es experimentado como deficiente e injusto,, y reemplazarlo —a través del esfuerzo humano creador— por un orden justo y perfecto."

Voegelin argumenta igualmente que el nacional-socialismo no fue tan sólo éticamente malo, sino que se trató de una fuerza "satánica y religiosamente perversa." No tengo dudas acerca de la perversión moral del nazismo; lo que objeto es la insistencia de Voegelin en usar los términos "religioso" y "religión política" para referirse a ideologías y movimientos que a mi parecer admitieron el vacío metafísico como una "realidad" inevitable, o en todo caso aceptable dentro de un esquema de abandono de la tradición cristiana y de lo que podríamos llamar "reconciliación con la innata crueldad del mundo", en una perspectiva neo-pagana y darwinista sobre las relaciones humanas. Resulta un atrevimiento discutir con un pensador de la categoría de Voegelin en torno a este asunto, pero no me queda más alternativa que decir que a mi manera de ver la noción de lo que es "lo religioso" no se aviene a un tipo de ideología y movimiento político como el fascismo y el nazismo, y que el empleo del término "religión política" a modo de metáfora se presta a confusión y extravío conceptual.

Afirmo todo esto en función de los rasgos propios de lo religioso o —en palabras de Rudolf Otto— de "lo santo", y sus raíces en el sentimiento de dependencia o "sentimiento de criatura" a través del cual el ser humano "se hunde y anega en su propia nada y desaparece frente a aquél que está sobre todas las criaturas"; no se trata del sentimiento que tiene el hombre de haber sido creado, sino el de ser "pobre criatura": "es el sentimiento de

la impotencia frente a la prepotencia; es el sentimiento de la propia nulidad" ante un mysterium tremendum que nos llega al fondo del alma. Esta génesis de lo verdaderamente religioso contrasta radicalmente con ideologías míticas como la nazi y la fascista, sistemas de imágenes levantados sobre la voluntad de poder y de dominio de movimientos que —como había intuido Sorel a principios del siglo XX— "se imaginan su acción inmediata en forma de batallas que conducen al triunfo de su causa." Si lo que se intenta expresar con el término "religión política" es que algunas ideologías, como el comunismo por ejemplo, tienen un aspecto mesiánico primordial y buscan la "salvación en la tierra", puede aceptársele, en este caso, a modo de metáfora, pero sin mayores implicaciones y con el debido cuidado conceptual hacia el abismo que separa el verdadero sentimiento religioso de la pretensión redentora-dominadora de doctrinas puramente inmanentistas. Con respecto al fascismo y el nacional-socialismo se plantea una situación distinta en vista de que su mesianismo —si es que cabe la palabra en estos casos— carece de propósitos justicieros y se sustenta en un pathos diferente: el de la fuerza bruta. Por último, hay que concederles al fascismo y al nazismo la legitimidad de su deseo de separarse de una filosofía de la historia teleológicamente definida, así como su disposición a admitir el vacío metafísico y no ocuparse de sustiruírle con menguados reemplazos, extraídos de la tradición cristiana de amor al prójimo y justicia social.

3. Las ideologías míticas

En su estudio sobre la ideología fascista, Sternhell realiza tres observaciones especialmente relevantes: en primer lugar, que el fascismo —y ello se extiende al nazismo igualmente— antes de transformarse en la avasallante fuerza política en que devino, fue un fenómeno cultural, enraizado en la reacción contra la parte liberal y racionalista del legado de la ilustración que se propagó por Europa a fines del XIX y principios del siglo XX. En segundo término, este autor apunta que en el caso del fascismo, la cuestión ideológica, el marco conceptual, ocupa un lugar muy destacado como factor dinámico y cohesionador del movimiento y legitimador del liderazgo. La cultura política fascista y nacionalsocialista reivindica el nacionalismo, rechaza el individualismo liberal y el materialismo marxista, aspira a la integración de todas las clases y propone un cambio radical en lo político, preservando no obstante un esquema de producción capitalista bajo tutela del Estado. No obstante, éstos y otros elementos que componen el más bien confuso y desordenado contexto ideológico fascista y nazi no llegan a fundirse en lo que es clave: los poderosos mitos políticos que esos movimientos desarrollaron y encarnaron, convirtiéndoles en los dinamizadores de su acción política práctica.

En este orden de ideas se ubica el tercer y muy destacado aporte de Sternhell al análisis de la ideología fascista. El mismo consiste en su reivindicación de la figura y obra de Georges Sorel, consideradas como fuentes que contribuyeron decisivamente a la formación de ese marco cultural anti-liberal, de revisión anti-materialista del marxismo, en el que se nutrió Mussolini y que también —a través del fascismo italiano— ejerció relevante influencia sobre Hitler y los nazis. Sorel es uno de los más interesantes y subestimados autores de ese tiempo convulsionado de la Europa en decadencia, lanzada hacia el abismo de la Primera Guerra Mundial, la Revolución Rusa y más tarde el surgimiento del fascismo y el nazismo. Isaiah Berlin ha trazado en los escritos de Sorel las huellas de autores como William James, con su tesis sobre "la voluntad de creer", es decir, el planteamiento según el cual los seres humanos portamos en nuestras mentes y corazones una serie de creencias que no pueden ser demostradas o sustentadas por las ciencias empíricas, pero que sin embargo cumplen un papel fundamental en nuestra conducta y visión de las cosas. De Bergson, por otra parte, Sorel tomó la idea complementaria de la debilidad de la razón como instrumento, si se le compara con el poder de lo irracional y lo inconsciente en la vida de las personas y las sociedades. Por último, Durkheim posiblemente dió a Sorel claves esenciales para el desarrollo de su teoría del mito. El gran sociólogo francés había

resaltado en sus escritos la función de los mitos como factores de cohesión de la sociedad, mediante la creación de una estructura de normas y referencias que posibilitan al individuo orientarse en medio de las cambiantes y enajenantes circunstancias de una existencia social llena de angustias y en ocasiones propensa al caos.

Con base en estas ideas generales Sorel dió forma a su teoría de los mitos políticos, entendidos como sistemas de imágenes que no se pueden descomponer en sus elementos ni refutar, y que a su vez motorizan fuerzas históricas. Ejemplo de estos mitos son: la concepción de la gloria y el heroísmo entre los griegos; la espera del juicio final de los cristianos; la creencia en la virtud y el destino emancipador de la revolución durante los tiempos de Robespierre, Danton y Saint Just; el entusiasmo nacional de las guerras de liberación alemana y española contra Napoleón, entre otros. Podrían citarse igualmente la creencia marxista en la misión mesiánica del proletariado, o del partido en el caso de Lenin, la herencia imperial romana como surco del nuevo destino de la Italia fascista, y la "raza superior" y su tarea dominadora en el caso de los nazis. La violencia proletaria es también un mito, y de él extrae Sorel su propuesta: el mito de la huelga general, que describe como "una organización de imágenes capaces de evocar de manera instintiva todos los sentimientos que corresponden a las diversas manifestaciones de la guerra entablada por el socialismo contra la sociedad moderna." Sobre las raíces de los instintos vitales de los pueblos, de sus emociones concretas, de los impulsos afectivos y pulsaciones reales de la gente, y no del razonamiento o la oportunidad, se levantan mitos que no tienen que ver con verdades doctrinales, sino que cumplen una determinada función sociopolítica como instrumentos de lucha y guías para la acción.

A Sorel poco le preocupa la definición de los mitos, y se concentra más bien sobre su función en el combate de las masas en la sociedad moderna. La fuerza que mueve la historia no es la razón sino el "misterio", y la esencia del marxismo no es su teoría económica, sino el contenido simbólico y apocalíptico del sistema teórico de Marx, afinado políticamente por Lenin. Carl Schmitt sintetiza magistralmente lo sustantivo de la tesis soreliana: "En una intuición directa, la masa entusiasmada crea la imagen mítica que empuja su energía hacia adelante, concediéndole tanto la fuerza para el martirio como el valor para utilizar la violencia. Sólo así un pueblo o una clase se convierte en el motor de la historia mundial. Donde esto falta, ningún poder social ni político puede mantenerse…"



Aníbal Romero

Sin ánimo de profundizar en el tema de los orígenes conceptuales en que se enraízaron el fascismo y el nazismo —aspecto que no constituye el interés central de estas páginas—, es necesario, no obstante, hacer igualmente una breve referencia a la obra de Pareto, cuya crítica a Weber, y a su énfasis en la conducta racional, sumó otro ingrediente al marco ideológico-cultural en que germinaron los movimientos intelectuales que a su vez nutrieron las "ideologías míticas" que nos ocupan. Según Pareto, la "razón" es un factor de secundaria importancia en lo que toca a la comprensión de las motivaciones reales que impulsan la acción humana y permiten comprender la dinámica histórica. Marx, y en menor medida Weber, consideraron al hombre bajo el capitalismo como un ser centrado en lo racional y en cierto sentido perfectible, en tanto que Pareto produjo una imagen de lo humano como esencialmente inmutable e irracional.

De acuerdo con la teoría sociológica paretiana, la conducta humana abarca dos dominios separados y excluyentes: el de la

ciencia y la lógica, de un lado, y de otro lado el de los sentimientos, y es el sentimiento —sostuvo Pareto— el que da origen a las fuerzas fundamentales y determinantes en la sociedad, convirtiéndose en factor clave del comportamiento humano en la historia. La utilidad de una idea en el plano de la ciencia y la lógica puede ser y usualmente es muy distinta a su utilidad en la esfera de lo social. En este terreno, las ideas son motorizadas por, y a la vez motorizan, emociones y mitos que dominan la conducta y se imponen claramente sobre las pretensiones de racionalidad a las que procuran sujetarse espíritus cegados por una moral tradicional y represiva, y por una concepción limitada de la realidad humana tal y como de hecho se observa en el acontecer histórico. La lucha por la vida impulsa la actividad de los seres humanos, y esa lucha es dirigida por élites que representan el segmento más decidido y lúcido de una clase o un grupo; la decadencia de estas élites equivale al de su grupo, y tiene lugar cuando un humanitarismo enfermizo se apodera de su sensibilidad: ello abre las puertas para su sustitución por otras élites, con la fuerza y el vigor suficientes para imponerse. "Toda élite —escribe— que no está dispuesta a luchar para defender su posición se halla en plena decadencia. No le queda nada por hacer, como no sea ceder el lugar a otra élite que tenga las cualidades viriles que a ella le faltan. Las instituciones sociales se establecen por la fuerza y se mantienen por la fuerza." Si bien la obra de Pareto, como la de Sorel, es susceptible de variadas y severas críticas tanto científicas como éticas, lo que me interesa destacar es su empeño en demostrar la significación de los factores no-lógicos en la conducta humana, así como la de fuerzas históricas impelidas por sentimientos, visiones, e impulsos que desempeñan un papel crucial en la existencia social. Su conclusión, articulada por Zeitlin, es que la conducta humana es hasta tal punto no-racional "que excluye toda posibilidad de alterar el orden social de modo consciente y racional. La acción humana es el resultado de causas sentimentales, las cuales son tan profundas y poderosas que no pueden ser contrarrestadas y superadas por sus débiles, insignificantes y ocasionales esfuerzos de llevar a cabo una acción consciente y racional."

La exposición de este marco referencial en el plano de las ideas —desde Weber hasta Sorel y Pareto—, nos permite ahora valorar la muy aguda observación de Lee Harris sobre la relevancia y fuerza de ideologías que son de hecho el despliegue de una fantasía teatralizada, o, en términos más técnicos, de mitos con alto contenido de dramatización y una casi delirante aspiración epopéyico-utópica. Este tipo de fantasía política, que en ocasiones se apodera de amplias masas y las impulsa al paroxismo, ha sido analizado con referencia a casos anteriores al fascismo y al nazismo; mas el aporte sustancial de Harris consiste en su aplicación a fenómenos más cercanos a nuestros días, que incluyen los movimientos encabezados por Mussolini y Hitler, e incluyen —con sus especificidades propias— al fundamentalismo islámico de hoy. Harris explica de qué manera los ejes ideológicos nazi y fascista alimentaron la génesis de una actitud y una visión que a su vez respondían a profundas ansiedades y aspiraciones colectivas, una actitud y una visión desprendidas del choque entre una brutal realidad y una búsqueda escapista de un mundo capaz de reivindicar la fantasía. Estas "ideologías fantasiosas" ("fantasy ideologies"), como las denomina Harris —y que yo prefiero llamar "ideologías míticas"— reconocen la oportunidad que ofrece la ausencia de realismo de ciertos grupos y le saca ventaja mediante el uso de símbolos y rituales, diseñados para permitir a los miembros del grupo jugar a una suerte de drama, la escenificación de una especie de epopeya colectiva. Esto fue lo que intentaron los jacobinos con su fantasía de revivir la república romana, Mussolini con su mito de recreación del imperio romano, y Hitler con su utopía de restaurar el paganismo germano y asegurar el dominio de la "raza superior" aria en un Reich de mil años.

Es un serio error percibir tales ideologías míticas como meros intentos de cínica manipulación por parte de líderes inescrupulosos, ejerciendo un poder hipnótico sobre masas desprevenidas e ingenuas. Todos

estos elementos de carisma, hipnosis colectiva y falta de realismo pueden estar allí, pero los líderes de este tipo de movimiento, y en particular personajes como Mussolini y Hitler, asumían el mito y creían en el mismo tanto o más que sus seguidores: estos últimos les seguían porque el líder creía también, y con especial intensidad. Y no era poca cosa lo que postulaba como objetivo la mitología nazi y fascista: nada menos que remodelar radicalmente la estructura social y al hombre mismo, en tanto que heredero de una cultura racionalista y humanitaria repudiada con ferocidad por un mito de violencia. En efecto, como señala Milza, lo que dá su carácter totalitario al fascismo y al nazismo —también, por cierto, al comunismo— es su ambición de producir un "hombre nuevo", o, en palabras de Voegelin, "un nuevo milenio en el sentido escatológico, transformando la naturaleza humana."

La innovación clave de Mussolini estuvo en entender que para que un mito político se inserte en las mentes y capture los corazones de grandes masas de gente es necesario teatralizarlo, darle el carácter de espectáculo y convertirlo en fantasía colectiva, que posibilite la identificación del grupo con el mito. Fascismo y nazismo postularon una aventura envuelta en estilo dramático, con nuevos símbolos, nueva retórica, nuevas formas de acción y nuevos esquemas de interacción social, que satisfacían las ansias de amplios sectores desarraigados y acosados por la incertidumbre y la angustia de la vida moderna, en sociedades agudamente conflictivas. Todos estos ingredientes fueron combinados y dirigidos hacia el logro de un nuevo sentido de comunidad en un contexto de disciplina social y expansión dominadora, con un fuerte elemento de "romanticismo" político —como lo ha calificado Juan Linz.

El componente mítico de estas ideologías va acompañado de un poderoso elemento estético. El fascismo y el nazismo, como observó con impresionante lucidez Walter Benjamin, tienen como resultado "la introducción de la estética en la política", y su objetivo no es dar a las masas sus derechos sino "el chance de expresarse" mediante rituales centrados en el culto a la personalidad de Duce y Fuhrer, y la asimilación por cada individuo de la mitología dominadora. La importancia del ingrediente estético en las ideologías nazi y fascista ha sido enfatizado también por Sternhell, en su ya citada obra. Este proceso de "estetización" de la política procura alcanzar el "éxtasis de los gobernados", en la apta frase de Wolfgang Benz; un éxtasis sustentado en la dramatización de la existencia, el exhibicionismo y la ilusión colectiva. El "hombre nuevo" fascista y nacionalsocialista se definía en términos primordialmente estéticos en el marco de una ideología cuya sustancia siempre adoleció de vacíos y deficiencias conceptuales de todo tipo. La teatralidad del poder es parte esencial de movimientos y líderes que utilizaron los instrumentos del drama con particular eficiencia, revistiéndose de, y proyectando, una visión del mundo centrada en la personalización de la política, el simbolismo, los llamados a la identidad grupal, y el uso de la catarsis y el suspenso para fortalecer el mito.

En suma: fascismo y nazismo, como fenómenos históricos específicos, encarnaron no obstante un modo de concebir la política y de asumirla ideológicamente que posee raíces más permanentes en el modo de manifestarse los conflictos históricos a través del tiempo, incluso hasta nuestros días. En tal orden de ideas, tiene poco sentido preguntarse si si esa "estetización" de la política, puesta en escena por Mussolini y Hitler, significó el ejercicio de un especial poder de seducción carismático sobre las masas por parte de estos dos personajes, o si más bien ellos "representaron" las emociones pre-existentes, ya sentidas y reivindicadas por esos millones de individuos. Dicho en otros términos, ¿fueron esas masas manipuladas o construyeron ellas a sus conductores?; ¿"conquistó Hitler a los alemanes o los representó?

A mi modo de ver, la respuesta correcta a estas interrogantes se encuentra en la teoría del carisma, tal y como la formuló Weber. Cabe recordar su definición de "carisma" como "la cualidad, que pasa por extraordinaria…de una personalidad por cuya virtud se la considera en

posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas -o por lo menos específicamente extracotidianas y no asequibles a cualquier otro-, o como enviados del dios, o como ejemplar y, en consecuencia, como jefe, caudillo, guía o líder. El modo como habría de valorarse 'objetivamente' la cualidad en cuestión…es cosa del todo indiferente en lo que atañe a nuestro concepto, pues lo que importa es cómo se valora…por los 'adeptos'". Para reconocer esa "cualidad" especial es, a mi parecer, imperativo que en los potenciales "adeptos" pre-existan ansias, anhelos, ambiciones y disposiciones que les posibiliten "ver" lo que, sin esas condiciones, seguramente no "verían", o al menos no con la misma intensidad y consecuencias. Hitler y Mussolini poseían cualidades innegables de liderazgo, pero la mitología que infundieron en sus masas de seguidores les halló predispuestos a reconocer su mando y admitir su teatro.

4. Conclusiones

El propósito principal de este estudio ha sido sostener que lo que he denominado la política del dominio hegemónico, que es lo opuesto a una política del consenso, y que se vió encarnada —la primera- en los movimientos fascista y nazi debe considerarse un objeto legítimo de estudio. La motivación de este esfuerzo se encuentra en los intentos de descalificar científicamente el análisis de este tipo de manifestación de la política caracterizándola como "irracional", sin que se tenga clara una definición de lo que se intenta decir con el término al ser aplicado a la acción humana en un contexto de conflictos. En tal sentido, he procurado distinguir entre los aspectos éticos del asunto y aquéllos que competen a su análisis desde una perspectiva científica.

He argumentado igualmente que el fascismo y el nazismo deben ser considerados expresiones particulares de rasgos propios de la existencia humana en sociedad. Creo que son rasgos inerradicables, aunque a veces controlables —como en las democracias liberales— de una condición humana compleja e imperfecta, en la que coexisten los más nobles impulsos con la reiterada propensión al conflicto, signado por la voluntad de dominio sobre nuestros semejantes. He insistido que la tendencia, presente en la obra de Max Weber, a disminuír el valor de lo emotivo y a calificarlo como "desviación" irracional de un tipo ideal de acción puede en ocasiones obstaculizar la comprensión (científica, que es algo muy distinto a la justificación ética) de fenómenos políticos que repugnan a los valores democráticos y de libertad individual, pero que sin embargo ponen de manifiesto aspectos recurrentes en la historia de las luchas políticas.

No ha sido en modo alguno mi intención afirmar que toda crisis política, en cualesquiera circunstancias, genera necesariamente al fascismo o al nazismo, y tampoco sostener que la tentación totalitaria se repite inevitable y reiteradamente en todo marco de aguda confrontación política. En tal sentido, debo retomar la aseveración hecha en el texto, según la cual: "No toda erosión de una política del consenso tiene iguales características, y no todo desmembramiento de los contextos democráticos origina necesariamente al fascismo y al nazismo." Cabe insistir que mi meta ha sido colocar lo que llamé "el lado oscuro de lo humano" (que no es el único lado de lo humano) en un lugar que no obstaculice su estudio, en especial en el terreno político. De allí la referencia a Pareto y su empeño en demostrar la significación de factores no lógicos en la conducta humana.

Dos conclusiones adicionales a lo ya expuesto: En primer lugar, fascismo y nazismo encarnaron, más allá de su especificidad histórica, un modo de entender la política y de asumirla en el plano ideológico que se manifiesta de manera recurrente en los avatares históricos através del tiempo, y que puede vislumbrarse en nuestros días, por ejemplo, en ciertas expresiones del fundamentalismo islámico. En segundo lugar, fascismo y nazismo desplegaron fantasías teatralizadas en el ámbito de lo político, cuyo contenido dramático y aspiración utópico-epopéyica les confieren un carácter que enraíza con lo mítico, destacando nuevamente la relevancia de lo que Weber ubicaba en el nivel "irracional" para la vida humana.